Grandes Obras
del Pensamiento

Nicolás
MAQUIAVELO

El príncipe

Altaya


F S

Grandes Obras del Pensamiento

Nicolás

MAQUIAVELO

El príncipe



Título original:
Il principe (1513)

Título en castellano:
El príncipe

Traducción y notas:
Helena Puigdomenech

Estudio preliminar:
Ana Martínez Arancón

Dirección Editorial: Julià de Jòdar
Director de Producción: Manuel Álvarez
Diseño de la colección: Víctor Vilaseca

Travesera de Gracia, 17. 08021 Barcelona

ISBN Obra Completa: 84-487-0119-4
ISBN: 84-487-0128-3
Depósito Legal: B. 28874-93
Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Litografía Rosés, S.A. (Barcelona)

INDICE

EL PRINCIPE

ESTUDIO PRELIMINAR

por Ana Martínez Arancón

I

Quien iba a ser uno de los pensadores más influyentes y denostados de la historia nació el mes de mayo de 1469 en Florencia. Su padre era abogado y estaba bien relacionado con los círculos de humanistas y burócratas. En 1498, poco después de la caída de Savonarola, el joven Nicolás es nombrado jefe de la segunda cancillería de la república florentina. En cumplimiento de los deberes de su cargo, llevó a cabo algunas misiones diplomáticas ante el rey de Francia, el papa y el emperador. Uno de estos desplazamientos como embajador de su patria le dio la oportunidad de tratar con un personaje que los críticos señalan entre los posibles modelos para *El príncipe:* César Borgia. Maquiavelo quedó muy impresionado por la personalidad del duque Valentino, por su amplitud de miras y su encanto personal, pero también percibió sus limitaciones, sus defectos, su casi desesperada fe en su buena estrella.

En 1501, Maquiavelo se casa con Marietta Corsini, con la que tuvo seis hijos y a la que siempre trató con afectuosa ternura, lo que no le impedía engañarla con cierta frecuencia. Nuevas misiones le llevan a conocer a otro gran personaje, el papa Julio II, cuya política critica con dureza. Tal vez piensa sobre todo en él, y en lo que representó su actuación en los negocios humanos, cuando, más adelante, escribe en los *Discursos* que la culpa de que Italia no sea un país unificado

y poderoso, como Francia o España, la tiene sobre todo la Iglesia, «pues, residiendo aquí y teniendo dominio temporal, no ha sido tan fuerte ni de tanta virtud como para hacerse con el dominio unificado de Italia y convertirse en su príncipe, pero tampoco ha sido tan débil que no haya podido, por miedo a perder su poder temporal, llamar a un poderoso que la defienda contra cualquiera que en Italia se vuelva demasiado potente»[1].

Entre tanto, en Florencia se estaba llevando a cabo una reforma constitucional que, inspirándose en el modelo veneciano, trataba de fortalecer las instituciones republicanas y acabar con el doble peligro que suponían las luchas entre facciones, y las tentaciones monárquicas de las grandes familias en general y de los Medici en particular. Maquiavelo apoya fervientemente la idea, pero abriga ciertas dudas sobre su éxito, sobre todo porque, entre el puñado de excelentes y bien intencionados varones encargados de llevar las riendas del estado, no encuentra a ninguno con la suficiente energía para conducir a buen término una tarea tan complicada como es la reforma de un Estado.

Trata de insinuar respetuosamente al gonfalonero vitalicio, Pietro Soderini, que sería necesario llevar a cabo una política más decidida y menos blanda, pero sus avisos se ignoran o no se saben poner en práctica. En el otoño de 1512, tras el saqueo de Prato por las tropas españolas, la indecisión gubernativa da sus frutos de desastre. Los Medici entran triunfalmente en Florencia, disuelven el régimen republicano y desmantelan su proyecto de reforma del Estado. El gonfalonero marcha al destierro, y otros funcionarios y simpatizantes de la república corren la misma suerte.

También Maquiavelo, amigo y colaborador de confianza del supremo magistrado, pierde su cargo y es confinado. Unos meses después, en febrero de 1513, lo encarcelan y torturan, acusado de formar parte de una fracasada conjura antimedicea. Tras pagar una multa, queda en libertad por falta

[1] N. Maquiavelo, *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, libro I, cap. 12.

de pruebas y vuelve a la relativa paz de su destierro. Va a comenzar el período más intenso de su actividad intelectual. Forzado a abstenerse de toda participación activa en la política, tuvo que dedicar todo su tiempo a la reflexión sobre ella.

Pero lo que hace tan original el pensamiento de Maquiavelo es que en él se funden varios elementos en una unidad vital. Su cultura clásica, su experiencia diplomática, su agudeza, su claridad de análisis, su interés por lo que pasaba a su alrededor, y también su fiebre visionaria de futuro y su vocación para la actividad pública: todo se amalgama en una meditación que es proyecto. Como ha sabido ver Chabod en su hermoso libro sobre Maquiavelo, en este autor «mundo lógico e imaginativo y pasional, seguridad de coordinación y de comprensión, vigor de síntesis unificadora y voluntad de acción práctica se compenetran en una organicidad tal de la que no se puede separar el más mínimo elemento sin que se haga trizas en las manos»[2].

Esto, y no sus ideas, es lo que hace verdaderamente peligroso a Maquiavelo; ésa fue la razón del temor y la repulsa que causaron sus páginas. El las ofrece como un arma agudísima, forjada con su sangre, con su ser entero, pulida y perfecta: un brillo que, como las dagas mágicas de los cuentos, parece buscar por sí solo la herida destinada.

Ardiente e irónico a la vez, siempre quiso modelar el futuro. Buscó hacerlo en la práctica política, y también probó el otro camino, menos directo y rápido, pero que podía llevar a frutos más duraderos. Intentó dirigir a los otros, a quienes sí estaban en condiciones de actuar, manejando los hilos a través de libros hermosos y provocativos, llenos de sueños, que son como una carga de profundidad estallando de futuro.

En su ocio, empezó a escribir los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, y leía y comentaba las páginas recién acabadas en un pequeño grupo de correligionarios republicanos, que se reunía para charlar y conspirar en los jar-

[2] F. Chabod, *Escritos sobre Maquiavelo*, F.C.E., México, 1984, p. 32.

dines de Cosimo Rucellai, los llamados «Orti Oricellari». En este libro toma a los antiguos romanos como pretexto para su reflexión política sobre temas contemporáneos, y como modelo para una futura república italiana unificada, cuyo corazón y guía había de ser Florencia, la ciudad tan amada e ingrata.

De pronto, interrumpe su labor y sistematiza algunas de sus ideas sobre el gobierno y el poder personal en un tratado pequeño, que escribe en pocos meses. Lo termina en la Navidad de 1513 y lo dedica a Lorenzo de Medici. El libro se llama *El príncipe*, y todavía hoy nos deslumbra.

¿Por qué Maquiavelo, encarcelado y torturado por conspirador republicano, escribe ese mismo año un tratado sobre los principados, y además lo dedica al Medici felizmente reinante? La obra versa sobre los modos de adquirir y conservar el poder; ¿quería ayudar a su destinatario a mantenerse en el cargo? Algunos autores piensan que lo que nuestro florentino busca es conseguir de nuevo un cargo en la administración [3]. Es posible que así sea, y eso no significa que haya abandonado sus antiguas convicciones. Para él, el primer mandamiento de un político es ser realista, conocer las circunstancias y adaptarse a ellas. Nunca recomienda el aislamiento; se puede uno resignar a él, si no hay más remedio, pero no elegirlo. Es preciso conservar o adquirir, aun en las circunstancias más desfavorables, una parcela de poder que permita intervenir de algún modo en los acontecimientos, sea directamente, sea influyendo en el príncipe, o incluso ganándose su confianza para arrebatarle el poder o asesinarlo con las mayores garantías de éxito; hay múltiples opciones, desde servir a la patria como un funcionario fiel y desinteresado, tratando de mejorar las cosas en la medida en que lo permitan las propias capacidades, hasta dar un golpe audaz y alzarse personalmente con el dominio absoluto: cada cual puede elegir según sus deseos o su fortuna; lo único inadmisible es seguir fuera de la escena política. Por eso,

---

[3] Es la opinión de Quentin Skinner, *Maquiavelo*, Alianza, Madrid, 1984, p. 34.

es muy probable que Maquiavelo buscase, con su libro, el perdón de la familia Medici y un nuevo empleo en la cancillería. Si es así, no logró su propósito[4]. Sólo consiguió que se le encargaran algunas misiones aisladas, de poca importancia, así como que se le confiara la redacción de una *Historia de Florencia*. Los Medici no apreciaron sus méritos o desconfiaron abiertamente de él.

A este ocio forzoso debemos sus espléndidos *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio,* su *Historia de Florencia,* tan llena de cálidos elogios a la libertad civil pese a su condición de obra encargada por un Papa Medici, sus mordaces obras de teatro. Nosotros, pues, casi nos congratulamos de esa desconfianza que lo mantuvo apartado de la burocracia; Maquiavelo, en cambio, acumulaba frustraciones y amargura, y se consumía de dolor y de impotencia.

Volviendo a los motivos que le impulsaron a escribir *El príncipe* y dedicarlo a Lorenzo, sospecho que este acto formaba parte de un plan más ambicioso. Quizá Maquiavelo creía que un príncipe ambicioso, de una familia enérgica, lista y con suerte, podía engrandecer Florencia y convertirla en cabeza de una Italia unificada, y redacta y envía su libro, concebido como un instrumento eficacísimo para mantener y acrecentar el poder, para ayudarle a culminar esa misión. Entonces, cumplida la primera parte del plan, sólo faltaría expulsar a los Tarquinos. Para formar el Bruto que haga posible la consecución de este segundo objetivo, escribe simultáneamente sus *Discursos,* más extensos, más profundos, llenos de una renovada moralidad cívica, de un coraje elegante y un vigoroso sentido del deber, y los dedica a sus contertulios republicanos de los «Orti Oricellari». Les ofrece un instrumento aún más poderoso y no menos práctico para liberar y reformar el Estado, engrandecerlo, y mantenerlo alejado de la corrupción el mayor tiempo posible. Si esta sospecha es cierta, *El príncipe* y los *Discursos* formarían parte de

4 Cuando Lorenzo de Medici recibió el manuscrito de *El príncipe,* mandó que se enviasen a Maquiavelo, por toda recompensa, dos botellas de vino. Lo cuenta V. Marcu en su libro *Maquiavelo, la escuela del poder,* Espasa-Calpe, Madrid, 1945, p. 213.

un mismo y ambicioso plan de futuro, en el que también se incluiría *Del arte de la guerra*[5], para regenerar Italia y devolverle, con nueva savia, el esplendor de la antigüedad romana. Un plan digno de este visionario de mirada burlona, y tal vez la única utopía renacentista que, lejos de ser un juego crítico o un sueño, se pega a la tierra, exige ser puesta en práctica y demuestra su posibilidad con multitud de variados ejemplos, extraídos tanto de la historia antigua como de la realidad contemporánea.

De cualquier manera, ni los florentinos ni sus gobernantes se mostraron a la altura de lo que se pedía de ellos. Cuando en 1527, tras el saqueo de Roma, los Medici fueron otra vez expulsados de Florencia y se restauró, por breve tiempo, la república, Maquiavelo, enfermo y cansado, quiso cooperar. Rechazaron sus servicios. Lo juzgaban viejo y anticuado, y hasta sospechoso de colaboracionista. Desde aquel desdichado 1512, parece que resultaba sospechoso para todo el mundo. Definitivamente desilusionado, dejó de luchar y murió un mes más tarde, el 21 de junio de 1527. En 1532, y con el apoyo de las tropas españolas e imperiales, Alejandro de Medici asume el gobierno de Florencia con el título de duque. La libertad y la unificación tendrían que esperar algunos siglos.

II

El pensamiento político de Maquiavelo tuvo una enorme influencia incluso entre quienes la negaban más ostensiblemente, dedicando al pobre filósofo los peores insultos. De hecho, constituye una de las bases de la reflexión moderna sobre la política y la sociedad, pese a sus limitaciones, hijas de su tiempo, como el escaso papel concedido a la economía en el desarrollo de los aconteceres. El secreto de su atractivo está, además de en su estilo directo y en esa vivacidad suya,

[5] N. Maquiavelo, *Del arte de la guerra,* con estudio preliminar, traducción y notas de Manuel Carrera Díaz, Tecnos, Madrid, 1988.

en una serie de innovaciones que delimitaban una nueva manera de ver y de entender la vida pública.

La antigüedad había considerado que la sociedad era un producto natural, un derivado de la propia constitución del ser humano, y respondía a unas leyes que, como las de la naturaleza, el hombre podía conocer, pero no alterar. En la Edad Media, la sociedad y la historia se contemplan como elementos integrantes de un grandioso plan divino de creación y redención, cuyo protagonista es la Providencia, y el hombre ha de plegarse a sus leyes a no ser que escoja el destino inútil y desdichado de los réprobos.

En el Renacimiento se adopta un nuevo punto de vista, y Maquiavelo es uno de los primeros y más explícitos exponentes de ese cambio. La organización social aparece ahora como un producto de la acción humana; el hombre es el protagonista, responsable y artífice de la historia, y puede modelarla según sus deseos y necesidades. No es un fenómeno natural, ni tampoco el resultado de los designios de Dios, sino el fruto de las aspiraciones, los actos, planes y trabajo de los hombres: un producto nuevo salido de sus manos. Por tanto, es un artificio, como escribió lúcidamente J. A. Maravall [6], o más bien un artefacto. Parece tener vida propia, como los autómatas de que tanto gustaban los renacentistas, pero, también como ellos, esa vida es el resultado del ingenio y actividad humanos. Como entidad artificial, aparece cosificado y objetivado, y ese producto, podríamos decir que manufacturado, recibe un nuevo nombre: es el Estado. Maquiavelo es uno de los autores que crean y consolidan este término, reflejo de una mentalidad distinta.

Este objeto debe ser adecuadamente estudiado. Así que es posible y necesario constituir la reflexión política como ciencia, y enseñar a los hombres a fabricar y manejar con mayores garantías de éxito ese maravilloso monstruo que fija y ordena las relaciones sociales. Conociendo las limitaciones

---

[6] J. A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*, vol. I, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1972, p. 33. En Alianza hay una edición reciente de este magnífico libro.

y los obstáculos a que se enfrenta la acción humana, estableciendo claramente los fines de la actividad pública, y arbitrando los medios más adecuados para conseguirlos con el auxilio del análisis racional y de la experiencia práctica, la política ya no será hija del confuso mestizaje entre principios generales y voluntarismo privado, sino que se convertirá en una ciencia objetiva y aplicada, sistemática y eficaz, que permita aprender unas técnicas específicas para dominar y controlar el objeto de su estudio con un mínimo de error y sin desperdiciar energías.

Esta ciencia es independiente de otras disciplinas. La actividad social persigue el bien común, y ese bien común se logra a través de un Estado fuerte y bien organizado, equilibrado en sus tensiones sociales y libre. De este modo, «el objetivo de mantener la libertad y seguridad de una república representa el valor supremo (en realidad decisivo) en la vida política»[7]; luego la ciencia política debe ocuparse de arbitrar los medios más apropiados para llegar a ese fin, y hacerlo de forma autónoma, sin tener en cuenta la opinión de otros saberes cuyo objeto y cuyo punto de vista es diferente.

Resultó particularmente llamativo y escandaloso que la política declarase su independencia respecto de la moral. Un acto será conveniente o no según sea beneficioso o perjudicial para conseguir el fin de mantener y acrecentar el Estado. Su valor moral es indiferente para el político; no le interesa, lo mismo que no le importa su entidad metafísica. Matar a un tirano es algo que puede ser o no útil para una república, y el político debe establecer en qué circunstancias parece conveniente y, en ese caso, qué estrategia es la más segura para llevar a buen término la acción. Que asesinar sea moralmente reprobable no hace al caso, o será asunto de la ética, lo mismo que los procesos biológicos que explican el paso de la vida a la muerte son asunto de la medicina: el político no se ocupa ni de lo uno ni de lo otro, se queda

---

[7] Q. Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, vol. I, *El Renacimiento*, F.C.E., México, 1985, p. 209.

en su propio campo de conocimiento. Las cosas funcionan de una cierta manera, y puede que esto resulte lamentable para un hombre de principios, pero es un hecho real que hay que aceptar con la frialdad de quien pretende un conocimiento objetivo y susceptible de aplicación práctica.

Por eso, la nueva ciencia política declara su indiferencia moral del mismo modo y por los mismos motivos que se abstiene de pronunciarse en cuestiones de física o aritmética. La ruptura con el universo mental del medievo se plasma en esta secularización de la vida política, donde comienzan a predominar valores de éxito, eficacia y bienestar, que han nacido en el seno de las ciudades y que, desde entonces y progresivamente, serán señas de identidad de una conciencia burguesa en ascenso.

Para que un político pueda poner en práctica sus planes, debe vencer una serie de limitaciones, adelantarse al futuro, ser previsor, flexible, con buenos reflejos para reconocer y aprovechar las ocasiones. Esto no es fácil, porque no sólo se necesita conocimiento, sino intuición y experiencia, y la vida del hombre es muy corta para permitir que cada uno acopie directamente tal tesoro de destreza. Afortunadamente, contamos con una maestra maravillosa y sapientísima: la historia. Quien sabe leerla e interpretarla cuenta con un auxilio inapreciable para construir el futuro y comprender el presente. Por eso, los antiguos nos ofrecen una lección impagable y siempre actual. Maquiavelo descubre que la antigüedad nos pone en la mano una herramienta eficacísima para configurar la vida comunitaria, si sabemos analizar la historia críticamente, desentrañando las causas que determinaron que los acontecimientos transcurrieran así y no de otra manera.

Para que el conocimiento histórico sea provechoso para la acción, se requiere, además, partir de la creencia en que la naturaleza humana permanece, en lo esencial, idéntica. Sólo este presupuesto garantiza que lo aprendido en el pasado pueda tener aplicación práctica para el futuro. Maquiavelo estudia la historia desde una fe rotunda y esperanzada en la invariabilidad de nuestra naturaleza. No hemos cambiado, como no lo ha hecho el curso de los astros. Esto le per-

mite pensar que es posible que Italia reviva sus antiguas glorias, que vuelva a ser tan grande y firme como en el esplendor de Roma. Y así lo advierte a sus contemporáneos, queriendo despertarlos, incitándolos a la tarea: «Que nadie desespere de conseguir lo que otros han logrado, porque los hombres nacen, viven y mueren siempre del mismo modo» [8].

Amparado en esta creencia, Maquiavelo, con los ojos siempre puestos en el presente y, sobre todo, en el mañana, se inclina sobre los clásicos con mirada ávida, para escudriñar los secretos de su grandeza y proponer una línea de actuación política capaz de emular los éxitos de los antiguos, pero, eso sí, evitando sus fracasos.

Leyendo la Historia se observa que, por lo general, los Estados se organizan primero bajo la forma de una monarquía. Es una única persona, un legislador sabio, quien funda las naciones y les da leyes. Pero, como la monarquía es hereditaria, los sucesores suelen desmerecer del fundador, y los grandes se ponen de acuerdo para alzarse y destituirlo, instaurando una forma de gobierno oligárquica o aristocrática. Los nobles, de por sí orgullosos, hacen que su arrogancia resulte insoportable cuando son dueños del poder. Sus abusos incitan a los pueblos a tomar las armas, derrocar a los tiranos y dar paso a una etapa democrática. En la democracia suelen ser frecuentes las alteraciones, falta un ejercicio enérgico de la autoridad, y la libertad degenera así en desenfreno, lo que es aprovechado por alguien, más audaz y ambicioso o más amante de su patria que los demás, para tomar la dirección del Estado y fundar una nueva dinastía monárquica. Un pueblo podría estar así, dando vueltas y vueltas a esta rueda de las formas de gobierno, hasta la consumación de los siglos, si no fuera porque las naciones vecinas suelen aprovechar alguna de sus épocas de crisis para conquistarlo.

La causa de la inestabilidad de estas formas de gobierno no está sólo en la imperfección de la naturaleza humana, sino también en que esos esquemas puros son arquetipos que

[8] N. Maquiavelo, *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, libro I, cap. 11.

no resultan idóneos para la práctica política. Según Maquiavelo, la organización más perfecta y más estable del gobierno es la república mixta, que sintetiza elementos de la monarquía, la aristocracia y la democracia. Un poder popular, pero con una única cabeza visible que, aunque elegida, lo sea por un largo período de tiempo y con amplios poderes, aunque su autoridad se vea frenada por un organismo consultivo, integrado por los ciudadanos más poderosos y mejor preparados. Esta forma de gobierno canaliza la participación política de todos los estamentos sociales y, por lo tanto, disminuye el riesgo de los abusos, previene los tumultos y alteraciones y facilita que la libertad se conserve celosamente, pero sin degenerar en anarquía. Se sale así de ese círculo de gobiernos «fluctuando alternativamente entre el despotismo y la relajación»[9], y el Estado, bien organizado, es estable, se mantiene unido, se hace cada día más fuerte y podrá ser más duradero.

Las instituciones deben procurar que la república así ordenada se mantenga a salvo de la corrupción, mediante una legislación adecuada, un ejercicio del poder firme pero flexible, y una educación de los ciudadanos en el amor a la patria y a la libertad. También es muy importante que sean los propios ciudadanos los que defiendan a su patria con la fuerza de las armas, y por eso Maquiavelo dedicó muchas páginas a la necesidad de crear ejércitos nacionales. Los mercenarios le parecen signo seguro de la ruina de una república, no sólo porque cuestan dinero, sino porque, al luchar por causas que no les conciernen, su valor y su arrojo no son precisamente ejemplares, y, por si fuera poco, es fácil corromperlos y hacerles cambiar de bando.

El ejército nacional garantiza la independencia de la república; mantiene a los ciudadanos sanos, adiestrados y alejados de la molicie; hace realistas a los gobernantes, que aprenden a contar sólo con sus propias fuerzas, y consigue que la nación sea respetada entre sus vecinas. Además, como todos pertenecen a él, y siempre se lucha por los intere-

[9] N. Maquiavelo, *Historia de Florencia,* libro IV, cap. 1.

ses de la patria común, los soldados están altamente motivados, combaten con valentía y audacia y no traicionan a sus jefes. Por último, un ejército nacional no puede convertirse fácilmente en instrumento para ambiciones privadas, como sucede con los mercenarios, y es, pues, un firme apoyo de la libertad común.

Una república bien organizada es responsabilidad de todos. Sin embargo, en etapas cruciales de su existencia, como su fundación, un grave peligro por la invasión de un enemigo poderosísimo, una emergencia catastrófica, o la urgente necesidad de corregir y reformar el Estado, sea porque parece precipitarse en la corrupción, o porque sus instituciones se han quedado anticuadas, es mejor dejar las cosas en manos de un solo hombre, aunque lo ideal es que esté previsto también retornar a la normalidad de las formas mixtas tan pronto como el estado de los asuntos públicos lo haga posible.

A veces, una constitución especialmente rígida y unas condiciones de aislamiento geográfico o de pobreza del suelo aconsejan que la república se mantenga en su primer estado, sin conquistar nuevos territorios ni aumentar el número de sus ciudadanos, pero estas condiciones especiales son muy raras. No es normal que una cosa pueda conservarse mucho tiempo en su identidad. La naturaleza no se detiene nunca, y, del mismo modo, «como las cosas humanas están siempre en movimiento, o se remontan o descienden» [10]. De manera que, si un Estado no quiere declinar, es absolutamente necesario que esté siempre en crecimiento, y las instituciones deben estar preparadas para encauzar esa dilatación constante. La ciencia política se desarrolla, pues, en tres fases: adquirir, conservar y aumentar; si falla la tercera, las otras se desmoronan.

Dado que los Estados crecen mediante el conflicto con otros, el arte de la guerra es parte fundamental de la educación del político y de su práctica cotidiana, y volvemos así

---

[10] N. Maquiavelo, *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, libro II, proemio.

a percatarnos de la necesidad de un ejército nacional, innovadora conquista de los Estados modernos que Maquiavelo casi inventa, siendo desde luego, su propagandista más convencido.

El conflicto y la guerra son el nervio de las repúblicas, las engrandecen, las alejan del declive y la corrupción. Por eso, Maquiavelo desconfía muchísimo de los gobernantes pacíficos, y, aunque reconoce que a veces son necesarios para que la nación recobre fuerzas, se reorganice y descanse, piensa que, si se suceden consecutivamente dos de estos gobernantes, la república se precipitará irremediablemente en la ruina total. La paz lleva al ocio, y éste al desorden y la aniquilación. Según nuestro florentino, no hay ningún descanso honesto, y ni siquiera las letras son ocupación digna de un ciudadano, a no ser que las haga compatibles con la espada o que, como en su caso, le sirvan de consuelo en la inactividad forzosa (y aun entonces las convierte en otro tipo de arma, todavía más afilada). Por eso aplaude la decisión de Catón, que prohibió a los filósofos la entrada en Roma, pues «una vez que las justas y disciplinadas armas han proporcionado victorias, y que las victorias han traído la paz, no hay ocio más aparentemente honesto que el de las letras para debilitar el vigor de los espíritus guerreros, y con ningún otro engaño más grande y poderoso que éste puede el ocio penetrar en las ciudades bien organizadas»[11].

El nuevo Estado, que intentará superar los laureles de Roma, requiere, para gestarse, mantenerse y crecer, hombres nuevos, y Maquiavelo asume voluntariamente la responsabilidad de formarlos. Su concepto del gobierno ideal exige que todos participen en la acción política, y por eso piensa que no basta con adiestrar a una clase dirigente, sino que es imprescindible educar al pueblo. La tarea es ardua, sobre todo porque la única que se ha ocupado de aleccionarlo ha sido la Iglesia. El común, tiranizado y manejado desde hace siglos, no tiene la menor idea de la realidad de los mecanismos del poder y de su despliegue, no sabe cómo funciona

[11] N. Maquiavelo, *Historia de Florencia*, libro V, cap. 1.

el Estado, y sólo puede racionalizar los aconteceres públicos aplicando los únicos conceptos que posee: las ideas morales aprendidas de la Iglesia. Pero esas ideas no sirven en este terreno. Maquiavelo trata de abrir los ojos de sus conciudadanos sobre los hechos tal como son y sobre su control, y les ofrece «la educación positiva de quien debe reconocer como necesarios determinados medios, aunque propios de tiranos, porque quiere determinados fines» [12]. Les da lecciones de realismo y de autonomía política: es buen gobernante el que tiene éxito, y malo el que fracasa.

Frente a la virtud que la Iglesia predicaba como ideal de la actuación humana, Maquiavelo coloca una nueva virtud *(virtù)* como cualidad esencial del ciudadano. Esta virtud es una mezcla de inteligencia y eficacia, valor personal y capacidad para conseguir los fines propuestos, amor a la patria y habilidad en el desempeño de las funciones públicas. Esa virtud permite adquirir y conservar el poder, y es esencialmente abierta y flexible, pues, para lograr el objetivo final, es preciso adaptarse a las limitaciones personales y a las circunstancias externas, saber cambiar con la variación de los tiempos, tener recursos para cualquier situación nueva o imprevista, ser capaz de convertir la necesidad en acción, y contar con la suficiente sabiduría y sagacidad para prever el futuro y adelantarse, en lo posible a él.

Escudriñar el futuro es difícil, y conviene tener una reserva de improvisación y buenos reflejos, pues en los sucesos venideros no sólo intervienen factores que se pueden calcular y contener, con un conocimiento adecuado, sino también otros imprevisibles, porque son hijos del azar, de la fortuna. La fortuna es ciega y caprichosa, y por eso no podemos adelantarnos a ella haciendo uso del análisis racional. A diferencia de la Providencia, que sigue el plan establecido por una mente similar a la humana, aunque infinitamente más sabia y poderosa, cuyo curso se puede, en consecuencia, comprender y adivinar, al menos en sus líneas generales, «la fortuna no tiene ningún objetivo ni designio más allá de mos-

---

[12] A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno,* Nueva visión, Madrid, 1980, p. 17.

trar su poder y mostrarlo malignamente; los bienes ocultos que parece traer son obtenidos por los hombres en el acto de superar a la fortuna con el objeto de reducirla a la seguridad de las revoluciones del sol» [13].

Virtù y fortuna mantienen, pues, un encarnizado combate por el dominio de la Historia. Pero Maquiavelo es fundamentalmente optimista con respecto al resultado final de esta lucha. Si bien es cierto que, en ocasiones, estrategias calculadas con meticuloso cuidado por hombres de gran mérito se vienen abajo, desoladoramente, por un golpe brutal de la fortuna, la *virtù* puede reducir al mínimo las posibilidades del azar.

Para ponerse a salvo, en lo posible, de los embates de la fortuna, hay que comportarse como los marineros diestros, que procuran evitar las tempestades pero que, cuando se encuentran con una, no se le enfrentan de proa, sino que se doblegan a ella, adaptando su navegación a sus sinuosidades, y así, obedeciéndola, la vencen. La previsión evita muchas de estas tempestades del azar, pero, cuando pese a todo se producen, hay que ir con los vientos, y de esta manera, lejos de quedar aniquilado, hasta se puede sacar provecho de lo imprevisto. Como demuestra la experiencia cristalizada en la historia, «los hombres pueden secundar a la fortuna, pero no oponerse a ella; pueden tejer sus redes, pero no romperlas» [14]. Y ese saber plegarse pero sin soltar las riendas es otro aspecto de la *virtù;* de modo que, a la larga, siempre puede vencer. Los hombres no son gran cosa, y Maquiavelo no confía en absoluto en sus bondades, pero al menos son los protagonistas de la Historia.

III

El príncipe fue redactado en el verano y el otoño de 1513. Maquiavelo, en una carta del 10 de diciembre de ese año

---

13 H. C. Mansfield, *Maquiavelo y los principios de la política moderna,* F.C.E., México, 1983, p. 336.

14 N. Maquiavelo, *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio,* libro II, cap. 29.

a su amigo Francesco Vettori, le cuenta su vida cotidiana en su pequeña propiedad de Sant'Andrea in Percussina, tan cerca y tan lejos de Florencia. Se levanta antes del amanecer y sale a pasear por el campo. A veces caza, a veces charla con los campesinos. Lleva un libro bajo el brazo: Petrarca o algún poeta latino, y se sienta en una fuente a leer versos y a recordar amores. Después se va a la posada, donde interroga a los viajeros, con una cortesía que no oculta del todo su impaciente y febril sed de noticias, sobre las novedades de Florencia y de sus lugares de origen. Vuelve a casa a comer, y torna a la posada para jugar a las cartas. Al anochecer, regresa a su casa, y entonces se refugia en un mundo exclusivamente suyo. Es como si la vulgaridad de la jornada no fuera más que un disfraz para proteger mejor ese jardín secreto, como si se escondiera en gestos comunes para que nadie sospechara su tesoso, del mismo modo que los avaros, velando por ocultar su riqueza, se cubren de paños harapientos. El día no ha sido más que un prólogo para la verdadera vida, un prólogo ascético, que por el contraste y la espera hace más precioso el momento en que, entrando en su estudio, se reviste mentalmente con un traje curial y entra en conversación con los difuntos, como dirá más tarde Quevedo, otro gran lector y también político frustrado. Esos ilustres varones del pasado, escribe Maquiavelo, lo acogen amablemente y le ofrecen esa vida para la que siente que ha nacido. «Durante cuatro horas —prosigue— no siento fastidio alguno; me olvido de todos los contratiempos; no temo a la pobreza, ni me asusta la muerte.» [15]

Pero estas veladas, en las que el apasionado ex canciller florentino se siente en su ambiente, discutiendo, a través de los libros, con los grandes sabios de la Antigüedad, no le sirven sólo para confortar su espíritu o para soñar, sino para analizar, a la luz del pasado, los actualísimos problemas de la Italia de su tiempo, y para tratar de cimentar un futuro diferente. Así que, en la misma carta, tras confiarle a su amigo el placer y el sosiego que le proporcionan sus diálogos con

[15] N. Maquiavelo, *Cartas privadas*, Eudeba, Buenos Aires, 1979, p. 118.

los clásicos añade: «He anotado cuanto he podido alcanzar de sus conversaciones y compuesto de esta manera un opúsculo, *De principatibus*, en el cual ahondo cuanto puedo los problemas de tal asunto, discutiendo qué es un principado, cuántas clases hay de ellos, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden»[16]; termina anunciando su intención de dedicar el libro al de Medici, que como príncipe nuevo, encontrará en él consejos muy oportunos.

Hemos asistido al nacimiento del libro más famoso de Maquiavelo, el que había de traerle más fama, aunque no siempre buena. El no lo supo nunca; ni siquiera llegó a verlo publicado, pues no se editó hasta 1532.

El príncipe está escrito en un italiano fluido y preciso, con algunas incorrecciones que lo embellecen, acentuando su naturalidad y ese aire urgente que acaba con cualquier indiferencia del lector, implicándole en el asunto. Se lee no sólo con facilidad, sino con placer. Consta de una dedicatoria preliminar y veintiséis capítulos, cuyos títulos están en latín.

Pese a que se supone que la dedicatoria tenía que servir para que Maquiavelo se ganase el favor de los Medici, el tono es digno y hasta un poco altanero. En un estilo suave, nuestro autor hace ostentación de su origen modesto, exagerándolo incluso, y de sus méritos y capacidades para la práctica política. A este propósito, ensalza la utilidad de la historia y de su lectura reflexiva, sobre todo si se combina con la experiencia directa. Al nuevo amo de Florencia apenas le dedica unas líneas, y toda su adulación se reduce a afirmar que este príncipe tenía muy buena suerte, y que sus cualidades, que no especifica, parecen prometedoras.

El libro trata exclusivamente de los principados y de cómo se adquieren y conservan. En cuanto a lo primero, los príncipes llegan a serlo o por herencia o fundando una dinastía. Un príncipe hereditario que extiende su dominio a nuevos territorios es considerado en estos últimos como fundador, y su comportamiento en esos países recién adquiridos ha de ser diferente al observado en los dominios hereda-

16 *Ibídem*.

dos, pues un principado nuevo se pierde con mayor facilidad.

Maquiavelo detesta la política que sólo busca vivir al día. Para tener éxito, hay que actuar ocupándose no sólo del presente, sino también del futuro, intentando evitar en lo posible los problemas. Atribuye la grandeza y estabilidad del Imperio romano a su planificación, tan ambiciosa y al mismo tiempo tan previsora, y está convencido de que los continuos fracasos de la república florentina tienen su raíz en que nunca ha trazado una línea de actuación a largo plazo, tomando en cuenta el mayor número posible de factores.

Según esto, y aunque «el deseo de adquirir es, verdaderamente, algo muy natural y ordinario» [17], un príncipe deberá pensar en el porvenir antes de adquirir nuevos estados, pues no hay mayor error que empeñarse en hacerlo cuando no se tienen las suficientes fuerzas y posibilidades. Y por muchos ejércitos que se pongan en campaña, nunca se logrará entrar en una provincia con éxito si no se cuenta con el favor de algún sector de sus habitantes.

Un estado nuevo se adquiere por la fuerza o por la astucia, aunque el medio más seguro es una combinación de ambas. Los métodos difieren según las propias características del país que se quiere anexionar, pues, si éste está muy unido, el atacante tendrá que depender exclusivamente de sus propias fuerzas, mientras que, en el supuesto contrario, puede hacer que actúe a su favor la desorganización del otro.

Un caso especial de nuevo príncipe es el de aquellos que, habiendo nacido ciudadanos particulares, se hacen con el poder supremo. Esta es una meta difícil, pero puede alcanzarse por muchos caminos.

El primero es el de aquellos que llegan a príncipes gracias a sus dotes personales. Necesitan, es cierto, encontrar una ocasión propicia, sin la que su talento se hubiera sepultado en el olvido, pero la ocasión por sí sola, sin sus excelentes cualidades, no hubiera podido alzarlos. Quienes adquieren así el principado, gracias a su *virtù,* encuentran al principio

[17] N. Maquiavelo, *El príncipe*, cap. 3, p. 14.

grandes dificultades, sobre todo porque fundan nuevas instituciones y dan nuevas leyes, pero en cambio se mantienen en el trono con bastante seguridad, porque suelen ser benefactores y porque han aprendido a fiarse sólo de sus propios recursos.

Hay otros que lo deben todo a la fortuna. Estos llegan al poder casi sin esfuerzo: «en su camino no encuentran ningún obstáculo, se diría que vuelan» [18]. Normalmente, reciben la ayuda de ejércitos ajenos. En verdad, parece que Maquiavelo está trazando el retrato de los reinstalados Medici, y el boceto se vuelve amenazador cuando añade que quienes así alcanzan el trono encuentran infinitas dificultades para mantenerse en él, pues ni merecen su suerte, ni pueden esperar vivir seguros, a no ser que sigan supeditados a quienes les ayudaron, que habitualmente son volubles, y que dejarán de protegerles cuando ya no convenga a sus intereses.

Hay un tercer camino, más tortuoso y oscuro: el de quienes alcanzan la corona por medio de crímenes y traiciones. Estos alcanzan el poder rápidamente, pero para mantenerse en él deben emplear adecuadamente la crueldad. Maquiavelo aconseja un baño de sangre inicial, acompañado de algunas mejoras indudables para los súbditos que queden vivos, y luego no volver a emplear métodos violentos. En cambio, quienes se muestran indulgentes al principio, y se van haciendo cada día más crueles, han escogido la vía más rápida y certera para su propia perdición.

La última modalidad de ascenso al principado es hacerlo con el favor de los conciudadanos o de una facción de ellos, y ayudándose de lo que Maquiavelo llama «una astucia afortunada» [19]. A quienes han logrado así la corona les es más segura la ayuda del pueblo que la de los grandes, y por eso deberán procurar ganárselo, lo que es fácil, pues se suele contentar con que no se abuse de él. La forma de que estos príncipes permanezcan en el trono es que se las arreglen para parecer imprescindibles en toda circunstancia.

---

[18] *El príncipe*, cap. 7, p. 25.

[19] *El príncipe*, cap. 9, p. 38.

Un caso especial son los principados eclesiásticos. Para llegar a ellos se puede hacer uso de la virtud, la suerte, la astucia o el dinero, pero siempre respetando las formas que definen esa institución. Una vez adquiridos, se conservan sin esfuerzo. Maquiavelo habla de ellos en un tono fuertemente crítico, que atenúa con acentos burlones. La política terrenal de la Iglesia le indigna profundamente, no por motivos religiosos, sino porque le echa la culpa de la desunión y de las desdichas de Italia.

Una vez que ha tratado de los medios de hacerse con el poder, Maquiavelo pasa a ocuparse de cómo hay que actuar para mantenerse en él el mayor tiempo posible, acrecentándolo incluso.

En primer lugar, hay que tener en cuenta de qué tipo es el estado que se quiere mantener. Los principados nuevos ofrecen mayores dificultades, sobre todo si se ejercen sobre pueblos que tienen distinta lengua y costumbres. Sin embargo, un país al mando de un solo señor, del que todos los demás, cualquiera que sea su rango, se consideran siervos, será más fácil de retener que otro que cuente con una nobleza poderosa. En ese caso, conviene que el príncipe viva en los nuevos territorios, establezca colonias en ellos, procure evitar los motivos de rebelión y se presente como defensor del pueblo y azote de los grandes.

Pero los principados más difíciles de conservar son aquellos que se imponen a un pueblo libre. La libertad se olvida difícilmente, y el solo eco de su nombre tiene bastante poder para suscitar innumerables rebeliones y despertar los corazones de quienes fueron ciudadanos y se resisten a ser súbditos. Por eso, a quien se hace dueño de una ciudad así no le queda otra alternativa que reducirla a cenizas si quiere seguir siendo el amo. «No hay otro medio más seguro de posesión que la ruina. Y quien se apodera de una ciudad acostumbrada a vivir libre y no la destruye, que espere a ser destruido por ella.» [20]

Sea cual fuere el tipo de principado que se intente conso-

[20] *El príncipe*, cap. 5, p. 20.

lidar, quien lo ocupa debe ser consciente de que no cuenta con otro apoyo que sus propios recursos. Incluso quienes le apoyaron en su ascenso resultan poco de fiar, y lo dejarán solo si lo ven en peligro, pues nunca se sentirán suficientemente recompensados, y así crecerá el descontento en sus corazones. Estas gentes resultan temibles en grado sumo, pues, aunque se insolenten, el príncipe no suele atreverse a castigar sus faltas con rudeza, ya que la gratitud por los favores pasados le ata las manos. Por eso debe el príncipe estar siempre vigilante. Cuidará sobre todo de que ningún súbdito, ningún estamento social, ninguna familia se engrandezca hasta extremos amenazantes, pues «quien favorece el poder de otro labra su propia ruina» [21], y ésta es una regla prácticamente infalible.

Maquiavelo se detiene especialmente en los asuntos militares. Todo príncipe que pretenda seguir firmemente sentado en el trono ha de saber que su único cimiento inconmovible es un ejército propio, de cuya dirección y organización se encargará personalmente. Un príncipe desarmado es despreciable y está a merced de cualquiera.

Las tropas deben estar bien ejercitadas, sin interrumpir su adiestramiento en los períodos de paz. Los mercenarios y las tropas auxiliares prestadas por otros príncipes no sólo resultan, en la mayoría de los casos, totalmente inútiles, sino que, lejos de constituir una ayuda, son una amenaza constante y muy peligrosa. Unicamente son seguras las armas propias, o sea, aquellas en las que los ciudadanos defienden su patria. Sólo entonces el ejército será de confianza, pues la traición y la cobardía no tienen razón de ser cuando cada soldado hace suyo el interés de la batalla. De modo que Maquiavelo incita a los príncipes a armar al pueblo, poniéndoles por delante la seguridad del éxito militar. El conocía muy bien las consecuencias que se producirían si este consejo se llevaba a la práctica: armar al pueblo es hacerle árbitro de su libertad. Como explica serenamente en los *Discursos,* con las armas en la mano sólo un pueblo extremadamente vil y co-

---

[21] *El príncipe*. cap. 3, p. 16.

rrupto puede soportar la tiranía. Y, cuando la libertad se gana y puede conservarse por algún tiempo, es difícil que una ciudad se la deje arrebatar de nuevo.

Pero Maquiavelo no piensa sólo en su fe republicana cuando envuelve en ejemplos antiguos y modernos este consejo envenenado. Sus ojos miran más lejos: quiere una Florencia unida y en pie de guerra, bien adiestrada y pertrechada, dispuesta a ponerse a la cabeza de una nueva nación italiana. Quiere que Italia recupere su iniciativa y expulse a los ejércitos extranjeros que llevan siglos disputándose sus pedazos como botín y utilizando sus disensiones como instrumento en ayuda de sus propios intereses. Sueña con una península libre, por fin, de los bárbaros y dispuesta a recobrar su hegemonía o, por lo menos, el respeto que se debe a sí misma.

Por lo que toca a la política interior, Maquiavelo advierte que es imposible que un príncipe reúna en sí todas las virtudes morales, y, aun en el caso de que fuera posible, no sería conveniente, pues los asuntos humanos requieren otra especie de capacidades. No hay que titubear, pues, en seguir aquel comportamiento que, aunque parezca vicioso a los ojos de la moral, proporcione a quien lo siga la seguridad y el bienestar. Y tampoco se pueden dar reglas generales, pues la personalidad del sujeto y las circunstancias de que se vea rodeado harán que resulte adecuado un tipo u otro de actuación.

Pese a estas salvedades, hay algunas reglas que, por lo común, dan buenos resultados si se aplican en la relación del príncipe con sus súbditos. En primer lugar, nuestro florentino recomienda que el gobernante se incline más bien a la tacañería que a la liberalidad; novedosa recomendación que no sólo se opone al desprendimiento predicado por la moral cristiana, sino también a la prodigalidad exhibida orgullosamente como distintivo de la conducta caballeresca.

Con respecto a la crueldad y la clemencia, no hay regla fija, pues depende mucho del carácter del gobernante y de sus necesidades. Maquiavelo es ardiente partidario de la disciplina, y piensa que sólo algunos jefes con buena estrella y poderosísima personalidad pueden permitirse el lujo de ser clementes sin que la situación degenere en el caos, que sue-

le ser más sanguinario que el propio Calígula reencarnado. «Por lo tanto, un príncipe no debe preocuparse de la fama de cruel si con ello mantiene a sus súbditos unidos y leales»[22]. Lo que sí ha de evitarse por todos los medios es la arbitrariedad; es más seguro ser temido que amado, pero un rigor arbitrario vuelve odioso a quien lo ejerce, y el odio afila los puñales contra el tirano.

El capítulo dedicado a la mentira es casi un homenaje a la habilidad para violar sus juramentos de que hicieron gala dos políticos españoles de su tiempo: el papa Alejandro Borgia y Fernando el Católico. Como filósofo e historiador Maquiavelo ama la verdad, pero como político la desaprueba por su ineficacia. Claro que la mentira que él recomienda no es un engaño descarado, tan inconveniente, a fuer de sincero, como la verdad misma, sino el disimulo, el arte de que todos crean en tu palabra para aprovechar su credulidad rompiéndola en tu beneficio. Nueva bofetada a la moral cristiana y al ideal caballeresco, que hacía un culto del mantenimiento de las promesas. En fin, concluye, lo más conveniente para un príncipe es aparentar una acendrada religiosidad acompañada de todas las virtudes morales, y no poseer realmente ni la una ni las otras.

Recomienda asimismo la prudencia, la previsión, la capacidad para rodearse de colaboradores sabios y expertos, aunque sin confiar excesivamente en ellos, y el rechazo de los aduladores, y afirma que le es muy útil al príncipe labrarse una reputación, y que nada cimenta tan sólidamene la fama como el atreverse a grandes empresas, aunque para hacerlo es preciso tener, además de osadía, un mínimo de posibilidades de éxito.

Los tres capítulos finales desvelan la intención de la obra. Se ha mostrado la conducta ideal del gobernante eficaz, y, si se analiza a la luz de estos consejos la manera de regir los asuntos públicos de la inmensa mayoría de los príncipes italianos contemporáneos, se puede observar que su actuación dista mucho del modelo propuesto. Si por algo se han carac-

22 *El príncipe*, cap. 17, p. 66.

terizado ha sido por una política corta de miras, desorganizada y sin iniciativa, de modo que, concluye nuestro autor, si Italia está hundida no se puede culpar de ello a la fortuna. Esta es como un gran río que, en sus crecidas, puede arrasarlo todo, pero los hombres prudentes son capaces de adelantarse a esas catástrofes, construyendo diques y canales que, aunque no evitan las crecidas, impiden que sus consecuencias sean destructivas. Pero «Italia... es un campo sin diques» [23] y la riada más pequeña es capaz de desbaratarla.

Pero ahora Florencia, si lo desea, puede ser líder de su resurrección. La naturaleza no ha variado, y los italianos siguen siendo como aquellos que, en los tiempos de la expansión de Roma, conquistaron el mundo. Sólo hay que despertarlos y limpiarles la costra endurecida que han dejado en sus almas siglos de corrupción. Esto es tarea de un príncipe: siempre es un hombre solo el que funda o regenera las repúblicas. Si Lorenzo de Medici, destinatario de la obra, quiere hacer ese papel, las circunstancias son inmejorables, pues otro Medici, León X, ocupa el trono pontificio, de modo que el Vaticano, eterno obstáculo del resurgir de Italia, no se opondría esta vez a sus planes. Termina con una exhortación llena de urgencia: «No debemos, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, encuentre un redentor» [24]. Pero nadie quiso ni supo escuchar.

IV

Aunque Maquiavelo prefiere buscar sus ejemplos en los antiguos romanos o en sus contemporáneos italianos, también cita a veces a políticos extranjeros. Visita habitual en sus páginas son los reyes de Francia. Sin embargo, dos de los modelos más acabados del príncipe ideal son españoles: César Borgia y Fernando el Católico. El primero, pese a algunos reparos, le parece tan capaz que recomienda a los prín-

---

[23] *El príncipe*, cap. 25, p. 103.
[24] *El príncipe*, cap. 26, p. 110.

cipes nuevos que, si quieren tener éxito, lo tomen como guía. En cuanto a Fernando el Católico, a quien cita con frecuencia, y a quien alude otras veces sin nombrarlo, no parece resultarle simpático personalmente, pero alaba su parsimonia, rayana casi en la avaricia; su osadía, que sin embargo no es descabellada; su disimulo, tal vez excesivamente cínico, y, sobre todo, «su habilidad para enfrentarse con la necesidad»[25] y para salir airoso de las situaciones más imprevisibles.

Pero este destacado lugar de los españoles entre los modelos del gobernante sagaz no fue óbice para que Maquiavelo fuera criticado, rechazado e insultado por los pensadores políticos españoles. Aunque *El príncipe* se incluyó muy pronto en el *Indice de libros prohibidos,* y aunque no existe ninguna traducción castellana impresa hasta el siglo XIX, es indudable que los españoles conocían y leían la obra, pues podían conseguir ejemplares de ésta a través de los dominios italianos de la corona, y la mayoría de las gentes cultas de la España de los Siglos de Oro, aunque no dominase a la perfección el toscano, sí sabía lo bastante como para entender los libros escritos en aquella lengua, como nos lo demuestra la cantidad de alusiones a literatos italianos que encontramos en nuestros hombres de letras, particularmente en los poetas, que incluso se atreven a intercalar en sus obras algunos versos en ese idioma, colocados con tanta soltura como incorrección gramatical.

El príncipe escandalizó en toda Europa y, desde luego, en España, y las reacciones en contra fueron muy violentas. En ellas se exagera el alcance de sus afirmaciones «acentuando el maquiavelismo más allá del nivel de Maquiavelo»[26]. Convierten a su autor en una especie de monstruo abominable, y así, por ejemplo, uno de sus detractores, no contento con llamarle «hombre impío y sin Dios» y «ministro de Satanás»,

[25] L. Díez del Corral, *El pensamiento político europeo y la monarquía de España,* Alianza, Madrid, 1983, p. 39.

[26] J. A. Maravall, «Sobre Maquiavelo y el Estado moderno», en *Estudios de historia del pensamiento español,* vol. II, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1984, p. 337.

afirma que sus doctrinas son aún más perniciosas que la herejía luterana, pues los herejes, aunque se equivocan gravemente y son un cáncer para la verdadera doctrina, al menos tienen alguna fe, y, entre sus muchos errores, brillan, por escasas que sean, ciertas chispas de verdad, mientras que «los políticos y discípulos de Maquiavelo no tienen religión alguna, ni hacen diferencia que la religión sea falsa o verdadera, si no es a propósito para su razón de Estado» [27]. Son además enemigos no declarados, y por lo mismo doblemente peligrosos.

Y es que la nueva concepción del actuar político que inauguraba el florentino chocaba radicalmente con la concepción critiana de la vida, que era muy importante en España, no sólo por razones religiosas, sino también por intereses humanos, pues el rey de España se consideraba el campeón de la Iglesia romana y el brazo armado de la fe, lo que daba una justificación trascendental a su política de imperio.

Pero no era menos cierto que la propuesta de Maquiavelo no se podía dejar de lado: estaba llena de vitalidad, y su mezcla de racionalización y empirismo, de especulación y observación, de utopía y realismo, de innovación y tradición humanística, ponía de manifiesto toda su fuerza, se correspondía con su época de un modo que no permitía ignorarla. Por eso, hasta los más estrictos defensores de la moral cristiana se dan cuenta de que «no es suficiente refutar, no importa cuán habilidosamente, la tesis política de Maquiavelo. Se necesita también una alternativa capaz no sólo de afrontar con éxito las demandas de la praxis política, sino de mantener incólume la supremacía moral de la religión sobre la política» [28].

Pues Maquiavelo no sólo indicaba respuestas, sino que planteaba nuevas preguntas, hacía explícita la situación de

[27] P. Rivadeneyra, *El príncipe cristiano*, Sopena, Buenos Aires, 1942, p. 10.

[28] J. A. Fernández Santamaría, *Razón de estado y política en el pensamiento español del Barroco (1559-1640)*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1986, p. 15.

hecho y manifestaba la necesidad de racionalizarla. A partir de sus obras, los pensadores deberán analizar el funcionamiento del Estado como un objeto autónomo. De lo que se trata es de defender esos intereses sin vulnerar la base ética del cristianismo, que era uno de los fundamentos de la cultura europea, y de «ofrecer al príncipe los medios de ser un gobernante efectivo sin dejar de ser un buen cristiano»[29]. El antimaquiavelismo, para ser eficaz, no puede ser puramente negativo. Hay que ofrecer una alternativa y procurar que ésta resulte apetecible para los políticos, o sea, que les prometa un razonable porcentaje de éxitos. A esta tarea se aplicarán los detractores españoles de Maquiavelo: Barbosa, Rivadeneyra, Salazar, por citar sólo a los más declaradamente contrarios a este autor, entre una larga lista de educadores de príncipes.

Con el transcurso de los años, las propuestas se volverán cada vez más pragmáticas y muchas frases del autor maldito se refunden, sin citar su procedencia, o se amparan con la toga romana de Tácito. Posiblemente, Maquiavelo no lo hubiera desaprobado. La práctica política, está claro, no es asunto para santos, sino para hombres con los pies firmemente asentados en el suelo. Los consejos que se dan al rey para ayudarle en su difícil tarea se sitúan en el borde mismo de la moralidad cristiana, aunque sin vulnerarlo nunca, al menos de forma descarada. Esto da lugar a divertidas y alambicadas disquisiciones, donde se pone de manifiesto que la línea que separa lo permitido de lo prohibido es tan sutil como el cabello de un hada. Buen ejemplo de ello son las distinciones entre la mentira, vedada, y el disimulo, recomendadísimo.

Desde esta perspectiva, la política de Fernando el Católico, ejemplo vivo de muchas de las reglas de gobierno recopiladas en *El príncipe,* es reivindicada como modelo de la conducta de un príncipe sagaz pero cristiano, afirmando su ortodoxia moral.

Así, Saavedra Fajardo, tras recomendar al rey de España

---

[29] *Op. cit.*, p. 17.

que dedique todo su afán a emular a tan ilustre antepasado, defiende su actuación, que encuentra ajustadísima a la doble norma de Cristo y del mundo. No era aquél rey taimado y mentiroso, sino avisado, y no era culpa suya si los demás caían en sus intachables redes: «No engañaba, pero se engañaban otros en lo equívoco de sus palabras y tratados, haciéndolos de suerte (cuando convenía vencer la malicia con la advertencia) que pudiera desempeñarse sin faltar a la fe pública» [30]. Curioso ejercicio de funambulismo para la educación de los monarcas.

Pero quizá el más conocido de los panegiristas de Fernando de Aragón sea Gracián. Para él, Fernando pudo ser catedrático de todos los políticos, en un tiempo en que los hubo muy capaces. Admira ante todo su flexibilidad, ese saber «gobernar a la ocasión», su sentido de la realidad, su penetración. Gracián ha leído a Maquiavelo, y sus ecos se escuchan a lo largo de todo el libro, pero, aunque recoge muchas de sus ideas, desaprueba su concepto general de la vida pública. Niega también que Fernando fuera astuto y falaz; tan sólo era prudente y callado. Gracián, tal vez la mente más lúcida del Barroco español, odia demasiado la falsedad para consentirle algún papel en la escena pública o privada. Y justifica su negativa afirmando que los mentirosos suelen perecer en sus propias trampas, y que basta leer la historia para comprobarlo. Además, «comúnmente cuantos afectaron artificio fueron reyes de mucha quimera y de ningún provecho» [31]. Pero en esta argumentación vemos que, aunque defiende que Fernando fue un rey suscitado por la Providencia para dilatar los triunfos de la fe, y se comportó, de acuerdo con tal misión, como un dechado de virtudes cristianas, sin embargo la condena de la mentira no se basa en su incorrección moral, sino en su ineficacia política. El exiliado floren-

---

[30] D. Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, vol. II, Editora Nacional, Madrid, 1976, p. 931.

[31] B. Gracián, *El político don Fernando el Católico*, C.S.I.C., Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1985 (edición facsímil de la de Zaragoza, 1640), p. 108.

tino se había colado de puntillas en el corazón mismo de la ortodoxia.

BIBLIOGRAFIA

1. EDICIONES DE *EL PRINCIPE*

En italiano, la edición que se cita habitualmente es la que aparece en el tomo I de las *Opere,* en ocho volúmenes, editadas por Feltrinelli, Milán, 1960-1965.

En castellano, las traducciones más recientes son: la de Miguel Angel Granada, Alianza, Madrid, 1981: la de J. F. Alcántara, Planeta, Barcelona, 1983, y la de Helena Puigdoménech, Cátedra, Madrid, 1985 (incluye también *La Mandrágora*), que es la que aquí se reproduce.

2. ESTUDIOS SOBRE MAQUIAVELO

La bibliografía sobre este autor es inmensa. Dadas las características de esta edición, citaremos sólo obras en castellano y relativamente recientes:

CHABOD, F.: *Escritos sobre Maquiavelo,* F.C.E., México, 1984.
DÍEZ DEL CORRAL, L.: *El pensamiento político europeo y la monarquía de España,* Alianza, Madrid, 1983.
FERNÁNDEZ SANTAMARÍA, J. A.: *Razón de estado y política en el pensamiento español del Barroco,* Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1986.
GARIN, E.: *La revolución cultural del Renacimiento,* Grijalbo, Barcelona, 1981.
GRAMSCI, A.: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno,* Nueva visión, Madrid, 1980.
HELLER, A.: *El hombre del Renacimiento,* Península, Barcelona, 1980.
MANSFIELD, H. C.: *Maquiavelo y los principios de la política moderna,* F.C.E., México, 1983.
PUIGDOMÉNECH, H.: *Contribución al estudio de Maquiavelo en España,* Universidad de Barcelona, Barcelona, 1977.
RENAUDET, A.: *Maquiavelo,* Tecnos, Madrid, 1965.
SKINNER, Q.: *Los fundamentos del pensamiento político moderno,* vol. I: *El Renacimiento,* F.C.E., México, 1985.
—*Maquiavelo,* Alianza, Madrid, 1984.
VILLARI, P.: *Maquiavelo, su vida y su tiempo,* Grijalbo, Barcelona, 1973.



EL PRINCIPE

Nicolaus Maciavellus ad Magnificum Lavrentium Medicem [1]

Suelen, las más de las veces, aquellos que deseen captar la benevolencia de un Príncipe [2] presentarse a él con aquello, de entre sus pertenencias, que más estiman o con lo que ven más ha de deleitarse; por eso vemos a menudo cómo les son ofrecidos caballos, armas, telas tejidas con oro, piedras preciosas y otros adornos semejantes dignos de su grandeza. Deseando yo, pues, ofrecerme a Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi devoción, no he encontrado entre todas mis pertenencias cosa alguna que considere más valiosa o estime tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendida mediante una larga experiencia de las cosas modernas y una continuada lectura de las antiguas [3]: las cuales, después de haberlas meditado y examinado con gran diligencia, reco-

---

[1] En el original en latín, así como todos los títulos de los veintiséis capítulos del *Príncipe*. Así figuran en los distintos manuscritos. Y así fueron pensados por Maquiavelo; que primero había decidido (carta de 10 de diciembre de 1513 a Francesco Vettori) dedicar el opúsculo a Giuliano, hijo de Lorenzo el Magnífico, duque de Nemours; pero luego la dirige a Lorenzo, hijo de Pedro de Medici que en 1515 había sido proclamado capitán general de los florentinos y que parecía mejor instrumento para los propósitos expansionistas de León X (Giovanni de Medici).

[2] El uso del término Príncipe es en Maquiavelo muy variado; unas veces significa gobernante, otras príncipe absoluto y otras es sinónimo de tirano.

[3] «Lunga esperienza delle cose moderne e una continua lezione delle antique». Frase que se ha convertido casi en proverbio, citada para resumir la formación de la experiencia de Maquiavelo.

gidas ahora en un pequeño volumen, mando a Vuestra Magnificencia.

Y aunque juzgo esta obra indigna de seros presentada, tengo, no obstante, confianza en que vuestra benevolencia querrá aceptarla, teniendo en cuenta que yo no puedo haceros ningún presente mejor que el de ofreceros la facultad de poder en brevísimo tiempo comprender todo cuanto yo, en tantos años y con tantas incomodidades y peligros he conocido y aprendido. Esta obra no la he adornado ni rellenado con amplios párrafos o ampulosas y solemnes palabras o con cualquier otro ornamento o artificio formal con los que muchos acostumbran a describir y adornar sus cosas, porque he querido o que nada la distinga o que tan sólo la variedad de la materia y la gravedad del tema la hagan grata. Y no quisiera tampoco que se tuviera por presunción el que un hombre de baja e ínfima condición se atreva a discurrir y dar normas sobre el gobierno de los príncipes; porque así como aquellos que dibujan paisajes se sitúan en los puntos más bajos de la llanura para estudiar la naturaleza de las montañas y de los lugares altos, y para considerar la de los lugares bajos ascienden a lo más alto de las montañas, igualmente, para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe y para conocer bien la de los príncipes hay que ser del pueblo.

Reciba, pues, Vuestra Magnificencia este pequeño presente con el mismo ánimo con que yo os lo envío: y si lo leéis y meditáis atentamente, descubriréis en él mi más profundo deseo: que logréis conseguir aquella grandeza que la fortuna vuestra y vuestras otras cualidades os prometen[4].

---

[4] En el capítulo XXVI Maquiavelo propondrá a los Medici que se conviertan en los líderes del movimiento que ha de salvar a Italia del dominio extranjero. Es además en este párrafo donde Maquiavelo ha concentrado toda la adulación de esta dedicatoria, que no podemos decir sea exagerada, sobre todo en comparación con tantas y tantas otras dedicatorias de la época o de siempre; ni en alguien tan desesperado como él por encontrar un receptor que tenga en cuenta su larga y variada experiencia, esos quince años que no ha perdido en vano: «Per questa cosa, quando la fussi letra, si vedrebbe che quindici anni che io sono stato a studio all'arte dello stato, non gli ho nè dormiti ne giocati; et devorrebbe chiascheduno

Y si Vuestra Magnificencia, desde el ápice de su grandeza se digna alguna vez volver la mirada hacia estos humildes lugares, conocerá cuán inmerecidamente soporto la enorme y continua malignidad de la fortuna.

I

Quod sint genera principatuum et quibus modis acquirantur[1]

Todos los estados, todos los dominios que han tenido y tienen soberanía sobre los hombres, han sido y son o repúblicas o principados. Los principales o son hereditarios, es el caso de aquellos en los que impera desde hace tiempo el linaje de su señor, o son nuevos. Los nuevos, o son totalmente nuevos, como fue Milán para Francesco Sforza[2] o son como miembros añadidos al estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el rey de España[3]. Los dominios así adquiridos o están acostumbrados a vivir sometidos a un príncipe o acostumbrados a ser libres; y se gana o con las armas ajenas o con las propias, o por fortuna o por virtud[4].

---

haver caro servirsi d'uno che alle spese d'altri fussi pieno di experientia»... Carta a Francesco Vettori, 10 de diciembre de 1513.

[1] De cuántas clases son los principados y de qué manera se adquieren.

[2] Francesco Sforza, 1401-1466. Señor de la Marca Anconitana casó con Bianca Maria Visconti, hija del duque de Milán, Filippo Maria Visconti. Fue nombrado capitán del ejército milanés en la guerra que la ciudad, convertida en república a la muerte del Visconti, sostenía contra Venecia. Pero de acuerdo con los venecianos, acosó Milán y se convirtió en su príncipe de 1450.

[3] Fernando el Católico y Luis XII de Francia, deciden desposeer del reino de Nápoles a Federico de Aragón y dividirse la conquista (1500), pero posteriores desacuerdos y las victorias del Gran Capitán en Cerignola 1503 y Garigliano 1504, convierten a Nápoles en un virreinato aragonés.

[4] Fortuna y virtud. El significado de ambos términos que aparecen repetidamente en las obras de Maquiavelo, depende del contexto, aun cuando de manera escueta «fortuna» puede ser «suerte» y «virtud» será la suma de fuerza, no física sino interior más talento.

II

De principatibus hereditariis[1]

No hablaré de las repúblicas de las que traté ampliamente en otro lugar[2]. Me ocuparé solamente del principado e iré tejiendo la urdimbre de las diferencias que acabo de describir y expondré las formas en que estos principados se pueden gobernar y conservar.

Digo, pues, que en los estados hereditarios y acostumbrados al linaje de su príncipe hay menos dificultades en mantenerlos que en los nuevos, porque basta con no descuidar el orden establecido por sus antepasados e ir adaptándose a los acontecimientos según los casos; de manera que, si tal príncipe posee una normal capacidad, se mantendrá siempre en su estado a menos que una extraordinaria y excesiva fuerza[3] no se lo impida; y si llega a verse privado de él, lo recobrará fácilmente a la primera adversidad con que se tope el usurpador.

Nosotros tenemos como ejemplo, en Italia, al duque de Ferrara[4], que no resistió los asaltos de los venecianos en 1484 ni los del papa Julio en 1510 por razones que nada tienen que ver con la antigüedad de su dominio. Porque el príncipe natural tiene menos motivos y menos necesidad de ofender, de donde resulta que es más amado por sus súbditos; y si no tiene ningún vicio extraordinario que lo haga

---

[1] De los principados hereditarios.

[2] Referencia a los *Discursos* o más precisamente a la primera parte del Libro I de estos, que además de referirse extensamente a las repúblicas, fue escrita antes del *Príncipe*.

[3] «Una estraordinaria ed eccessiva forza», expresión típica en Maquiavelo; recuérdese «estraordinaria ed extrema malignità di fortuna», *Príncipe*, VII o «la potenza assoluta ed eccessiva», *Discursos*, I, 55.

[4] Maquiavelo se refiere más que a un duque de Ferrara a la familia, que es efectivamente la más antigua de las familias «reinantes» en aquel momento en Italia: el que «no resistió los asaltos de los venecianos en 1484» es Ercole I; y el que no resistió «los del Papa Julio en 1510» es Alfonso I.

odioso, es lógico que naturalmente sea querido por sus súbditos. La antigüedad y continuidad del dominio extingue el recuerdo y los motivos de innovación. Porque siempre un cambio prepara el terreno a otro.

III

De principatibus mixtis[1]

Pero[2] es en el principado nuevo donde se encuentran las dificultades. Sobre todo si no es totalmente nuevo, sino como un miembro de otro, de manera que podemos llamarle, conjuntamente, casi mixto[3]. Los problemas que plantea, nacen, en principio, de una intrínseca dificultad existente en todos los principados nuevos: que es que los hombres cambian de buen grado de señor creyendo que mejorarán y esta creencia les hace empuñar las armas contra su antiguo señor, pero se engañan, porque luego la experiencia les demuestra que con el cambio han perdido. Todo eso proviene de otra necesidad natural y ordinaria, que hace inevitable el ofender a los nuevos súbditos no sólo con las tropas sino también con la infinidad de injurias que acarrea la conquista. De modo que tienes como enemigos a los que has ofendido al ocupar aquel principado y no puedes mantener la amistad de los que te introdujeron en él al no satisfacerles en la medida que habían imaginado y porque las obligaciones que con ellos has contraído te impiden usar en su contra medicinas fuertes[4]; y es que siem-

---

[1] De los principados mixtos.

[2] Al iniciar el capítulo con una adversativa («Ma nel principato nuovo oconsistono la difficoltà»), Maquiavelo subraya la diferencia de lo que se va a tratar ahora respecto a lo anterior.

[3] La distinción la había ya propuesto en el capítulo I. «Mixto», indica la heterogeneidad de un dominio compuesto por una parte hereditaria y por otra nueva; con lo que los estados «mixtos» presentan las mismas dificultades que los estados completamente «nuevos».

[4] La expresión «medicine forti», muy usada en toda la prosa política de la época, significa «crueldad». Maquiavelo hablará sobre el uso de la crueldad, por parte de un príncipe nuevo, en los capítulos VIII y XVII.

pre, aun cuando uno cuente con un ejército poderosísimo, para entrar en una provincia[5] es necesario el favor de sus habitantes. Por estas razones Luis XII, rey de Francia, perdió Milán con la misma rapidez con que lo había ocupado; para sacarle de allí, bastaron, la primera vez, las fuerzas de Ludovico[6] porque los que le habían abierto las puertas, sintiéndose engañados en sus ideas y en el bien futuro que habían imaginado, no pudieron soportar los inconvenientes del nuevo príncipe.

También es verdad que los países rebelados, reconquistados, la segunda vez se pierden con mayor dificultad puesto que el nuevo señor, aprovechando la rebelión, tiene menos miramientos a la hora de afirmarse en el poder, castigando a los rebeldes, desenmascarando a los sospechosos, proveyendo las partes más débiles. Así que, si para que Francia perdiera Milán bastó la primera vez un duque Ludovico que alborotase en las fronteras, para que lo perdiera la segunda fue necesario tener en contra el mundo entero y que sus ejércitos fueran aniquilados o expulsados de Italia; lo que tuvo su causa en las razones sobredichas. No obstante, tanto la primera como la segunda vez, se lo arrebataron.

Las razones generales de la primera ya han sido explicadas; ahora debemos decir cuáles fueron las de la segunda y ver qué remedios tenía Luis XII a su disposición y cuáles puede tener uno que se encuentre en su misma situación para conservar lo conquistado mejor de lo que lo hizo Francia. Digo, pues, que estos estados, que al ser conquistados se añaden a un antiguo estado del que los adquiere, o son de la misma provincia y lengua[7] o no lo son. Si lo son, es muy fácil conservarlos, máxime si no están acostumbrados a vivir libres[8]; para poseerlos con toda seguridad basta sólo con haber exterminado la familia del príncipe anterior, por-

---

[5] Provincia tiene aquí el sentido romano de tierra, lugar.

[6] Ludovico el Moro, señor de Milán, que perdió nuevamente el Milanesado, muriendo en Francia prisionero de Luis XII.

[7] «provincia... lingua» en el sentido de igual país, igual tradición cultural y civil.

[8] Es decir, si ya eran principados y no repúblicas; cfr. cap. V.

que en lo demás, manteniéndoles las antiguas condiciones de vida, al no haber diferencias en las costumbres, la gente vive tranquila, como ha ocurrido en Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía que desde hace tanto tiempo están unidas a Francia; y aunque haya algunas diferencias en la lengua, las costumbres son similares y pueden tolerarse entre sí sin grandes dificultades. Quien adquiera territorios nuevos de este tipo y quiera mantenerlos ha de tener en cuenta, pues, dos cosas: una, que es necesario aniquilar la familia del antiguo príncipe; otra, que no hay que alterar ni las leyes ni los impuestos; de tal manera que en poco tiempo se convierta, uniéndose con el principado antiguo, en un solo cuerpo.

Pero las dificultades surgen cuando se adquieren estados en una provincia de lengua, de costumbres y de instituciones diferentes; entonces es necesario tener mucha fortuna y gran habilidad[9] para conservarlos. Uno de los mejores y más eficaces remedios sería que la persona que los adquiera fuera a vivir allí[10]. Esto haría más segura y duradera la posesión: como ha hecho el Turco en Grecia[11]; el cual, a pesar de todas las medidas observadas para mantener el estado, no habría podido conservarlo si no hubiese ido a vivir allí. Porque estando en el territorio ves nacer los desórdenes e inmediatamente les puedes poner remedio, mientras que estando lejos los conoces cuando son grandes y ya no tienen remedio[12]. Además, así la provincia no es expoliada por tus funcionarios y los súbditos están contentos porque pueden recurrir fácilmente al príncipe; con lo que tienen más motivos de amarlo, si quieren ser buenos, y de temerlo, si quieren ser de otra manera; y los extranjeros que quisieran asaltar este estado tendrían que

[9] Recordar la distinción del cap. I, y confrontar, naturalmente, capítulo VII.

[10] Confrontar, *Príncipe*, V.

[11] Se entiende la parte europea del antiguo imperio bizantino.

[12] El gran tema dominante en este capítulo y en toda la obra de Maquiavelo, el «vedere discosto» (prever para prevenir), es característico del príncipe «virtuoso».

pensarlo muy bien. En fin, que si vive en el nuevo estado muy difícilmente podrá perderlo.

Otro gran remedio es el establecimiento de colonias[13] en uno o dos sitios, que sean como cadenas que unen a ti este estado, porque de no hacer eso tendrías que ocuparlo con gran cantidad de gentes armadas, a pie y a caballo. Con las colonias no se gasta mucho; y sin gastos, o con pocos, se envía y mantiene gente en el nuevo territorio, y se ofende tan sólo a los que se les quitan campos y casas para darlos a los nuevos habitantes, que no pasan de ser una mínima parte de este estado; y los que han sido ofendidos, al quedar pobres y dispersos, no podrán nunca hacerte mal alguno, y los demás por una parte deberían permanecer tranquilos, ya que nada se les ha quitado, y por otra no cometer ningún error por miedo a que no les suceda lo que a los que han sido expoliados. En conclusión: estas colonias no cuestan dinero, son más fieles y ocasionan menos perjuicios, y los ofendidos no pueden ocasionar daño alguno al quedar, como ya hemos dicho, pobres y dispersos. Por lo que queda claro que a los hombres o bien hay que ganarlos con beneficios o destruirles[14], porque se vengan de las pequeñas ofensas, de las grandes no pueden; así que la ofensa que se haga a un hombre debe ser tal que no dé lugar a venganza. Pero si en lugar de colonias se tiene gente de armas, se gasta mucho más, al tener que consumir en la guardia todas las entradas de aquel nuevo estado; con lo que la conquista acaba en pérdida, y se ofende mucho más porque se perjudica a todo el estado con los desplazamientos del ejército y de estas molestias todos se resienten y se convierten en enemigos, y son enemigos que pueden perjudicar porque vencidos permanecen en sus casas. Así que, se mire por donde se mire, el mantenimiento de un ejér-

---

[13] Sobre el establecimiento de colonias, véase *Discursos,* I, 1; II, 6; II, 19. *Istorie fior,* II, 1.

[14] «o vezzeggiare o spegnere», típica máxima del estilo político de Maquiavelo, ya en el *Del modo di trattare i popòli della Valdichiana ribellati,* 1503: «I Romani pensarono una volta che i popoli ribellati si dabbano o beneficiare o spegnere e che ogni altra via sia pericolosissima».

cito en territorio recién conquistado es tan inútil como útiles son las colonias.

Quien se encuentre en una provincia diferente, como ya he dicho, debe además convertirse en caudillo y defensor de los vecinos menos potentes, ingeniárselas para debilitar a los poderosos y guardarse de que, por ninguna circunstancia, entre en esta provincia algún forastero tan poderoso como él; que siempre habrá algunos descontentos que o por miedo o ambición le llamen desde el interior; como sucedió con los etolios, que llamaron a los romanos a Grecia; y así sucedió en todos los países en los que entraron, que lo hicieron siempre de la mano de sus habitantes. Es norma que tan pronto como un príncipe poderoso entre en un país, los ciudadanos menos potentes se pongan de su parte, movidos por la envidia hacia quien ha sido más poderoso que ellos: de tal manera que respecto a los menos poderosos no tiene que hacer ningún esfuerzo para ganarlos, porque inmediatamente forman juntos un bloque compacto con este nuevo estado que ha adquirido. Lo único que ha de procurar es que no lleguen a tener demasiada fuerza o autoridad; y si así lo hace, con sus fuerzas y con el favor de aquellos, podrá humillar fácilmente a los potentes y convertirse en árbitro absoluto de aquella provincia. Y quien no siga estas reglas perderá pronto cuanto haya ganado, y mientras lo conserve se enfrentará a continuas dificultades y problemas.

Los romanos [15], en las provincias conquistadas tuvieron siempre en cuenta estos principios: mandaron colonias, conservaron los príncipes menos poderosos sin aumentar su poder, humillaron a los poderosos y no dejaron que adquiriese reputación ningún poderoso extranjero.

Y quiero que me baste como único ejemplo la provincia de Grecia: los romanos sostuvieron a aqueos y etolios, aba-

---

[15] Maquiavelo había anticipado el mismo juicio a propósito de la política italiana de Luis XII y su «culpable» ignorancia acerca de los romanos, en carta desde Francia durante su primera legación el 21 de noviembre de 1500; y de nuevo, también desde Francia, en carta de 9 de agosto de 1510 insiste sobre la importancia de los modelos romanos que tanto peso tendrán en toda su reflexión política.

tieron el reino de los macedonios, y expulsaron de allí a Antíoco; pero nunca los méritos de los aqueos o de los etolios consiguieron que los romanos les permitieran aumentar su poder; ni los argumentos persuasivos de Filipo les indujeron a serle amigos sin antes humillarlo; ni la fuerza de Antíoco logró que le consintieran, en aquella provincia, ningún poder. Porque los romanos hicieron, en estos casos, lo que todos los príncipes sabios deben hacer: preocuparse no sólo de los problemas presentes sino de los futuros, procurando evitarlos por todos los medios; porque previstos con antelación se puede encontrar fácil remedio, pero si se espera a tenerlos encima, la medicina no puede ya actuar porque la enfermedad se ha convertido en incurable[16]. Y sucede aquí lo mismo que, según dicen los médicos, sucede con la tisis, que al principio del mal es fácil de curar y difícil de diagnosticar, pero con el paso del tiempo, al no haber sido ni conocida ni medicada a tiempo, resulta fácil de conocer y difícil de curar. Lo mismo sucede con las cosas del estado, que conociendo a tiempo los males que nacen en él (lo que no es dado más que a los prudentes)[17] se curan pronto; pero cuando por no haberlos reconocido se dejan crecer de tal manera que cualquiera puede reconocerlos, ya no hay remedio alguno.

Pero los romanos, previendo con tiempo los inconvenientes, los remediaron siempre; y no dejaron nunca que progresaran ni para evitar una guerra, porque sabían que la guerra no se elude, sino que se aplaza con ventaja para los otros; por eso prefirieron hacer la guerra en Grecia contra Filipo y Antíoco, para no tener que hacerla en Italia, y aun sabiendo que podían en aquel momento eludir una y otra, no quisieron. Tampoco les gustó nunca eso de gozar del beneficio del tiempo[18] que está siempre en boca de los sabios de nuestra época y prefirieron, en cambio, seguir los

---

[16] Una de las más eficaces definiciones maquiavélicas de ese «vedere discosto» del que antes he hablado.

[17] Confrontar con *Príncipe*, XIII, y *Discursos*, I, 18.

[18] «godere il benefizio del tempo», el perpetuo defecto de la prudente política florentina, del que Maquiavelo se queja continuamente y que tantas veces ha tenido que sufrir como legado.

dictados de su virtud y prudencia, porque el tiempo que arrastra todo consigo en un gran torbellino, lo mismo puede traer bien por mal que mal por bien.

Pero volvamos a Francia y examinemos si ha hecho alguna de estas cosas que hemos dicho; y hablaré de Luis y no de Carlos[19], porque habiendo aquél mantenido su poder en Italia por más tiempo podemos estudiar mejor sus progresos; y veréis cómo ha hecho lo contrario de lo que se debe hacer para mantener el poder en un país diferente del propio.

Al rey Luis lo trajo a Italia la ambición de los venecianos, que con su venida querían adueñarse de media Lombardía. No quiero yo censurar esta decisión del rey, porque, si quería empezar a poner un pie en Italia, no teniendo amigos en esta provincia, sino muy al contrario teniendo cerradas todas las puertas a causa del comportamiento del rey Carlos, no le quedaba más remedio que aceptar tales amistades; y habría resultado una buena decisión si no hubiera cometido otros errores en su posterior actuación política. Habiendo, pues, conquistado la Lombardía, el rey reconquistó rápidamente la reputación que Carlos le había arrebatado: Génova cedió; los florentinos se convirtieron en sus aliados, el Marqués de Mantua, el Duque de Ferrara, los Bentivoglio, la Señora de Forli, el Señor de Faenza, de Pesaro, de Rimini, de Camerino, de Piombino, los luqueses, pisanos, seneses, todos le salieron al encuentro para convertirse en sus amigos[20]. Y entonces pudieron tomar conciencia los venecianos de la temeridad de su decisión, porque para conquistar un puñado de tierra en Lombardía, hicieron al rey señor de un tercio de Italia.

---

[19] Carlos VIII y Luis XII.

[20] Los florentinos pedían, a cambio de ayuda económica, ejércitos para el asedio de Pisa. El marqués de Mantua era Francisco II Gonzaga; el duque de Ferrara, Hércules I de Este; los representantes de los Bentivoglio de Bolonia eran Juan y su hijo Aníbal; la señora de Forli, Catalina Sforza Riario, a la que Maquiavelo había visitado en su primera legación como Secretario, en 1499. Los demás señores son, en el mismo orden que los cita Maquiavelo: Astore Manfredi, Juan de Costanzo Sforza, Pandolfo Malatesta, Julio César de Varano y Jacobo degli Appiani.

Considérese ahora con cuán poca dificultad podía el rey mantener su reputación en Italia si hubiese observado las reglas anteriormente dichas, manteniendo asegurados y protegidos a todos sus aliados, que al ser muchos y débiles, temerosos unos de la Iglesia, otros de los Venecianos, se veían obligados a estar siempre de su lado y además con su apoyo y lealtad podía fácilmente asegurarse contra quien aún mantenía cierto poder en la península. Sin embargo, tan pronto llegó a Milán, hizo lo contrario al dar su apoyo al papa Alejandro para que ocupase la Romaña[21]. Y ni se dio cuenta de que con tal deliberación se debilitaba a sí mismo (alejando de sí a sus amigos y a todos cuantos habían caído en sus brazos) y engrandecía a la Iglesia, añadiendo al espiritual que tanta autoridad le da, más poder temporal. Y cometido el primer error, se vio forzado a cometer otros; de manera que para poner fin a la ambición de Alejandro y para evitar que se conviertiera en señor de Toscana[22], tuvo que venir a Italia. No le bastó con haber engrandecido a la Iglesia y haber perdido a sus aliados, sino que, por ambicionar el reino de Nápoles, lo dividió con el rey de España; y habiendo sido en un principio árbitro de Italia, ahora tomó un socio para que los ambiciosos de aquella provincia o aquellos a quienes él hubiese ofendido, tuvieran a quién recurrir; y pudiendo dejar en aquel reino un rey tributario suyo, lo sacó, para poner en cambio a otro que podía expulsarlo a él.

El deseo de adquirir es, verdaderamente, algo muy natural y ordinario; y siempre que este deseo lo actúen hombres que tienen a su favor todas las posibilidades, serán alabados y nunca censurados; pero por el contrario, cuando no pudiendo se empeñan en hacerlo, caen en el error y se les censura justamente. Si Francia, pues, podía asaltar Nápoles con sus propias fuerzas, debía hacerlo; si no podía, no debía dividirlo. Y si la división que había hecho de Lom-

---

[21] Acuerdo entre Alejandro VI y Luis XII, de 1499, para favorecer las empresas de César Borja, el hijo natural del Papa.

[22] Realmente Maquiavelo, en aras de su pedagogía política, exagera un poco. Lo que verdaderamente llevó a Italia, a Luis XII, fue la guerra de Nápoles.

bardía con los venecianos mereció excusas porque le había permitido poner un pie en Italia, ésta merece tan sólo censura, ya que no existe necesidad alguna que la justifique.

Luis había cometido, pues, estos cinco errores: destruyó a los menos poderosos; aumentó en Italia la potencia de uno que ya era fuerte; trajo a un extranjero poderosísimo; no vino a vivir aquí y no envió colonias. Y todos estos errores podían aún no haberle perjudicado en vida, de no haber cometido el sexto: arrebatarles las tierras a los venecianos[23]; porque si no hubiese acrecentado el poder de la Iglesia ni introducido en Italia al rey de España, era muy razonable y necesario que les humillara; pero habiendo tomado esas dos primeras decisiones, no debía haber permitido jamás la ruina de los venecianos: porque, siendo éstos potentes, habrían mantenido a los demás alejados de la empresa de Lombardía; bien porque los venecianos no lo habrían consentido a menos de convertirse ellos en señores únicos, o bien porque los demás no habrían querido arrebatársela a Francia para dársela a ellos, y no habrían tenido valor suficiente para enfrentarse a ambos. Y si alguien dijera: el rey Luis cedió a Alejandro la Romaña y a España el Reino de Nápoles para evitar la guerra, respondo con las razones expuestas más arriba: que no se debe nunca permitir un desorden esperando evitar una guerra; porque no se evita, sino que se aplaza en tu perjuicio. Y si otros alegasen la promesa que el rey había hecho al Papa de favorecerle en su empresa a cambio de la disolución de su matrimonio y del capelo cardenalicio para el de Rouen[24], respondo con lo que más adelante diré acerca de la palabra[25] dada por los príncipes y de cómo éstos deben mantenerla.

Así pues el rey Luis perdió la Lombardía, por no haber

---

[23] Alude a la guerra promovida por la Liga de Cambrai, 1508.

[24] Luis XII había obtenido la disolución de su matrimonio para poder casarse con Anna de Bretaña, viuda de su predecesor. Además, el Papa hizo cardenal a George d'Amboise, el Roano al que Maquiavelo se refiere tantas veces en sus cartas, ministro de Luis XII. A su vez, César Borja, dejando el capelo cardenalicio, obtuvo del rey el territorio de Valence y el título de duque de Valentinois.

[25] En el cap. XVIII del *Príncipe*.

observado ninguno de aquellos puntos observados por otros que conquistaron provincias y quisieron conservarlas. Y esto no es ningún milagro[26], sino algo muy normal y razonable. Y de eso hablé en Nantes[27], con Roano cuando el Valentino (que así era popularmente llamado César Borja, el hijo del papa Alejandro) ocupaba la Romaña; porque, diciéndome el cardenal de Rouen que los italianos no entendían de guerras le respondí que los franceses no entendían nada en cuestiones de estado; porque si entendieran no dejarían jamás que la Iglesia alcanzara tanto poder. Y por experiencia se ha visto que en Italia la grandeza de la Iglesia y de España ha sido causada por Francia, y la ruina de ésta, a su vez, causada por aquéllas. De todo eso se extrae una regla general que nunca o casi nunca falla; que quien favorece el poder de otro labra su propia ruina, porque este poder lo ha propiciado o con la fuerza o con la astucia y tanto una como otra, resultan sospechosas a quien se ha hecho poderoso.

IV

Cur Darii regnum quod Alexander occupaverat a successoribus suis post Alexandri mortem non defecit[1]

Consideradas las dificultades que se encuentran para mantener un estado recién conquistado, alguien podría preguntarse maravillado cómo a Alejandro Magno, convertido en señor de Asia en pocos años y muerto cuando apenas la había ocupado y cuando parecería razonable que todo aquel estado se rebelara, sus sucesores no sólo lo mantuvieron sino que no tuvieron, para mantenerlo, otras

---

[26] Actitud polémica contra quienes atribuyen al cielo cuanto acontece en esta tierra. En otra ocasión, *Príncipe*, XII, el blanco será Savonarola.

[27] Primera Legación a Francia. Carta de 21 de noviembre, 1500.

[1] Por qué razón el reino de Darío, que Alejandro había ocupado, no se rebeló contra sus sucesores tras la muerte de Alejandro.

dificultades que las que nacieron entre ellos mismos por su propia ambición. Respondo que todos los principados de los que tenemos memoria son gobernados de dos maneras distintas: o por un príncipe y el resto de sus siervos que como ministros, por gracia y concesión suya le ayudan a gobernar aquel reino; o por un príncipe y por barones que poseen sus títulos no por gracia del soberano sino por nobleza de sangre. Estos barones tienen estados y súbditos propios, que les reconocen como sus señores y les profesan un afecto natural. En los estados gobernados por un príncipe y por siervos, el príncipe tiene mayor autoridad porque en toda su provincia no hay nadie que pueda ser reconocido superior a él, y si los súbditos obedecen a otro lo hacen como ministro y funcionario, sin manifestarle especial afecto.

Los ejemplos de estas dos clases distintas de gobierno son en nuestros días el Turco y el rey de Francia. Toda la monarquía del Turco está gobernada por un solo señor; los demás son sus servidores; y dividiendo el reino en Sanjacs[2], les pone al frente distintos administradores a los que varía y cambia según mejor le parece. En cambio, el rey de Francia está rodeado de una multitud de antiguos señores reconocidos y amados por sus propios súbditos que poseen grandes privilegios a los que el rey no puede tocar sin correr, él mismo, serio peligro. Quien examine, pues, uno y otro estado verá la gran dificultad que supone conquistar el estado del Turco y lo fácil que es mantenerlo una vez conseguido. Por el contrario, encontraréis que en ciertos aspectos es más fácil ocupar el estado de Francia pero mucho más difícil mantenerlo.

Las causas que dificultan la ocupación del reino del Turco estriban en que no puede, el que lo pretenda, ser llamado por los príncipes o barones del reino, ni esperar que la rebelión de los súbditos facilite la empresa. Todo eso se explica por las razones anteriormente expuestas; porque siendo todos sus esclavos y estándole obligados, es muy difícil

---

[2] Palabra turca, cuyo significado corriente es bandera y que en sentido amplio puede significar provincia.

corromperlos; y suponiendo que esto se lograra, poco podría esperarse de ellos ya que no pueden arrastrar tras de sí al pueblo, por las razones ya dichas.

Así pues, quien quiera atacar al Turco, debe tener en cuenta que lo encontrará muy unido, y confiar más en sus propias fuerzas que en la desorganización de los otros. Pero, una vez vencido y derrotado en campaña de manera que no pueda rehacer sus ejércitos, sólo tiene que temer a su familia, y una vez extinguida ésta ya nada tiene que temer, pues el pueblo sólo se siente obligado a su príncipe y a nadie más; y así como el vencedor, antes de la victoria no podía esperar nada de ellos, tampoco debe, conseguida ésta, temerles.

En los reinos gobernados como el de Francia ocurre todo lo contrario; porque puedes entrar fácilmente en ellos ganándote a algún noble del reino[3], descontento o amante del cambio, que siempre los hay. Estos, por lo ya dicho, pueden abrirte el camino y facilitarte la victoria. Pero cuando pretendes mantenerte en el estado, esa misma victoria trae consigo infinitas dificultades, tanto de parte de los que te han ayudado como de aquellos a quien oprimiste. Y no te basta con exterminar a la familia del príncipe, porque quedan aquellos señores que encabezan las nuevas alteraciones; y no pudiéndoles ni contentar ni destruir, pierdes aquel estado a la primera ocasión.

Ahora, si consideráis de qué naturaleza era el gobierno de Darío[4], lo encontraréis parecido al del Turco; por eso, Alejandro ya en el primer momento tuvo que atacar desde todos los frentes y derrotarlo por completo; luego de la victoria, muerto Darío, el estado quedó seguro en manos de Alejandro por las razones antes expuestas. Y sus sucesores, si se hubiesen mantenido unidos, lo hubieran podido disfrutar tranquilamente ya que en aquel reino no surgie-

---

[3] Parece una profecía. En 1523 tuvo lugar la célebre traición del condestable de Borbón, que abandonó a Francisco I por Carlos I, sin que esto tuviera demasiadas consecuencias para la unidad y fuerza de la monarquía francesa. Recuérdese el romance del duque de Rivas, «Un castellano leal»; la actitud del duque de Benavente explicaba bastante bien todo esto.

[4] Darío III, rey de Persia.

ron más desórdenes que los que ellos mismos provocaron. Sin embargo, es imposible ocupar con tanta tranquilidad los estados organizados a la manera de Francia. De ahí las frecuentes rebeliones en España, Francia y Grecia contra los romanos, debidas a los numerosos principados existentes en aquellos estados: y mientras duró el recuerdo de sus antiguos príncipes, el poder de los romanos fue inseguro y precario, pero extinguida la memoria de aquellos, y con la fuerza y continuidad del imperio se convirtieron en seguros dominadores. Y pudieron incluso, enfrentados después entre sí[5], atraerse como partidarias a algunas de aquellas provincias según la influencia que cada uno había ejercido en ellas, que extinguido el recuerdo de sus antiguos señores, no reconocían otra autoridad que la de Roma. Consideradas pues todas estas cosas, nadie se maravillará de lo fácil que le fue a Alejandro conservar el estado de Asia, ni de las dificultades que en cambio tuvieron otros a la hora de conservar lo adquirido, como fue el caso de Pirro[6] y de muchos otros. Lo que no depende de la mucha o poca virtud del vencedor sino del distinto carácter de los sometidos.

V

Quomodo administrandae sunt civitates vel principatus, qui, antequam occuparentur, suis legibus vivebant[1]

Hay tres maneras de conservar los estados adquiridos cuando éstos, como se ha dicho[2] están acostumbrados a vivir con sus propias leyes y en libertad: la primera, des-

[5] Maquiavelo alude a las guerras civiles de los últimos años de la República, que dieron lugar a la dictadura de César y en las que las distintas provincias tomaron parte a favor de uno u otro de los contendientes.

[6] Pirro, rey de Epiro, logró, en 277 (a. C.) y con gran facilidad, conquistar Sicilia, que perdió rápidamente gracias a las insurrecciones que pronto estallaron en el interior de su «nuevo» estado.

[1] De qué manera han de gobernarse las ciudades o principados que, antes de ser ocupados, vivían con leyes propias.

[2] En los capítulos anteriores, en especial el III.

truirlos; otra, ir a vivir personalmente en ellos, y la tercera, dejarles vivir con sus antiguas leyes cobrándoles tributo y creando un gobierno minoritario que te los mantenga amigos. Porque, habiendo sido este gobierno creado por el príncipe conquistador, los oligarcas saben muy bien que no pueden mantenerse sin su poder y apoyo, con lo que harán lo posible para conservar su autoridad; y más fácilmente se conserva una ciudad acostumbrada a vivir libre, con el apoyo de sus ciudadanos, que de ninguna otra manera; eso, claro, queriendo evitar su destrucción. Como ejemplos tenemos a los espartanos y a los romanos. Los espartanos conquistaron Atenas y Tebas, creando en ellas un gobierno oligárquico, y con todo las volvieron a perder[3]. Los romanos, para mantener su dominio en Capua, Cartago y Numancia[4], las destruyeron y no las perdieron; quisieron conservar Grecia casi como lo habían hecho los espartanos, manteniendo sus leyes y dejándola libre y fracasaron; así que se vieron obligados a destruir muchas ciudades de aquella provincia para conservarla[5]. Porque, en verdad, no hay otro medio más seguro de posesión que la ruina. Y quien se apodera de una ciudad acostumbrada a vivir libre y no la destruye, que espere a ser destruido por ella; ya que siempre, en caso de rebelión, se apoyará en el nombre de la libertad y en sus antiguas instituciones; cosas ambas que no se olvidan por mucho tiempo que pase y por muchos beneficios que se reciban[6]. Y por mucho que se haga o se

[3] Se refiere a la larga guerra del Peloponeso terminada la cual, 404 a. C., Esparta impuso a Atenas el gobierno llamado de los Treinta Tiranos, que al año siguiente fue derribado por Trasíbulo. Los tebanos lograron derribar también el gobierno impuesto por Esparta en el 379 a. C. por obra de Epaminondas. El ejemplo de Tebas es muy frecuente en la obra de Maquiavelo, sobre todo en los *Discursos*.

[4] Capua, después de la batalla de Cannas (216 a. C.), no fue «destruida», tan sólo privada de su independencia; en cambio, Cartago sí lo fue en el 146, y Numancia en el 133 a. C.

[5] La libertad de Grecia, proclamada en Corinto por T. Q. Flaminio en el año 196 a. C., fue suprimida en el 146, con lo que Grecia pasó a ser provincia romana.

[6] Repite la misma idea en *Ist. fior.*, II, 34: «Avete voi considerato quanto, in una città simile a questa, importi e quanto sia gagliardo il nome

prevea, si no se disgregan o dispersan sus habitantes, nunca olvidarán ni aquel nombre ni aquellas instituciones, y a la menor ocasión recurrirán a ellas como hizo Pisa luego de cien años de sometimiento a los florentinos[7]. Pero cuando las ciudades o las provincias están acostumbradas a vivir bajo un príncipe, y la familia se ha extinguido, estando por un lado acostumbrados a obedecer y por otro no temiendo a su viejo príncipe, no se ponen de acuerdo para elegir de entre ellos a otro, ni saben vivir libres: así que son siempre más lentos a la hora de tomar las armas y un príncipe puede con más facilidad conquistarlos y hacerlos suyos[8]. En cambio en las repúblicas hay mayor vida, más odio, más deseo de venganza; no las deja, ni puede dejarlas descansar el recuerdo de la antigua libertad: así que el camino más seguro es destruirlas o vivir en ellas.

VI

De principatibus novis qui armis propriis et virtute acquiruntur[1]

Que nadie se maraville si en la exposición que voy a hacer de los principados totalmente nuevos[2], tanto en lo que se refiere al príncipe como al estado, aduzco ejemplos muy notables; porque caminando los hombres casi

---

della libertà, il quale forza alcuna non doma, tempo alcuno non consuma e merito alcuno non contrappesa?»

[7] Pisa pasó al dominio florentino en 1405, pero con la entrada de Carlos VIII de Francia en 1494, recuperó su libertad y los florentinos tuvieron que luchar otros 15 años para poder volverla a dominar. La «questione pisana» por diversos motivos es constante preocupación de Maquiavelo.

[8] Ver *Discursos*, II, 2 y también los capítulos IV y VI del libro primero.

[1] De los principados nuevos que se adquieren con armas propias y con virtud.

[2] Es éste uno de los más importantes capítulos del *Príncipe*, no sólo por el problema técnico del que se trata aquí, sino también porque por primera vez, de manera explícita, Maquiavelo expone el problema de la relación «virtud-fortuna» al que anteriormente y de pasada había aludido.

siempre por vías ya batidas por otros, y procediendo en sus acciones por imitación (aunque a menudo no es posible seguir del todo los caminos de los demás, ni llegar a alcanzar la virtud de aquellos a quienes imitas), el hombre prudente debe intentar siempre seguir los caminos recorridos antes por los grandes hombres; e imitar a aquellos que han sobresalido de manera extraordinaria sobre los demás, para que aun cuando su virtud no alcance la de éstos, se impregne, al menos un poco, en ella; y debe hacer como los arqueros prudentes, que cuando el lugar que quieren alcanzar les parece demasiado alejado, conociendo además hasta dónde llega la potencia de su arco, ponen el punto de mira muy por encima del lugar de destino, no para alcanzar con su flecha tanta altura, sino para poder, con la ayuda de tan alta mira, llegar al lugar que se hayan propuesto.

Digo, pues, que en los principados totalmente nuevos, en los que haya un príncipe nuevo, a la hora de conservarlos las dificultades son mayores o menores según sea el que los adquiere más o menos virtuoso. Y dado que el hecho de pasar de privado a príncipe presupone o virtud o fortuna, parece que o la una o la otra de estas dos cosas mitigue, en parte, muchas de estas dificultades; no obstante, quien menos ha confiado en la fortuna, se ha mantenido mejor. Genera aún más facilidades el hecho de que el príncipe se vea obligado, al no tener otro estado, a ir personalmente a vivir allí. Pero, para hablar de aquellos que llegaron a príncipes por propia virtud y no por fortuna[3], digo que los más excelentes son Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y otros parecidos a ellos. Y aunque de Moisés no se pueda hablar, ya que fue mero ejecutor de las cosas que le eran mandadas por Dios[4], no obstante ha de ser mencionado aunque sólo sea por aquella gracia que lo hacía digno de hablar con Dios. Consideremos, sin embargo, a Ciro, y a

---

[3] Conforme al título del capítulo se trata de hablar ahora de los príncipes que llegaron al principado gracias a su virtud.

[4] Hay quien ve en este ejemplo una cierta ironía hacia los que, como Savonarola, creen seguir los mandatos de Dios. Lo que queda claro es que Maquiavelo ve en Moisés no un hombre virtuoso porque fue amado por Dios, sino que precisamente fue amado por Dios por ser virtuoso.

los otros que adquirieron y fundaron reinos: los encontraremos a todos dignos de admiración; y si consideramos las empresas y las instituciones que cada uno de ellos supo crear, no parecerán discrepar de las de Moisés, que tuvo tan gran preceptor. Y examinando sus acciones y su vida, se ve que no obtuvieron de la fortuna nada más que la ocasión, que les proporcionó la materia sobre la cual plasmaron la forma que mejor les pareció: sin ocasión, la virtud de su ánimo se habría extinguido, y sin esa virtud la ocasión se les habría presentado en vano[5]. Era, pues, necesario que Moisés encontrara en Egipto al pueblo de Israel, esclavo y oprimido por los egipcios, para que éstos, queriendo librarse de tal servidumbre, se dispusieran a seguirle. Convenía que en Alba no hubiera sitio para Rómulo, que fuera abandonado al nacer, para que llegara a ser rey de Roma y fundador de aquella patria. Era necesario que Ciro encontrara a los persas descontentos del imperio de los medas[6] y a los medas muelles y afeminados por una prolongada paz. Ni podía Teseo demostrar su virtud de no encontrar a los atenienses desunidos. Estas ocasiones, por lo tanto, colmaron los deseos de estos hombres y su excelente virtud hizo que aquella ocasión fuera conocida; todo lo cual aportó nobleza y prosperidad a sus respectivas patrias.

Aquellos que, como estos, por vías virtuosas llegan a príncipes, adquieren el principado con dificultad, pero lo mantienen fácilmente[7]; y las dificultades que encuentran al conquistar el principado, nacen en parte de las nuevas formas e instituciones que se ven obligados a introducir para sostener su estado y su seguridad. Tengamos en cuenta que no hay cosa más difícil de tratar, ni en la que el éxito sea más dudoso, ni más peligrosa de manejar, que con-

---

[5] Uno de los tópicos clásicos para la definición del concepto maquiavélico de virtud y fortuna. En esta relación, aun cuando Maquiavelo quiera subrayar el papel de la virtud, queda bastante claro que sin la ocasión dada por la fortuna ésta no puede actuar.

[6] Maquiavelo se refiere a la conquista del imperio meda por parte de Ciro el Grande, con el que se inicia el largo periodo de dominio persa que terminará con la derrota de Darío III frente a Alejandro.

[7] Conceptos fundamentales que Maquiavelo aclarará en este capítulo y en el siguiente.

vertirse en responsable de la introducción de un nuevo orden político; porque todo innovador tiene como enemigos a cuantos el viejo orden beneficia y como tibios defensores a aquellos a los que las nuevas leyes beneficiarían. Esta tibieza nace, en parte, por miedo a los adversarios, que tienen las leyes a su favor, y en parte por la incredulidad de los hombres, que en realidad no confían en las novedades hasta que la experiencia no se las confirma; de ahí viene que cada vez que los que son enemigos tienen ocasión de atacar, lo hacen con pasión facciosa, mientras los otros se defienden tibiamente; de manera que, con ellos, se corre verdadero peligro. Conviene, por lo tanto, si se quiere tratar bien el tema, examinar si estos innovadores tienen fuerza propia o si dependen de otros; es decir, si para llevar a cabo su obra tienen que rogar o pueden forzar[8]. En el primer caso acaban siempre mal y no llegan a ninguna conclusión; pero cuando dependen de sí mismos y pueden recurrir a la fuerza, raras veces corren peligro. De ahí que todos los profetas armados hayan vencido y los desarmados fracasaran[9]. Porque, además de lo dicho, la naturaleza de los pueblos es voluble; y es fácil convencerles de algo pero difícil mantenerlos convencidos. Por eso conviene estar preparado de tal manera que, cuando dejen de creer, se les pueda hacer creer por la fuerza. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer observar sus constituciones largo tiempo si hubieran estado desarmados; como ocurrió en nuestros días a fray Jerónimo Savonarola[10], que se hundió junto a su nuevo orden, tan pronto como la multitud empezó a no creer en él; no tenía medios para retener a los que habían creído en él ni para hacer creer a los

[8] Ver nota 7, pág. anterior.

[9] Expresión convertida en proverbio.

[10] Savonarola, 1452-1498, dominico de Ferrara que alcanzó gran popularidad en Florencia con sus sermones violentos y apasionados. Profetizó grandes desgracias que la llegada a Italia de Carlos VIII de Francia hizo realidad, con lo que alcanzó aún mayor predicamento. Expulsado Pedro de Médicis de Florencia, Savonarola tuvo gran influencia en la redacción de la nueva constitución republicana. El enfrentamiento violento con el papa Alejandro VI, entre otras cosas, le llevó a la muerte, en la hoguera, el 23 de mayo de 1498.

incrédulos. Por eso estos hombres hallan muchas dificultades a la hora de actuar, y su camino está sembrado de peligros que deben superar con gran virtud; pero una vez superados éstos, y cuando empiezan a ser objeto de veneración, habiendo destruido a todos cuantos podían envidiar sus cualidades, se mantienen potentes, seguros, honrados, felices.

A tan altos ejemplos quiero añadir un ejemplo menor, aunque bien debe tener relación con ellos, y que quiero me baste para todos los casos semejantes; se trata de Hierón de Siracusa. De simple particular, llegó a príncipe de Siracusa; y tampoco conoció de la fortuna otro don que la oportunidad; porque hallándose los Siracusanos oprimidos, lo eligieron como capitán, y a partir de ahí sus muchos méritos le convirtieron en príncipe. Y fue tanta su virtud, incluso en su vida privada, que quien de él escribe dice: «quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum»[11]. Hierón disolvió el viejo ejército y creó otro nuevo; dejó las antiguas alianzas y concertó otras nuevas; y como tuvo aliados y soldados propios pudo edificar sobre tan sólidas bases cualquier edificio, de manera que lo que le costó gran trabajo alcanzar, con poco lo pudo mantener.

VII

De principatibus novis qui alienis armis et fortuna acquiruntur[1]

Aquellos que de simples particulares llegan a príncipes, sólo con la ayuda de la fortuna, con poco esfuerzo llegan al poder, pero en cambio han de luchar mucho para mantenerse en él; en su camino no encuentran ningún obstáculo, se diría que vuelan; pero todas las difi-

---

[11] Hierón II, nacido alrededor del año 306 a. C., fue rey en el año 263. Estas palabras son del historiador Justino, XXIII, 4: «nada le faltaba para reinar excepto el reino».

[1] De los principados nuevos adquiridos con las armas y la fortuna de otros.

cultades surgen una vez instalados. En esta situación están aquellos a los que les es concedido un estado o por dinero o por la voluntad de quien lo concede; como les sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, en las que fueron hechos príncipes por Darío para que se las mantuvieran para su propia seguridad y gloria[2]; o como fueron proclamados emperadores aquellos que de privados llegaron al imperio corrompiendo a los soldados[3]. Éstos están simplemente supeditados a la voluntad y fortuna de quien les ha concedido el estado; que son dos cosas volubilísimas e inestables; y no saben ni pueden mantener aquel cargo. No saben, porque si no es hombre de gran ingenio y virtud, no es razonable que, habiendo vivido siempre como privado, sepa mandar; no pueden, porque carecen de fuerzas que les puedan apoyar y ser fieles. Además, los estados que surgen de repente, como todas las demás cosas de la naturaleza que nacen y crecen deprisa, no pueden tener las raíces y ramificaciones correspondientes; de manera que la primera adversidad los destruye; a no ser que estos que tan de repente han llegado a ser príncipes tengan, como ya se ha dicho, tanta virtud que sepan inmediatamente prepararse a conservar lo que la fortuna les ha puesto entre las manos, y sepan poner después los fundamentos que los otros pusieron antes de convertirse en príncipes.

Quiero aducir dos ejemplos de hechos acaecidos en nuestros días, sobre las dos maneras ya citadas de llegar a ser príncipe: por virtud o por fortuna. Son estos: Francesco Sforza y César Borja. Francesco se convirtió, de privado, en duque de Milán por los medios adecuados y gracias a su gran virtud; y lo que había adquirido con mil afanes, mantuvo con poca fatiga. Por otro lado, César Borja, llamado por el vulgo duque Valentino, adquirió el estado gracias a la fortuna de su padre y con ella lo perdió; a pesar de ha-

---

[2] Se refiere a la división en Satrapías hecha por Darío I antes del ataque a Grecia y de su derrota en Maratón en el 490 a. C.

[3] En el original: «per corruzione de' Soldati». *Corruzione,* según Lisio (en su edición de *Il Principe,* Florencia, 1899), tiene aquí significado activo.

ber recurrido por su parte a toda clase de acciones y de haber hecho todo lo que debía hacer un hombre prudente y virtuoso para poner sus raíces en aquellos estados que las armas y la fortuna de otros le habían proporcionado. Porque, tal como dije antes, quien no ha puesto antes los cimientos los podrá poner luego si tiene una gran virtud, aunque sea con molestias para el arquitecto y con peligro para el edificio. Si consideramos las progresivas acciones del duque, veremos cómo éste había puesto sólidos fundamentos a su futuro poder; y no creo superfluo hablar de ello porque yo mismo no sabría dar a un príncipe nuevo mejores preceptos que el ejemplo de sus acciones; y si sus previsiones no le sirvieron de nada, no fue por culpa suya sino por una extraordinaria y extrema malignidad de la fortuna[4].

Se enfrentaba, Alejandro VI, en su deseo de engrandecer al duque, su hijo, con gran número de dificultades presentes y futuras. En primer lugar, no veía la posibilidad de hacerle señor de algún estado que no fuera de la Iglesia; y decidiéndose por uno de la Iglesia sabía que tanto el duque de Milán como los venecianos no se lo iban a consentir, porque Faenza y Rímini estaban desde hacía tiempo bajo la protección de los venecianos[5]. Veía, además, cómo los ejércitos de Italia, y en especial aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer la grandeza del Papa; y no podía fiarse porque todos ellos estaban en manos de los Orsini, los Colonna[6] y sus cómplices. Era, pues, necesario invertir la situación e in-

---

[4] Idealización de la figura de César Borja, que efectivamente ahora le servirá como ejemplo de excelentes medios, pero al que luego tendrá que «reprobar» como hizo la fortuna, por no haber sabido mantenerlos hasta el fin.

[5] Milán temía por los estados de Catalina Sforza Riario, señora de Imola y Forli y por los de Giovanni Sforza, señor de Pesaro. Los venecianos, en general, habían de temer todo cambio a favor del Papa en la Romaña.

[6] Orsini y Colonna, familias principescas romanas en continua rivalidad, que turbaron con sus luchas, durante siglos, la vida de los Estados Pontificios. Ambas dieron a la Iglesia varios pontífices, cardenales y generales de los ejércitos pontificios o de otros estados de la península.

troducir el desorden en sus estados para poderse adueñar, sin riesgos, de parte de ellos[7]. Le fue fácil porque encontró a los venecianos que, movidos por otras razones, estaban interesados en hacer entrar de nuevo en Italia a los franceses; a lo que él no sólo no se opuso, sino que lo hizo aún más fácil con la disolución del anterior matrimonio del rey Luis[8]. Pasó, pues, el rey a Italia con la ayuda de los venecianos y el consentimiento de Alejandro; aún no había llegado a Milán que el Papa ya obtuvo de él tropas para la empresa de Romaña, que le fue así permitida por la reputación del rey. Ganada ya la Romaña y batidos los Colonna y sus partidarios, el duque, queriéndola conservar y continuar avanzando, se enfrentaba a dos obstáculos: uno, sus ejércitos, que no le parecían fieles; otro, la voluntad de Francia: es decir, que las armas de los Orsini, de las que se había valido, le fallaran y le impidieran no sólo ganar más territorio, sino que le arrebataran lo ya ganado, y que incluso el rey no le hiciera algo parecido. Sus dudas sobre la fidelidad de los Orsini se confirmaron cuando, después de la conquista de Faenza, asaltó Bolonia y vio su falta de entusiasmo; y con respecto al rey, comprendió sus intenciones cuando, tomado el ducado de Urbino, asaltó la Toscana y aquel le obligó a desistir de tal empresa[9]. Así fue cómo el duque decidió no depender nunca más de las armas y de la fortuna de los otros. Y como primera provisión debilitó los partidos de los Orsini y de los Colonna en Roma; a todos los partidarios que tenían entre la nobleza se los ganó haciéndoles nobles suyos y ofreciéndoles grandes estipendios, y honrándoles, en fin, según su cualidad con cargos

---

[7] Alejandro VI necesitaba una ocasión que desequilibrara por completo la relación de fuerzas existente en la península. Fue ésta la intervención francesa de 1499 favorecida por los venecianos. Volvemos al capítulo VI, con «Era, dunque necessario»...; la problemática de la ocasión, aprovechada o no según se tenga o no «virtù».

[8] Nota 24, cap. III.

[9] Conseguida Urbino, quien acosó la Toscana fue Vitellozzo Vitelli, que si bien obraba de acuerdo con el Valentino, formalmente era independiente. Francia siempre defendió de los posible ataques del Borja a sus aliados florentinos.

militares o de gobierno, de manera que en pocos meses el afecto que tenían a sus partidos se extinguió y todos se pusieron de su parte. Luego, esperó la ocasión de destruir a los cabecillas del bando de los Orsini, habiendo ya dispersado a los de los Colonna; se le presentó una buena ocasión y él la aprovechó mejor cuando los Orsini, tarde ya, dándose cuenta de que la grandeza del duque y de la Iglesia representaban su ruina, celebraron una dieta en la Magione, en territorio de Perusa; de ahí nacieron la rebelión de Urbino, los tumultos de la Romaña y una infinidad de peligros para el duque que los superó todos con la ayuda de los franceses. Y, recobrado el prestigio, no fiándose ni de Francia ni de otras fuerzas ajenas para no tener que ponerlas a prueba, recurrió al engaño. Y supo disimular tan bien sus intenciones, que los mismos Orsini se reconciliaron con él por medio del señor Paulo, con el que el duque, queriendo ganar su confianza, desplegó toda clase de gentilezas dándole dinero, vestidos y caballos; hasta tal punto, que su ingenuidad les hizo caer en Sinigalia en manos del duque. Exterminados, pues, estos cabecillas y convertidos sus partidarios en amigos suyos, el duque había puesto unos cimientos bastante buenos a su poder al tener toda la Romaña con el ducado de Urbino y pareciéndole, sobre todo, haberse ganado la adhesión de la Romaña y de todos aquellos pueblos que empezaban ahora a gustar su bienestar[10].

Y como esta parte es digna de noticia y de ser imitada por otros, no quiero olvidarla. Tan pronto como tuvo el duque la Romaña, y encontrándola gobernada por señores impotentes que en lugar de gobernar a sus súbditos más bien les habían expoliado y dado motivos de desunión que de unión (hasta el punto que aquella provincia estaba llena de latrocinios, peleas y toda clase de insolencias), juzgó necesario darle un buen gobierno si quería pacificarla y reducirla a la obediencia del brazo regio. Por eso puso al frente de la Romaña a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, al que dio plena y absoluta potestad. Éste, en poco

[10] Maquiavelo habla muy a menudo de la importancia del favor popular. Ver *Príncipe,* XI y XIX, *Discursos,* I, 16.

tiempo unió y pacificó la provincia con grandísima reputación. Pero más tarde juzgó el duque que ya no era necesaria tan rigurosa autoridad porque podía resultar odiosa, y estableció un tribunal civil en el centro de la provincia, con un presidente excelentísimo en el que cada ciudadano tenía su propio abogado. Y como sabía que el rigor anterior le había generado un cierto odio, para apaciguar los ánimos de aquellas gentes y ganárselas del todo, quiso demostrar que si se había llevado a cabo alguna crueldad, no había nacido de él sino de la acerba naturaleza del ministro. Y aprovechando la ocasión, lo hizo sacar una mañana a la plaza de Cesena, con el cuerpo partido en dos, y un trozo de madera y un cuchillo ensangrentados al lado. La ferocidad del espectáculo hizo que aquellos pueblos quedaran a la vez satisfechos y estupefactos[11].

Pero volvamos a nuestro punto de partida. Digo que al duque, viéndose bastante poderoso y seguro en parte frente a los peligros presentes (al haberse armado a su manera y al haber destruido en buena parte aquellas armas, que por, su proximidad le podían perjudicar), le quedaba tan sólo si quería continuar su política expansiva, guardarse del rey de Francia; porque sabía que el rey, que, aunque tarde se había por fin percatado de su error[12], no se lo iba a permitir. Y por esto empezó a buscar nuevas alianzas y a mantener una actitud vacilante respecto a Francia, al descender los franceses hacia el reino de Nápoles para enfrentarse a los españoles que asediaban Gaeta[13]. Su intención era aliarse a éstos, y lo habría conseguido si Alejandro hubiera vivido.

Estas fueron sus acciones de gobierno en cuanto a las cosas presentes. Pero en cuanto a las futuras, debía temer, en

---

[11] Sobre la crueldad sabiamente administrada hablará Maquiavelo en el capítulo XVII.

[12] El «error» consistía en haber hecho «grande» a la Iglesia ver capítulo III.

[13] Después de la derrota francesa en Cerignola (abril 1503), Alejandro VI decidió aliarse con los españoles, que asediaban Gaeta, proyectando una expedición conjunta contra la Toscana y el Milanesado. Su muerte (18 de agosto) hizo naufragar tal proyecto.

primer lugar, que un nuevo sucesor en el papado le fuera hostil e intentara arrebatarle lo que Alejandro le había dado. De ello procuró protegerse de cuatro maneras: primero, exterminando las familias de aquellos señores a los que había expoliado para evitar al nuevo Papa posibilidad alguna de restitución; segundo, ganarse a todos los nobles de Roma, como se ha dicho, para poder así dominar al Papa; tercero, controlar al máximo el Colegio Cardenalicio; cuarto, adquirir suficientes poderes antes de la muerte del Papa para resistir por sí solo un primer ataque. De estas cuatro cosas, a la muerte de Alejandro había conseguido tres; la cuarta estaba a punto de conseguirla; porque de los señores expoliados mató a cuantos pudo atrapar, y poquísimos se salvaron; se había ganado a los nobles romanos y en el Colegio Cardenalicio tenía grandísima influencia; y en lo referente a las nuevas adquisiciones, había proyectado convertirse en señor de la Toscana, poseía ya Perusa y Piombino y había tomado a Pisa bajo su protección. Y si no hubiera habido de tener miedo de Francia (que no tenía porqué tenérselo, al ser ya los franceses desposeídos del Reino de Nápoles por los españoles, de manera que tanto unos como otros tenían necesidad de comprar su amistad) hubiera saltado sobre Pisa. Después de esto, Lucca y Siena cederían rápidamente, en parte por envidia de los florentinos, en parte por miedo; los florentinos no tenían remedio. De haber conseguido todo esto (y lo habría conseguido aquel mismo año en que Alejandro murió) hubiera adquirido tantas fuerzas y tal reputación, que se habría mantenido en el poder por sí mismo y no habría tenido jamás que depender de la fortuna y de las fuerzas de otros sino de su poder y de su virtud.

Pero Alejandro murió cinco años después de que él hubiera empezado a desenvainar la espada. Lo dejó con sólo el estado de Romaña consolidado y con los demás en el aire, entre dos potentísimos ejércitos enemigos y enfermo de muerte. Tenía el duque un carácter tan indómito y tanta virtud y sabía tan bien que a los hombres hay que ganárselos o destruirles, y tan válidos eran los cimientos que en tan poco tiempo se había creado, que si no hubiera tenido

encima aquellos ejércitos o hubiese estado sano, habría superado cualquier dificultad. Y que sus cimientos eran buenos, quedó demostrado: pues la Romaña lo esperó más de un mes; en Roma, aunque medio muerto, estuvo seguro; y, a pesar de que los Baglioni, los Vitelli y los Orsini vinieron a Roma, no encontraron a nadie dispuesto a ir contra él; y si no pudo hacer Papa a quien quiso al menos hubiera podido evitar que lo fuese quien no quería. Si a la muerte de Alejandro él hubiera estado bien, todo le habría resultado fácil. Él mismo me dijo, en los días en que fue elegido Julio II[14] que había pensado en todo lo que podía surgir a la muerte del padre y a todo había hallado remedio, pero que no pensó nunca que a su muerte también él podía estar a punto de morir.

Recogidas, pues, todas las acciones del duque, yo no sabría censurarle; sino que, por el contrario, creo, como ya he dicho, poder proponerlo como modelo a imitar a todos aquellos que por fortuna y con armas ajenas han llegado al poder. Porque él, teniendo tanto ánimo y tan altos propósitos, no podía actuar de otro modo; y tan sólo se opusieron a sus designios la brevedad de la vida de Alejandro y su propia enfermedad. Aquel, pues, que juzgue necesario en su principado nuevo asegurarse contra los enemigos, ganar amigos, vencer o con la fuerza o con el fraude, hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y reverenciar por los soldados, eliminar a quienes pueden o deben ofenderte, innovar con nuevos modos el antiguo orden, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, suprimir la milicia desleal, crear otra nueva, mantener las amistades de reyes y príncipes de manera que tengan que beneficiarte con cortesía o atacar con respeto, no puede encontrar más recientes ejemplos que las acciones de éste. Se le puede reprochar tan sólo la elevación de Julio al pontificado; fue una mala elección, porque como se ha dicho, no pudiendo hacer un Papa a su gusto, podía, en cambio, conseguir que alguien no lo fuera y no debía consentir jamás que llegaran al pa-

---

[14] Maquiavelo estuvo en Roma de octubre a diciembre de 1503 como enviado de Florencia al cónclave.

pado aquellos cardenales a los que él había ofendido o que, una vez elegidos, hubieran de temerle. Porque los hombres hacen daño o por miedo o por odio. Aquellos a los que él había ofendido eran, entre otros, San Pietro ad Vincula, Colonna, San Giorgio, Ascanio[15]; los demás, una vez elegidos Papas, tenían todos que temerle excepto Roano y los españoles: estos por vínculos de parentesco y obligación; aquel por su poder, ya que tenía a su lado el reino de Francia. Por lo tanto, el duque por encima de todo debía conseguir un Papa español, y no siendo esto posible, consentir que lo fuera el cardenal de Rouen y no el de San Pietro ad Vincula. Y quien crea que los nuevos beneficios hacen olvidar a los grandes hombres las viejas ofensas se equivoca. Erró, pues, el duque en esta elección que fue causa de su ruina definitiva[16].

VIII

De his qui per scelera ad principatum pervenere[1]

Pero, como de simple particular se puede llegar aún a príncipe por medio de otros procedimientos no atribuibles del todo a la fortuna o a la virtud, no me parece bien dejarlos en el olvido, aun cuando de uno de ellos se pueda hablar con mayor detenimiento al tratar de las repúblicas.

Estos son: cuando se llega al principado por medios criminales y nefandos, o cuando un ciudadano privado llega a príncipe de su patria con el favor de sus demás conciu-

---

[15] Los cardenales a los que César o su padre habían ofendido eran, siguiendo el orden citado por Maquiavelo, Giuliano della Rovere, Giovanni Colonna, Rafael Riario y Ascanio Sforza. Roana, como ya hemos dicho, era George d'Amboise, arzobispo de Rouen.

[16] No fue, pues, la fortuna la causante de la ruina de César, sino su error político al creer las interesadas promesas del astuto Julio II, el irreconciliable enemigo de Alejandro VI, al que entre otras cosas debía diez años de exilio.

[1] De los que por medio de delitos llegaron al principado.

dadanos. Y hablaremos del primer procedimiento, ilustrándolo con dos ejemplos, uno antiguo, otro moderno, sin entrar en juicios de valor, pues juzgo que, a quien los necesite, le baste con imitarlos.

El siciliano Agatocles, llegó al rey de Siracusa partiendo de una condición no sólo privada sino ínfima y abyecta. Hijo de un alfarero, llevó durante toda su vida una conducta criminal; sin embargo supo acompañar sus maldades con tanta fuerza física y de carácter, que dedicado a la milicia, pasando por todos sus grados, llegó a ser pretor de Siracusa. Cuando ya era pretor, y habiendo deliberado convertirse en príncipe y mantener con violencia y sin obligación alguna hacia los demás aquello que por acuerdo general le había sido concedido, tras ponerse de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que estaba por entonces en Sicilia con sus ejércitos, reunió una mañana al pueblo y al Senado, como si hubiera de tratar cosas pertinentes a la república; y a una señal convenida, hizo que sus soldados asesinaran a todos los senadores y a los más ricos de la ciudad; muertos éstos, ocupó y conservó el principado de la ciudad sin ningún tipo de oposición interna. Y aunque fue derrotado dos veces y al fin incluso asediado por los cartagineses, no sólo supo defender su ciudad, sino que dejando que parte de sus tropas resistieran al asedio, asaltó África con las restantes y en breve espacio de tiempo libró a Siracusa del cerco y puso a los cartagineses en tan comprometida situación que tuvieron necesariamente que pactar con él y contentándose con la posesión de África, dejar a Agatocles la de Sicilia. Quien considere, pues, las acciones y la vida de éste, verá que pocas cosas, o ninguna, son atribuibles a la fortuna; porque como dijimos antes, si llegó al principado no fue gracias a los favores de nadie, sino pasando dificultades y peligros, y si se mantuvo luego en él fue gracias a sus audaces y arriesgadas disposiciones. Pero no se puede llamar virtud, el asesinar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener palabra, ni piedad, ni religión; estos medios harán ganar poder pero no gloria. Porque, si se considera la virtud de Agatocles al arrostrar y vencer los peligros, y su grandeza de ánimo a la hora de soportar y superar las

adversidades, no se ve por qué se le deba juzgar inferior a cualquier otro excelentísimo capitán; pero en cambio su feroz e inhumana crueldad, así como sus innumerables maldades no consienten que sea celebrado entre los hombres más excelentes. No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que él consiguió sin la una ni la otra.

En nuestros días, durante el papado de Alejandro VI, Oliverotto de Fermo, huérfano de padre desde su niñez, fue criado por un tío materno, llamado Giovanni Fogliani, y muy joven aún puesto a combatir bajo la enseña de Paulo Vitelli[2], para que bien formado en disciplina militar pudiera llegar a conseguir un elevado grado en la milicia. Muerto Paulo, militó bajo las órdenes de Vitellozzo, su hermano, y en brevísimo tiempo, por su ingenio, su fuerza física y su valor, se convirtió en el primer hombre de su milicia. Pero pareciéndole cosa servil el estar bajo las órdenes de otros, pensó, con la ayuda de algunos ciudadanos que estimaban más la esclavitud que la libertad de su patria y con el favor vitellesco, ocupar Fermo; así pues, escribió a Giovanni Fogliani diciendo que tras largos años de ausencia deseaba ahora regresar, para verle a él, visitar su ciudad, y en cierta manera reconocer la situación de su patrimonio; y como que hasta entonces todas sus fatigas habían ido encaminadas a adquirir honores, deseaba regresar para que sus conciudadanos pudieran ver que no había perdido el tiempo en vano, con toda la dignidad conveniente y acompañado por cien soldados a caballo, amigos y servidores suyos; y le rogaba se dignara dar las órdenes pertinentes para que los ciudadanos de Fermo le recibieran debidamente; con lo que no sólo se honraría a Oliverotto sino también a él por ser su tío. No faltó pues Giovanni para con su sobrino a ninguno de los deberes de la hospitalidad, y habiéndole hecho recibir honrosamente por los ciudadanos de Fermo, le alojó en su propia casa: allí, pasados unos días, que le sirvieron a Oliverotto para preparar secretamente

---

[2] Paolo Vitelli fue uno de los más famosos «condottieri» de la época. Comandante de las tropas florentinas que acosaron Siena, fue ejecutado por sospechas de traición en octubre de 1499.

todo cuanto necesitaba para su futuro engaño, organizó un banquete solemnísimo al que invitó a Giovanni Fogliani y a todos los ciudadanos importantes de Fermo. Acabadas las viandas y demás entretenimientos usuales en este tipo de banquete, Oliverotto suscitó, a propósito, una discusión sobre ciertos temas graves, hablando de la grandeza del Papa Alejandro y de su hijo César, y de las empresas de ambos. Como a tales razonamientos Giovanni y los otros replicaran, Oliverotto se levantó de repente diciendo que eran aquellas cosas para ser habladas en lugar más secreto, y se retiró a una habitación contigua, seguido por Giovanni y los otros ciudadanos.

Apenas habían tomado asiento, cuando de distintos lugares secretos de la habitación salieron soldados que asesinaron a Giovanni y a todos los demás. Después de este homicidio, Oliverotto montó a caballo, ocupó la ciudad y sitió el palacio del supremo magistrado, de tal manera que el miedo les obligó a obedecerle y a constituir un gobierno del que se erigió en príncipe. Muertos aquellos que, por su descontento, podían dañarle, se afianzó en el poder con nuevas instituciones civiles y militares, de forma que en el curso del año que ostentó el principado, no sólo estuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que consiguió hacerse temer por todos sus vecinos.

Y habría sido inexpugnable, como Agatocles, si no se hubiera dejado engañar por César Borja cuando en Sinigaglia, como antes dijimos, apresó a los Orsini y a Vitelli; y allí, cautivo él también, un año después de cometido el parricidio[3], fue estrangulado junto a Vitellozzo, que había sido su maestro en la virtud y en el crimen.

Alguien podría extrañarse de que Agatocles, y algún otro parecido a él, luego de infinitas traiciones y crueldades, pudiera vivir largo tiempo seguro en su patria, y defenderse de los enemigos exteriores sin que sus ciudadanos hubieran conspirado nunca contra él; mientras muchos otros, mediante la crueldad, no han podido en tiempos de paz

[3] Giovanni Fogliani no era el padre de Oliverotto, pero se había comportado como tal, de ahí que Maquiavelo use la palabra parricidio.

mantener su estado, y no digamos ya en tiempos de guerra. Creo que esto sea debido al mal o buen uso de la crueldad[4]. Bien usadas pueden llamarse aquellas crueldades que (si del mal es lícito hablar bien) se hacen de golpe por la necesidad de afianzarse en el poder, y sobre las que luego no se insiste, sino que por el contrario se convierten, en lo posible, en una gran utilidad para los súbditos[5]. Mal usadas son aquellas que, aun siendo pocas al principio, con el tiempo van aumentando en lugar de disminuir. Los que siguen el primer modo, pueden, con ayuda de Dios y de los hombres, encontrar algún remedio para su estado, como le sucedió a Agatocles; los otros es imposible que se mantengan.

Por eso, no hay que olvidar, que al apoderarse de un estado, el príncipe deberá estudiar muy bien todas aquellas ofensas que considere ineludibles, y actuarlas de golpe, para no tener que renovarlas día a día, y así, no renovándolas, poder tranquilizar a sus nuevos súbditos y ganárselos fácilmente con nuevos favores. Quien proceda de otro modo ya sea por timidez o por estar mal aconsejado, se verá obligado a tener siempre el cuchillo en la mano; jamás podrá apoyarse en sus súbditos, ya que éstos no se fiarán de él dadas las recientes y continuadas injurias. Porque las injurias han de hacerse todas a la vez, para que paladeándolas menos hagan también menos daño, mientras que los favores hay que hacerlos poco a poco, para que puedan saborearse mejor. Y un príncipe sobre todo ha de comportarse con sus súbditos de manera que nada, bueno o malo, le haga cambiar; porque, cuando con los tiempos adversos viene la necesidad, ya no estás en condiciones de hacer el mal, y el bien que haces ya no te aprovecha, porque no será juzgado sincero y nadie te lo agradecerá.

---

[4] Ver capítulo XVII.

[5] El príncipe nuevo debe *siempre* buscar el bien de sus súbditos, o sea una buena organización civil del principado.

IX

De principatu civili[1]

Pero, llegando a la otra posibilidad, es decir, cuando un simple ciudadano no por medio de crímenes u otras intolerables violencias sino con el favor de sus conciudadanos llega a príncipe de su patria (y a este principado se le puede llamar civil; y para llegar a él no se necesita ni mucha virtud ni mucha fortuna, sino más bien una astucia afortunada), digo que se llega a este principado o con el favor del pueblo o con el de los grandes y poderosos. Porque en todas las ciudades existen estos dos tipos de humores[2]; que nacen del hecho de que el pueblo no quiere ser gobernado ni oprimido por los grandes y en cambio los grandes desean dominar y oprimir al pueblo; y de estos dos diversos apetitos nacen en las ciudades uno de estos tres efectos: principado, libertad o anarquía.

El principado es creado o por el pueblo o por los grandes, según que una u otra de estas tres partes encuentre la ocasión. Porque, cuando los grandes ven que es imposible resistir al pueblo, empiezan a acrecentar la reputación de uno de ellos y lo convierten en príncipe para poder así, bajo su sombra, desahogar sus apetitos[3]. El pueblo, a su vez, viendo que no puede resistirse a los grandes, acrecienta la reputación de alguien y lo convierte en príncipe para defenderse con su autoridad. Aquel que llega al principado con la ayuda de los grandes, se mantiene en él con mayor dificultad que el que llega con la ayuda del pueblo; porque se encuentra príncipe entre otros muchos a su alrededor que se creen iguales a él y por eso no les puede ni mandar

[1] Del principado civil.

[2] «umori», tendencias. Es uno de los muchos términos médicos, frecuentes en el lenguaje político de Maquiavelo. Ver, por ejemplo, III o XIII, etc.

[3] Se entiende que se refiere a su apetito de poder y dominio.

ni manejar a su manera. Pero aquél que llega al principado con el favor popular, se encuentra sólo en él, y tiene a su alrededor a muy pocos o ninguno que no estén dispuestos a obedecer. Además, no se puede honestamente y sin ofender a otros, satisfacer a los grandes, pero sí se puede satisfacer al pueblo: porque el del pueblo es en fin más honesto que el de los grandes, ya que éstos quieren oprimir y aquél no ser oprimido. Además, no hay que olvidar que con un pueblo enemigo, un príncipe jamás estará seguro, porque son multitud; de los grandes sí puede estarlo, pues son pocos. Lo peor que un príncipe puede esperar del pueblo enemigo es que éste le abandone, pero si los enemigos son los grandes no sólo ha de temer que lo abandonen, sino que se revuelvan contra él; porque teniendo éstos más inteligencia y mayor astucia, no pierden el tiempo a la hora de salvarse y procurar conseguir los favores del que esperan sea el vencedor. El príncipe, además, tiene que vivir siempre con el mismo pueblo pero no necesariamente con los mismos nobles, a los que puede, día a día, crear o aniquilar, dar o quitar reputación según guste.

Y para aclarar mejor todo esto, diré que a los grandes hay que dividirles principalmente en dos clases: aquellos que actúan de manera que con su proceder quedan ligados por completo a tu suerte y los que no. A los que se ligan a ti, si no son rapaces, hay que amarles y honrarles; a los otros hay que dividirlos en dos categorías. O hacen eso por pusilanimidad y natural falta de valor, y entonces debes servirte de ellos, especialmente de los más prudentes porque en los momentos de prosperidad te honran y en las adversidades no tienes por qué temerles; o bien no están a tu lado premeditadamente y por ambición, pensando más en ellos que en ti; y de estos el príncipe ha de guardarse, y temerlos como a enemigos declarados, ya que siempre, en los momentos difíciles contribuirán a su ruina.

Debe, por lo tanto, quien llegue a príncipe con el favor del pueblo, mantenérselo amigo, cosa fácil ya que el pueblo sólo pide no ser oprimido. Pero uno que contra la voluntad popular llegue a príncipe con el apoyo de los grandes, deberá, ante todo, intentar ganarse al pueblo, lo que será

fácil si se convierte en su protector. Y puesto que los hombres, cuando reciben el bien de quien esperaban mal, se sienten más obligados a su benefactor, recibirá enseguida del pueblo más afecto que si hubiera llegado al principado con su apoyo. Y el príncipe puede ganarse al pueblo de muchas maneras; pero no hablaremos ahora de ellas ya que pueden variar según las circunstancias, y no es fácil dar una regla general. Concluiré tan sólo diciendo que a un príncipe le conviene contar con la amistad de su pueblo, de lo contrario no tendrá remedio alguno en la adversidad[4].

Nabis[5], príncipe de los espartanos, aguantó el asedio de toda Grecia y de un victorioso ejército romano, y contra todos ellos defendió su patria y su estado; y le bastó tan sólo, llegado el peligro, cerciorarse de unos pocos: lo que no le habría bastado de haber tenido el pueblo en contra. Y que nadie contradiga mi opinión con aquel proverbio tan trillado de que «quien edifica sobre el pueblo edifica en el barro», porque eso es verdad cuando quien lo hace es un ciudadano privado que se imagina que el pueblo le librará de la opresión de sus enemigos o de la de sus magistrados (y en este caso podría muy bien equivocarse, como ocurrió en Roma a los Graco y en Florencia a micer Giorgio Scali)[6]; pero si el que se apoya en el pueblo es un príncipe capaz de mandar, valiente, al que no atemorizan las contrariedades, que no olvida estar preparado para todo, y que con su valor y sus medidas mantiene vivo el ánimo de todo su pue-

---

[4] Ver *Príncipe*, XIX: «... e di satisfare al populo e tenerlo contento: perché questa è una delle più importanti materie che abbia uno principe».

[5] Nabis, tirano espartano (205 a 192 a. C.), aguantó los ataques de la Liga Aquea, a la que ayudaban los romanos, pero tuvo al fin que aceptar las condiciones de rendición que le dictó el cónsul Flaminio. Lo que aquí le interesa a Maquiavelo es señalar precisamente que pudo resistir.

[6] Tiberio Sempronio y Cayo Sempronio Gracco, tribunos de la plebe, que promovieron una reforma agraria de la que fueron víctimas al no poder contar, por la debilidad de la plebe, con la ayuda necesaria. Maquiavelo, en *Discorsi*, I, 37, les juzga muy severamente. Giorgio Scali, convertido después del tumulto de los Ciompi (1378) casi en príncipe de la ciudad de Florencia, se ganó con su arrogancia y mal gobierno la animadversión de sus conciudadanos, muriendo asesinado el 17 de enero de 1382. Ver *Istorie fiorentine*, III, 18 a 20, o Guicciardini: *Storie fiorentine*, I.

blo, nunca se encontrará engañado por éste y podrá comprobar que ha puesto sólidos fundamentos a su poder.

Suelen estos principados correr peligro cuando están por pasar del orden civil al absoluto[7]. Porque estos príncipes, o gobiernan directamente o por medio de magistrados; en este último caso su situación es más débil y corren más peligro, porque se encuentran totalmente supeditados a la voluntad de los ciudadanos que han sido elegidos magistrados que, sobre todo en los momentos adversos, les pueden arrebatar con gran facilidad el poder, al enfrentársele abiertamente o al no obedecerle. Y entonces en los momentos de peligro el príncipe ya no llega a tiempo de recuperar el poder absoluto, porque los ciudadanos y súbditos[8] que suelen recibir órdenes de los magistrados difícilmente podrán en tan graves circunstancias obedecer las suyas; con lo que carecerá siempre en los momentos inciertos de gente en quien confiar. Por eso tal príncipe no debe basarse en lo que ve en tiempos de tranquilidad cuando los ciudadanos tienen necesidad del estado, porque entonces todos corren, todos prometen, y todos quieren morir por él cuando la muerte está lejos; pero en los momentos difíciles, cuando el estado tiene necesidad de los ciudadanos, entonces encontrará a muy pocos. Y esta experiencia es tanto más peligrosa por cuanto tan sólo se la puede hacer una vez. Así que un príncipe prudente deberá encontrar un procedimiento por el cual sus ciudadanos, siempre y en toda circunstancia, necesiten de él y del estado; y siempre más le serán fieles.

---

[7] Al pasar de un régimen fundado en el consentimiento de los ciudadanos al principado absoluto.

[8] Súbditos son aquellos sobre los que se extiende la autoridad del príncipe fuera de los límites de la ciudad.

X

Quomodo omnium principatuum vires perpendi debeant[1]

Conviene tener en cuenta, al examinar las cualidades de estos principados, otro problema: es decir, si un príncipe tiene tanto estado[2] que pueda, en caso de necesidad, valerse por sí mismo; o bien si tiene siempre que depender de la ayuda de los demás. Y para aclarar mejor esto digo que creo que pueden valerse por sí mismos los que, o por abundancia de hombres o de dinero, pueden poner en pie de guerra un ejército adecuado a las circunstancias, y enfrentarse en abierta batalla con cualquiera que les ataque; y que, al contrario, creo que necesitan siempre la ayuda de los demás los que no pueden afrontar al enemigo en campo abierto y se ven obligados a refugiarse dentro de las murallas para defenderlas. Del primer caso ya hemos hablado y más adelante añadiremos lo que sea necesario[3]. En cuanto al segundo caso poco podemos decir; tan sólo aconsejar a los príncipes que fortifiquen y defiendan bien la propia ciudad y no se preocupen del resto del territorio. Y quien haya fortificado bien su ciudad y en las relaciones con sus súbditos se haya comportado tal como se ha dicho más arriba[4] y como se dirá más adelante[5] será siempre atacado con gran temor y precaución; porque los hombres son siempre enemigos de las empresas en las que ven dificultades y no puede verse facilidad alguna en atacar a uno que tenga su ciudad bien defendida y no sea odiado por el pueblo.

Las ciudades de Alemania son muy libres, tienen poco territorio bajo su jurisdicción y obedecen al emperador

---

[1] De qué manera han de medirse las fuerzas de todos los principados.

[2] Estado, significa aquí, como también en algunos párrafos de los capítulos III, XII, XX y XXIV, poder, situación.

[3] Ver capítulo VI y capítulos XII y XIII.

[4] Capítulos VII y IX.

[5] Capítulos XV y XX del *Príncipe* y también *Discursos* II, 24, y III, 27.

cuando quieren; y no temen ni a éste ni a ningún otro señor que tengan cerca: porque están fortificadas de tal manera que todos piensan que su asedio ha de ser largo y difícil. Porque todas tienen fosos y murallas apropiadas; tienen artillería suficiente; en los almacenes públicos hay siempre comida, bebida y combustible para un año entero; y además de todo esto, para poder mantener alimentada a la plebe sin pérdida para el erario público, tienen siempre en la ciudad con qué darles trabajo durante un año en aquellos oficios que son el nervio y la vida de aquella ciudad y con el ejercicio de los cuales esta plebe se nutre. Además, los ejercicios militares gozan en estas ciudades de gran reputación y a este propósito tienen muchas disposiciones que los regulan y mantienen.

Un príncipe, pues, que tenga una ciudad fuerte y no se haga odiar, no podrá ser atacado; y si a pesar de todo alguien lo intentara, tendría que levantar el cerco avergonzado, que las cosas del mundo cambian tanto que es casi imposible que uno pueda pasar con sus ejércitos todo un año, ocioso, en un asedio. Y a quien replicare: si el pueblo tiene sus propiedades fuera y las ve arder, no tendrá paciencia y el largo asedio y sus propios intereses[6] le harán olvidar al príncipe; respondo que un príncipe potente y animoso superará siempre todas esas dificultades; ya sea dando a sus súbditos la esperanza de que el mal no ha de durar, o bien atemorizándoles con la crueldad del enemigo, o protegiéndose con destreza de aquellos que le parezcan demasiado atrevidos. Además, el enemigo lógicamente incendiará y devastará el país en cuanto llegue, al principio de su ataque, cuando los ánimos de los hombres están aún inflamados y dispuestos a la defensa; precisamente por eso no tiene el príncipe por qué temer, porque después de algunos días, cuando los ánimos se han enfriado, el mal está ya hecho, se han aceptado las consecuencias y ya no hay remedio: y es entonces cuando más se unen los súbditos a su príncipe, pareciéndole que tiene éste que estarles más obligado al haberles sido incendiadas sus casas y arruinadas sus

---

[6] En el original, «la carità propia».

posesiones precisamente por defenderle a él. Que la naturaleza de los hombres es tal que igual se sienten obligados por los beneficios que hacen como por los que reciben. Por lo que, si se considera bien todo, no le será difícil a un príncipe prudente mantener firme, tanto al principio como al final, el ánimo de sus ciudadanos durante el asedio, siempre que no les falte con qué vivir y defenderse.

XI

De principatibus ecclesiasticis[1]

Ahora sólo nos resta hablar de los principados eclesiásticos[2]: ahí las dificultades se presentan todas antes de poseerlos; porque se adquieren o por virtud o por fortuna y se conservan sin la una ni la otra; ya que se apoyan en las seculares[3] leyes de la religión, tan poderosas y de tal cualidad, que mantienen a sus príncipes en el poder sea cual sea su manera de proceder y de vivir. Estos príncipes son los únicos que tienen estados y no los defienden, súbditos y no los gobiernan; los estados, aunque indefensos, no les son arrebatados; y los súbditos, no siendo gobernados, no se preocupan de ello y ni piensan ni pueden sustraerse a su dominio. Sólo, pues, estos principados están seguros y felices. Pero, como están regidos por una razón superior a la que la mente humana no alcanza, dejaré de hablar de ellos; porque, siendo exaltados y mantenidos por Dios, discurrir sobre ellos sería un acto de hombre presuntuoso y temerario[4].

No obstante por si alguien me preguntara por qué la

---

[1] De los principados eclesiásticos.

[2] Maquiavelo trata aquí con especial ironía estos principados «excepcionales»; para una mayor crítica a la Iglesia ver los capítulos I, 27, y II, 2, de los *Discursos*.

[3] No sólo la religión es antigua sino también las leyes que permiten este tipo de principados.

[4] Si en el parecido caso de Moisés (*Príncipe*, VI) no había ironía sino respeto por su humana virtud, aquí la ironía es la nota dominante.

Iglesia, en lo temporal, ha alcanzado tanto poder siendo así que antes de Alejandro[5] los grandes estados italianos, y no sólo esos que se llamaban los grandes, sino cualquier barón o señor por muy pequeño que fuera, la estimaba poco en lo temporal y ahora un rey de Francia tiembla ante esta Iglesia que ha podido echarle a él de Italia y hundir a los venecianos; no me parece superfluo recordar todo esto, al menos en parte, aun cuando sea cosa conocida.

Antes de que Carlos pasara a Italia[6], esta provincia[7] estaba bajo el dominio del Papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos. Estos potentados tenían que procurar fundamentalmente dos cosas: la primera, que ningún extranjero entrara en Italia con sus ejércitos, y la otra, que ninguno de ellos ocupara más territorios aumentando su poder. Los que inspiraban mayor motivo de preocupación eran el Papa y los venecianos. Para mantener a raya a los venecianos era menester la unión de todos los demás, como sucedió en la defensa de Ferrara[8]; y para frenar al Papa se servían de los barones romanos; que, al estar divididos en dos facciones, Orsini y Colonna, daban siempre motivo de escándalo; y estando siempre con las armas en la mano ante los propios ojos del pontífice, mantenían el pontificado débil y sin fuerzas. Y aunque de vez en cuando surgiera un Papa animoso, como Sixto[9], ni su fortuna ni su saber pudieron librarle nunca de tales dificultades. Y el principal motivo de todo eso era la brevedad de sus pontificados; porque en diez años que de media vivía un Papa, a duras penas podía disminuir la potencia de ninguna de las facciones; y si uno, por ejem-

---

[5] Alejandro VI.

[6] «passare» o «passata», son términos, digamos técnicos, usados corrientemente por los historiadores italianos para referirse a la entrada en Italia de reyes o emperadores extranjeros. En este caso hace referencia a la invasión de Carlos VIII de Francia, en 1494.

[7] Confrontar nota *Príncipe*, III.

[8] Se refiere a la liga formada en 1482 por Alfonso de Nápoles, Lorenzo el Magnífico, Ludovico Sforza, duque de Milán, y más tarde Sixto IV, contra los venecianos que habían atacado a Hércules de Este.

[9] Sixto IV Riario, que fue Papa desde 1471 a 1484.

plo, había aniquilado así a los Colonna, aparecía otro, enemigo de los Orsini, que los hacía resurgir, sin tener tiempo en cambio de eliminar a los Orsini.

Esto hacía que los poderes temporales del Papa fueran tan poco estimados en Italia. Surgió luego Alejandro VI[10], que de entre todos los pontífices habidos hasta nuestros días, fue el primero que mostró cómo con el dinero y con la fuerza un Papa puede imponerse, e hizo por medio del duque Valentino, y aprovechando la venida de los franceses, todo cuanto he expuesto más arriba hablando de las acciones del duque. Y aunque su propósito no era engrandecer la Iglesia sino a su hijo el duque, sin embargo lo que hizo revirtió en la grandeza de la Iglesia; la cual, después de su muerte, eliminado el duque, fue la heredera de sus esfuerzos. Siguió después el papa Julio[11]; y encontró una Iglesia grande gracias a la posesión de toda la Romaña y al haber sido aniquilados los barones romanos y anuladas sus facciones por los golpes que les había propinado Alejandro; y encontró además abierto el camino a un método de acumular dinero nunca usado antes de Alejandro[12]. Y todo eso Julio no sólo lo continuó sino que aún fue más allá; y decidió ganarse Bolonia, aniquilar a los venecianos y expulsar a los franceses de Italia; empresas todas de las que salió victorioso y con tanta más gloria para él cuanto que todo lo hizo para aumentar el poder de la Iglesia y no el de un particular[13]. Mantuvo además las facciones de los Orsini y de los Colonna en las mismas condiciones en que las encontró; y aun cuando en ellas hubiera algún cabecilla capaz de provocar algún cambio, dos cosas, sin embargo, las han mantenido tranquilas: la grandeza de la Iglesia que les asusta y el no tener ninguna de las dos facciones carde-

---

[10] A Sixto IV le sucedió Inocencio VIII, y luego Alejandro VI, pero Maquiavelo tiene prisa y muy pragmáticamente no pierde tiempo citando a quien no le sirve como ejemplo.

[11] A Alejandro VI sigue el breve pontificado de Pío III, irrelevante para el caso y luego Julio II della Rovere.

[12] Se refiere a los métodos simoníacos adoptados por Alejandro VI.

[13] Incisiva contraposición entre los intereses del estado (Iglesia, en este caso) y los intereses privados.

nales, ya que son éstos el origen de sus violentos conflictos. Y jamás estarán quietas estas facciones mientras tengan cardenales; ya que éstos alimentan las banderías en Roma y fuera de ella, y los barones se ven forzados a defenderlas; y así de la ambición de los prelados nacen las discordias y tumultos entre los nobles. Su Santidad el papa León[14] ha encontrado, pues, un pontificado poderosísimo; y si sus dos predecesores lo hicieron grande con las armas, se espera que él, con su bondad y todas sus infinitas virtudes lo hará aún mayor y digno de veneración.

XII

Quot sint genera militiae et de mercenariis militibus[1]

Habiendo examinado en todos sus elementos las características de aquellos principados sobre los que al principio me había propuesto hablar, consideradas en cierta medida las causas de su buena o mala situación, y mostrados los métodos con los que muchos han tratado de obtenerlos y conservarlos, me resta ahora hablar en términos generales de los distintos tipos de ataque y defensa que en cada uno de ellos pueden darse. Ya hemos dicho antes que a un príncipe le conviene tener buenos fundamentos; pues de lo contrario se verá sin remedio abocado al desastre, y los principales fundamentos que pueden tener los estados, tanto nuevos como viejos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas armas: y dado que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas[2], y donde hay buenas armas

---

[14] León X (Giovanni de Medici), elegido Papa a principios de 1513, pocos meses antes de la redacción de este tratado. Ceremonioso homenaje de Maquiavelo a quien espera le ayude. No fue nuestro Nicolás el único intelectual que esperó en vano la ayuda del hijo de Lorenzo el Magnífico. Ariosto, por ejemplo; ver *Sátira III*.

[1] De cuántas clases es la milicia y de los soldados mercenarios.

[2] Esta necesaria unidad entre leyes y armas o como en otros lugares dice entre «iustizia e armi» es un concepto fundamental de Maquiavelo. Su más coherente desarrollo en *Arte della guerra*, pero también en *Príncipe*, XXIV y en toda su obra.

las leyes han de ser necesariamente buenas, dejaré a un lado el hablar de las leyes y hablaré de las armas.

Digo, pues, que las armas con las que un príncipe defiende su estado, o son propias o mercenarias, o auxiliares o mixtas. Las mercenarias o auxiliares son inútiles y peligrosas; y si uno tiene su estado fundado sobre las armas mercenarias, jamás estará tranquilo y seguro; porque están desunidas, son ambiciosas, indisciplinadas, desleales, gallardas entre los amigos y entre los enemigos viles; ni temerosas de Dios ni leales con los hombres; y con ellas se retrasa la derrota en la medida en que se difiere el ataque; en la paz te despojan ellas y en la guerra el enemigo. Y todo eso porque no tienen otro interés[3] ni otro motivo que las mantenga en el campo de batalla que una triste soldada, que no basta para que quieran morir por ti. Desean ser tus soldados mientras no declares la guerra, pero en cuanto estalla, no piensan más que en dejarte o huir. Y no debería costarme mucho convenceros de esto, ya que la actual ruina de Italia no tiene otro origen que la confianza dada durante largos años a las armas mercenarias. Las cuales hicieron en el pasado, para algunos, ciertos progresos, y parecían fuertes luchando entre sí, pero en cuanto se presentó el extranjero mostraron lo que en realidad eran; y así pudo Carlos, rey de Francia, conquistar Italia con el yeso[4]. Y tenía razón quien decía que la causa de todo ello eran nuestros pecados[5], sólo que no eran los que él creía, sino

---

[3] Maquiavelo emplea la palabra «amor», que es lo que, a su juicio necesitan las tropas para luchar, es decir, un interés muy grande, una fe ciega en la causa que se está defendiendo. Por eso preconiza el empleo de tropas propias que luchen por algo que realmente les esté «a cuore».

[4] Se refiere a la facilidad con que Carlos VIII ocupó Italia en 1494. Según frase atribuida por Philippe de Commynes: *Mémoires*, VII, 14, a Alejandro VI, «los franceses entraron en Italia con espuelas de madera y con el yeso en la mano de los furrieles para ir señalando los lugares en los que se iban a alojar las tropas».

[5] Alusión a Savonarola, especialmente al sermón del 1 de noviembre de 1494: «le tue sceleratezze... o Italia... la tua empietá... fanno venire queste tribulazioni...».

los que yo he expuesto; y como que eran pecados de príncipes, la pena la han pagado también ellos[6].

Quiero mostrar aún mejor lo funestas que son estas tropas. Los capitanes mercenarios, o son excelentes hombres de armas o no lo son: si lo son, no puedes fiarte de ellos, pues aspirarán siempre a su propia grandeza, o bien oprimiéndote a ti que eres su señor, o bien oprimiendo a otros en contra de tus intenciones; si no lo son y carecen de cualidades, lo natural será que causen tu ruina. Y si se me responde que cualquiera que tenga las armas en la mano, sea o no mercenario, hará lo mismo, replicaré mostrando cómo un príncipe o una república han de utilizar las armas: el príncipe debe ir al frente de sus tropas, haciendo de capitán; la república tiene que mandar a sus ciudadanos: y cuando manda a uno que no resulta valiente, tiene que cambiarlo; y si lo es, frenarlo con leyes, para que no pueda excederse en sus funciones. Y por experiencia vemos cómo príncipes solos y repúblicas armadas obtienen grandes victorias, mientras que las armas mercenarias no traen más que graves daños; y con mayor dificultad cae bajo el dominio de uno de sus ciudadanos una república armada con tropas propias que otra armada con tropas de fuera. Roma y Esparta permanecieron durante muchos siglos armadas y libres. Los suizos están armadísimos y son muy libres. De tropas mercenarias en la antigüedad tenemos ejemplos entre los cartagineses, que estuvieron a punto de ser oprimidos por sus propios soldados mercenarios[7], terminada la primera guerra contra los romanos, a pesar de tener los cartagineses como jefes, o sus propios ciudadanos. Filipo de Macedonia fue nombrado por los tebanos, después de la muerte de Epaminondas, capitán de sus ejércitos; y conse-

---

[6] Continúa el uso de términos «savonarolianos» con distinto sentido. Para los príncipes el castigo, la derrota, es consecuencia de sus pecados; el límite político militar de sus estados. La constante polémica contra los príncipes italianos, presente en todo el opúsculo y en la obra entera de Maquiavelo culminará en el capítulo XXIV del *Príncipe*.

[7] La revuelta de los mercenarios cartagineses duró desde el año 241 al 237 a. C.

guida la victoria, les arrebató la libertad[8]. Los milaneses, muerto el duque Filippo[9], tomaron a sueldo a Francesco Sforza para que luchara contra los venecianos y él, tras vencer a los enemigos en Caravaggio[10], se alió con ellos para oprimir a sus propios señores, los milaneses. Sforza[11], su padre, estando a sueldo de la reina Juana de Nápoles, la dejó de repente desarmada; con lo que ella, para no perder el reino, tuvo que echarse en brazos del rey de Aragón[12]. Y si venecianos y florentinos han acrecentado en el pasado su poderío gracias a las armas mercenarias sin que por ello ninguno de sus capitanes se haya hecho proclamar príncipe, sino que las ha defendido, respondo que los florentinos, en este caso, han sido favorecidos por la suerte; porque de los capitanes valerosos a los que podían temer, algunos no vencieron, otros encontraron oposición y otros en fin orientaron su ambición hacia otras partes. Uno de los que no venció fue Giovanni Aucut[13], cuya lealtad, al no vencer, no se pudo probar pero todos reconocieron que, de haber vencido, los florentinos habrían estado en sus manos. Sforza tuvo siempre en su contra a los partidarios de Braccio, y así se mantuvieron a raya unos a otros. Francesco dirigió su ambición a Lombardía; Braccio contra la Iglesia y el reino de Nápoles[14].

---

[8] Epaminondas murió en el año 362 a. C. Filipo fue nombrado jefe de la liga de Tebas y Tesalia más tarde (355), no teniendo lugar la conquista de Tebas hasta el año 346 a. J. C., con lo que la cronología desmiente la estrecha relación, causa-efecto de la que nos habla aquí Maquiavelo.

[9] Filippo María Visconti.

[10] El 15 de septiembre de 1448. Sobre estos hechos, cfr. Maquiavelo en *Discorsi*, I, 16, 17, 18 y 55.

[11] Muzio Attendolo Sforza. Se alude al paso de éste en 1426 del servicio de Giovanna de Nápoles a Luis III d'Anjou, pretendiente al reino de Nápoles.

[12] Juana tuvo que adoptar como hijo y sucesor a Alfonso de Aragón y Sicilia.

[13] Italianización de John Hawkwood. Participó en las guerras italianas desde 1361 a 1393. Estuvo al servicio de los florentinos desde 1377.

[14] Entre los Sforza, Muzio Attendolo y Francesco y Andrea Braccio de Montone primario y luego Niccolò Piccinino, hubo siempre gran rivalidad de la que los florentinos sacaron buen provecho.

Pero vayamos a lo sucedido hace poco. Los florentinos hicieron capitán de sus tropas a Paulo Vitelli[15], hombre prudentísimo que partiendo de su condición de simple particular había ganado grandísima reputación. Si hubiese tomado Pisa, nadie me negará que los florentinos no habrían tenido más remedio que depender de él; porque, si se ponía al servicio de sus enemigos, estaban perdidos, y si lo mantenían al frente de sus tropas tenían que obedecerle. Y en cuanto a los venecianos, si se considera su manera de proceder, veremos que obraron segura y gloriosamente mientras hicieron la guerra con sus propias armas (que fue antes de que se dedicaran a sus empresas de tierra firme) cuando con sus nobles y el pueblo armado actuaron de manera extraordinariamente sagaz y valerosa; pero cuando empezaron a combatir en tierra, abandonaron su antigua virtud y siguieron las costumbres de las guerras de Italia[16]. Y al principio de su expansión por tierra firme, como que aún no dominaban grandes territorios y gozaban, en cambio, de enorme reputación, no tenían nada que temer de sus capitanes mercenarios; pero cuando extendieron su dominio (que fue bajo el Carmignuola)[17] tuvieron buena prueba de su error; porque habiéndolo visto lleno de valor e ímpetu cuando bajo su guía derrotaron al duque de Milán, dándose luego cuenta de su pérdida de interés por la guerra comprendieron que con él, puesto que no lo quería, no volverían a ganar, y como que para no perder lo ya adquirido tampoco podían licenciarlo, se vieron forzados, para su tranquilidad, a matarlo. Posteriormente tuvieron como capitanes a Bertolommeo de Bergamo, Ruberto de San Severino, al conde de Pitigliano y a otros por el estilo[18] con

---

15 Ver *Príncipe*, VIII.

16 Es decir, recurrieron también a los ejércitos mercenarios.

17 Francesco Bussone, conde Carmagnola; fue primero soldado de los Visconti y luego de los venecianos. En la guerra de la liga de Venecia y Florencia contra Milán, venció a los milaneses en Maclodio (11 octubre de 1427) con lo que los venecianos pudieron hacerse con Bergamo y Brescia. Luego, con su incierta conducta, se hizo sospechoso y los venecianos, acusándole de traición, le hicieron decapitar el 5 de mayo de 1432.

18 Se trata de Bartolomeo Colleoni, derrotado por Sforza en Caravaggio en 1448, Roberto de San Severino, comandante de los venecianos en

los que tenían que temer más por las derrotas que por las victorias; como sucedió en Vailà[19], donde en una jornada perdieron lo que con tanto esfuerzo habían adquirido en ochocientos años. Porque este tipo de tropas generan tan sólo lentas, tardías y débiles conquistas, y repentinas y espectaculares pérdidas. Y ya que con estos ejemplos he llegado a Italia, gobernada durante tantos años por armas mercenarias, quiero hablar de ellas con mayor perspectiva histórica para que, vistos su origen y desarrollo, sea más fácil corregir sus errores.

Tenéis, pues, que saber que tan pronto como en los últimos tiempos el Imperio empezó a ser rechazado en Italia y el Papa acrecentó su prestigio en lo temporal, Italia se dividió en varios estados, ya que muchas de las grandes ciudades tomaron las armas contra sus nobles, que antes, favorecidos por el emperador, las tenía sometidas; y la Iglesia las ayudaba para aumentar así su poder temporal, y en muchas otras, simples ciudadanos accedieron al principado. Así que, habiendo ido a parar casi toda Italia a manos de la Iglesia y de algunas repúblicas, y no estando acostumbrados ni los sacerdotes ni los ciudadanos al uso de las armas, empezaron a asoldar extranjeros. El primero en dar prestigio a este tipo de milicia fue el romañolo Alberigo da Conio[20]. Discípulos suyos fueron, entre otros, Braccio y Sforza, árbitros de Italia en su tiempo. Después vinieron todos los demás que hasta nuestros días han dirigido estos tipos de milicias. Y el resultado de su valerosa actuación ha sido que Italia se ha visto invadida por Carlos, pillada por Luis, forzada por Fernando y cubierta de ignominia por los suizos. La táctica seguida por los mercenarios ha consistido, ante todo, en destruir el prestigio de la infantería[21]

---

las guerras contra Ferrara de 1482, 1484 y de Niccolò Orsini, conde de Pitigliano que llevó a los venecianos a la gran derrota de Vailate de 1509, junto a otro comandante veneciano: Bostolomeo d'Alviano.

[19] Vailate o Agnadello, 14 de mayo de 1509.

[20] Alberigo de Barbiano, conde de Cunio en Romaña, fue efectivamente el primero que introdujo en Italia el sistema de los ejércitos mercenarios.

[21] Para Maquiavelo, siempre, la infantería tiene más importancia que la caballería.

para acrecentar así el suyo. Hicieron esto, porque no teniendo estado propio donde reclutar soldados y viviendo de las armas, poca infantería no les daba bastante lustre y mucha costaba demasiado de mantener; así que se limitaron a la caballería, que con un número soportable, les daba menos gasto y más honor. Las cosas habían llegado a tal extremo que en un ejército de veinte mil soldados apenas se contaban dos mil infantes. Además de todo esto, se las habían ingeniado para evitar, tanto a sí mismos como a sus soldados, cualquier motivo de fatiga o temor, no matándose en combate y haciendo tan sólo prisioneros a los que liberaban sin rescate. De noche no atacaban las ciudades ni los de las ciudades atacaban los campamentos; no construían alrededor de los campamentos ni empalizadas ni fosos; no luchaban en invierno. Y todo esto estaba permitido en sus ordenanzas militares e inventado por ellos, como hemos dicho, para ahorrarse fatiga y peligros; y tanto han hecho, que han llevado a Italia a la esclavitud y al oprobio.

XIII

De militibus auxiliariis, mixtis et propriis[1]

Las tropas auxiliares, que son otro tipo de armas inútiles, son aquéllas de que puedes disponer cuando llamas a un poderoso para que con sus ejércitos te ayude y defienda; como hizo, hace poco, el papa Julio, que habiendo visto en la empresa de Ferrara[2] la triste actuación de sus tropas mercenarias, recurrió a las auxiliares y llegó a un acuerdo con Fernando, rey de España, para que con sus gentes y ejércitos le ayudara. Estas armas pueden ser útiles y buenas en sí mismas, pero para quien las llama son casi

---

[1] De los soldados auxiliares, mixtos y propios.

[2] Se alude al ataque, fundado en muy débiles pretextos, de Julio II contra Alfonso de Este. Fracasado el intento de conquistar Ferrara, y perdida también Bolonia, Julio II recurrió a la Liga Santa.

siempre perjudiciales; porque, si pierden, quedas deshecho, y si ganas te conviertes en su prisionero. Y aun cuando las antiguas historias estén llenas de tales ejemplos, no quiero sin embargo alejarme de este reciente ejemplo del papa Julio II; cuya decisión no pudo ser menos meditada: ponerse en manos de un extranjero tan sólo por obtener Ferrara. Pero su suerte hizo que surgiera un tercer elemento que evitó que recogiera el fruto de su mala elección; ya que, habiendo sido derrotados sus soldados auxiliares en Rávena, aparecieron los suizos, que hicieron huir a los vencedores en contra de toda opinión, tanto suya como de los demás, no quedando así prisionero de los enemigos, que habían huido, ni de sus auxiliares, puesto que había vencido con otras armas que no eran las de éstos. Los florentinos, encontrándose completamente desarmados, llevaron diez mil franceses a Pisa para expugnarla; y con esta decisión corrieron más peligro que en ningún otro momento de su difícil historia. El emperador de Constantinopla[3] para enfrentarse a sus vecinos, hizo entrar en Grecia a diez mil turcos; que, terminada la guerra, no quisieron salir, lo que fue el principio de la esclavitud de Grecia bajo los infieles.

Aquel, pues, que quiera no poder vencer[4] que se valga de tales armas; ya que son mucho más peligrosas que las mercenarias. Porque con éstas la derrota está asegurada de antemano: ya que están muy unidos y únicamente supeditados a la obediencia de otros; mientras que las mercenarias, aun cuando hayan vencido, necesitan para dañarte más tiempo y ocasión más propicia, pues no forman un cuerpo único y han sido en cambio reclutadas y pagadas por ti; en estas tropas un tercero al que tú confíes el mando no puede alcanzar fácilmente la autoridad suficiente para perju-

[3] Juan Cantacuzeno, en la guerra civil entre sus partidarios y los de Paleólogo (1341-1347) recibió ayuda del emir turco de Jonia, Amis, y a la muerte de éste del emir de Bitinia, Orcan. Terminada la guerra con la abdicación de Juan Cantacuzeno, los turcos se negaron a salir del país.

[4] Sarcástica y dura expresión contra los que hacen la «mala elección» de armas auxiliares.

dicarte. En suma, en las mercenarias es más peligrosa la desidia, en las auxiliares la virtud[5].

Por eso, los príncipes prudentes han rehuido siempre ese tipo de tropas, y se han valido de las propias, prefiriendo perder con las suyas que vencer con las de otros, juzgando que no es verdadera victoria la que se obtiene con armas ajenas. No dudaré jamás en alegar el ejemplo de César Borja y de sus acciones. Este duque entró en la Romaña al mando de tropas auxiliares, totalmente francesas y con ellas tomó Imola y Forli; pero no pareciéndole luego tales armas seguras, recurrió a las mercenarias, considerándolas menos peligrosas; y asoldó a los Orsini y Vitelli; y habiéndolas encontrado después, en la práctica, variables, desleales y peligrosas, las suprimió y se decidió por las propias. Y puede verse fácilmente la diferencia existente entre tales tropas si se considera la muy distinta reputación obtenida por el duque cuando tenía tan sólo a los franceses, cuando tenía a los Orsini y Vitelli, y cuando se quedó con sus soldados sostenido únicamente por sus propias fuerzas; porque, si bien su reputación iba en aumento, nunca se le estimó tanto como cuando se vio claramente que él era dueño absoluto de sus tropas.

No era mi intención apartarme de los ejemplos italianos, sobre todo recientes, pero tampoco quiero olvidar a Hierón de Siracusa, siendo uno de los que antes he citado[6]. Este, nombrado, como ya dije, por los siracusanos jefe de los ejércitos, vio enseguida que la milicia mercenaria no era útil, ya que sus jefes estaban hechos de la misma pasta que los nuestros; y sabiendo que no podía ni conservarlos ni licenciarlos, optó por hacerles descuartizar a todos y a partir de entonces hizo la guerra con sus propias armas y no con las de otros. Quiero también traer a la memoria una figura

---

[5] Es evidente que militarmente son superiores las tropas auxiliares y por esto más peligrosas dado el riesgo político que puede acarrear su victoria, al verse el príncipe en manos de un ejército mandado por otro. En *Discorsi*, II, 20, habla de nuevo de la cuestión, dando por sentado que a un caudillo ambicioso la petición de colaboración por parte de otros, le facilita la conquista de lo que es llamado a defender.

[6] Al final del capítulo VI.

del Viejo Testamento que viene muy a propósito. Habiéndose ofrecido David a Saúl para ir a combatir contra Goliat, guerrero filisteo, Saúl, para darle ánimo, le armó con sus propias armas, que, David, una vez vestidas, rechazó diciendo que con ellas no se podía valer bien por sí mismo y que quería enfrentarse al enemigo con su propia honda y su propio cuchillo[7].

En fin, las armas ajenas, o te vienen grandes, o te pesan o te oprimen. Carlos VII[8], padre del rey Luis XI, habiendo con su fortuna y virtud librado a Francia de los ingleses, se dio cuenta de esta necesidad de armarse con tropas propias, y estableció en su reino la ordenanza de la caballería y de la infantería. Luego, el rey Luis, su hijo, abolió la de la infantería y empezó a asoldar suizos; error que, seguido por sus sucesores, ha sido como puede verse ahora[9] en efecto la causa de los peligros que corre aquel reino. Porque, habiendo dado prestigio a los suizos ha humillado a todo su ejército; porque ha disuelto la infantería y ha supeditado su caballería a los ejércitos ajenos; porque acostumbrados a luchar junto a los suizos, se creen ahora incapaces de vencer sin ellos; de ahí que los franceses, contra los suizos no se baten, y sin suizos contra otros ni se atrevan a luchar. Los ejércitos de Francia han sido, pues, mixtos, en parte mercenarios y en parte propios: armas éstas, en conjunto, mucho mejores que las simplemente auxiliares o las

---

[7] El episodio sin referencia al cuchillo está citado en Samuel, I, 17. Parece un poco curiosa esta cita bíblica con toda su alegoría, pero David, para los florentinos era un símbolo, piénsese en las representaciones escultóricas de Donatello, Verrochio y Miguel Ángel, cuyo David fue colocado a principios de 1504 delante del Palacio de la Signoria.

[8] Carlos VII, el rey francés al que se debe el fin de la guerra de los Cien Años, organizó la infantería en 1448. Los ejércitos mercenarios empleados por los sucesivos reyes franceses, nos parecen a muchos historiadores tan descabellados como a nuestro secretario. Según ellos (Chabod, *De Capraris*) eran una garantía de seguridad para el rey que estaba creando una monarquía independiente, alejada de las insidias de los grandes señores feudales.

[9] Derrota francesa en Novara, 6 de junio de 1513. Esta cita es la más cercana a la fecha de redacción del *Príncipe*. Ver Chabod, *Scritti su Machiavelli*, pág. 159.

simplemente mercenarias y muy inferiores a las propias. Y baste el ejemplo mencionado; porque el reino de Francia sería invencible si hubiera mejorado o al menos mantenido la organización de Carlos. Pero la poca prudencia de los hombres ve tan sólo la bondad inicial de las cosas sin darse cuenta del veneno que esconden: como ya dije más arriba refiriéndome a las fiebres héticas[10].

Por consiguiente, aquél que en un principado no reconoce los males cuando nacen, no es verdaderamente prudente; y esta facultad es dada a muy pocos. Y si se considera el origen de la ruina del imperio romano, se verá que se produjo tan pronto como se empezó a tomar a sueldo a los godos[11] porque desde aquel momento comenzaron a debilitarse las fuerzas del imperio romano, y toda la virtud que se le restaba a éste, pasaba a los otros.

Concluyo, pues, que sin tener ejércitos propios ningún principado está seguro; más aún, está a merced de la fortuna, al no tener virtud que con fe lo defienda en las adversidades. Y fue siempre opinión y sentencia de los sabios «quod nihil sit tam infirmum aut instabile quam fama potentiae non sua vi mixa»[12]. Y los ejércitos propios son aquéllos que están compuestos o por súbditos o por ciudadanos o por siervos tuyos: los demás, son mercenarios o auxiliares. Y el modo de organizar un ejército propio será fácil de encontrar si se estudian las ordenanzas militares de los cuatro que antes mencioné, y se verá cómo Filipo, padre de Alejandro Magno, y cómo muchas repúblicas y muchos príncipes se armaron y organizaron: y a tales ordenanzas por entero me remito.

---

[10] Recuerdo a la comparación hecha en el capítulo III.

[11] Los primeros contingentes de Godos fueron asoldados por el emperador Valente en el año 376 d. C. A los que han acusado a Maquiavelo de «naturalista» por esta simplificación de la decadencia del Imperio, se les recuerda la riqueza de motivos de los 18 primeros capítulos de los *Discorsi*.

[12] Cita de memoria la frase de Tácito en *Anales*, XIII, 19, «nihil rerum mortalicim tam instabile ac fluxum est quam fama potential non sua vi mixae», no hay nada tan inestable y fluctuante como la aureola de poder que no se basa en la propia fuerza.

XIV

Quod principem deceat circa militiam[1]

Un príncipe, pues, no debe tener otro objetivo, ni otra preocupación, ni considerar cosa alguna como responsabilidad personal, excepto la guerra y su organización y reglamentación, porque éste es un arte que compete exclusivamente a quien manda[2]; y comporta tanta virtud que no sólo mantiene en su lugar a quienes han nacido príncipes, sino que muchas veces eleva a este rango a simples ciudadanos; y al contrario, podemos ver que cuando los príncipes han pensado más en los refinamientos[3] que en las armas, han perdido su estado. Y el primer motivo que te lo hace perder, es el descuidar este arte; y el que te lo hace adquirir es el ser experto en él.

Francesco Sforza, al estar armado, de privado llegó a duque de Milán, y sus herederos, por evitar las molestias de la guerra, de duques pasaron a simples particulares[4]. Porque, entre los otros males que te acarrea, el estar desarmado te hace despreciable: y esta es una de aquellas infamias

---

[1] De lo que le conviene hacer al Príncipe en relación a la milicia.

[2] Maquiavelo no pretende limitar la acción del Príncipe a la guerra (a partir del capítulo XV veremos cómo nos habla de su actuación política), pero sí quiere que quede claro que la guerra es competencia exclusiva y personal del príncipe que no ha de delegar en nadie lo referente a la organización y dirección de sus ejércitos.

[3] Como repite en *Arte della guerra* I y VII, polémicamente contra los hombres del Renacimiento, mejor habrían hecho en imitar las virtudes «fuertes y ásperas», y no las muelles y débiles.

[4] Ludovico el Moro perdió sus estados en 1500. Maximiliano Sforza, puesto al frente del gobierno de Milán por la Liga Santa, se vio despojado de él en 1515, después de la victoria de Francisco I en Marignano. Sobre este pasaje y sobre su utilización para la datación del *Príncipe* por Chabod, *Scritti su Machiavelli*, página 156. Si el término «figliuoli» no se traduce por descendientes (término más genérico) sino por herederos y sucesores, más directo, es evidente que Maquiavelo no hace referencia a Maximiliano, con lo que el año 1515 no afecta para nada al *Príncipe*, redactado en 1513.

de las que el príncipe ha de guardarse, como diremos más adelante[5]; porque entre un hombre armado y uno desarmado no hay proporción alguna, y no es razonable que quien está armado obedezca de buen grado a quien está desarmado, ni que el desarmado se sienta seguro entre servidores armados; ya que, habiendo en uno desdén y en el otro temor, no es posible que juntos actúen bien. Por eso un príncipe que desconozca el arte de la milicia, además de las otras desgracias de las que hemos hablado, jamás podrá ser estimado por sus soldados ni tampoco fiarse de ellos.

Por lo tanto, nunca debe apartar su pensamiento del ejercicio de la guerra: y en época de paz deberá ejercitarse en ello con mayor ahínco que durante la guerra, lo que puede hacer de dos maneras: con la acción y con la mente[6]. En lo que se refiere a la acción, además de tener a sus soldados bien organizados y ejercitados, deberá ir siempre de caza para acostumbrar el cuerpo a las incomodidades; y conocer al mismo tiempo la naturaleza de los distintos lugares y saber dónde se alzan las montañas, cómo se abren los valles, por dónde se extienden las llanuras, estudiando la naturaleza de los ríos y pantanos; y en todo eso ha de poner sumo cuidado. Este conocimiento es útil en dos sentidos: en primer lugar se aprende a conocer el propio país y así se puede atender mejor a su defensa; y además gracias al conocimiento y familiaridad con aquellos lugares podrá con facilidad comprender cualquier otro nuevo territorio que haya de explorar. Porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos y los pantanos que hay, por ejemplo en Toscana, tienen cierta semejanza con los de otras regiones; de manera que del conocimiento del terreno de una provincia, se puede fácilmente llegar al conocimiento de las demás. Y el príncipe que carece de esta habilidad carece de la primera condición necesaria a todo capitán, porque esta habilidad enseña a descubrir al enemigo, encontrar alojamientos

[5] Capítulo XIX del *Príncipe*.

[6] Es evidente, aquí y al final del capítulo, la influencia de la *Ciropedia* de Jenofonte; que alcanza también a *Discorsi,* III, 39 y al *Arte della guerra,* V.

apropiados, guiar a los ejércitos, disponer el orden de batalla y atacar las ciudades con ventaja.

De Filipómenes[7], príncipe de los aqueos, se dice, entre las otras alabanzas que ha merecido de los historiadores, que en tiempos de paz no pensaba en otra cosa que no fuera el arte de la guerra; y cuando paseaba por el campo con sus amigos, a menudo se detenía diciendo: «Si los enemigos estuviesen en aquella colina y nosotros estuviéramos aquí, con nuestro ejército, ¿quién tendría ventaja? ¿Cómo podríamos ir a su encuentro manteniendo el orden?; si quisiéramos retirarnos, ¿qué tendríamos que hacer? Y si fueran ellos los que se retiraran, ¿cómo deberíamos perseguirles?» Y así, mientras paseaban iba planteándoles todos los casos que pueden presentarse a un ejército; escuchaba su opinión y exponía la suya corroborándola con argumentos de tal manera que, debido a estas continuas especulaciones no podía nunca presentársele, estando al mando de sus ejércitos, problema alguno para el cual no tuviera remedio.

En lo que se refiere al ejercicio de la mente, el príncipe debe leer libros de historia y examinar atentamente en ellos las acciones de los hombres más sobresalientes; ver cómo se han comportado en las guerras, estudiando los motivos de sus victorias y de sus derrotas para poder evitar éstas o imitar aquéllas; y sobre todo hacer, como ha hecho en el pasado más de un hombre eminente: tomar como ejemplo a alguien que con anterioridad haya sido alabado y glorificado, procurando seguir de cerca sus gestos y acciones: como se dice de Alejandro Magno, que imitaba a Aquiles; César a Alejandro; Escipión a Ciro. Y quien quiera que lea la vida de Ciro escrita por Jenofonte, reconocerá después en la vida de Escipión hasta qué punto tal imitación le proporcionó gloria y cómo, en la castidad, afabilidad, humanidad y liberalidad Escipión se adecuaba a todo cuanto Jenofonte ha dejado escrito de Ciro.

Así debe proceder todo príncipe sabio, y no estar nunca

---

[7] Filipómenes (253-183 a. C.) fue líder de la liga Aquea. Según Burd Maquiavelo ha tomado su ejemplo de Plutarco y en parte de Polibio; Sasso encuentra curioso que, en cambio, no cite Livio, 35, 28.

ocioso en tiempos de paz; sino que con habilidad irá adquiriendo un capital de experiencia del que valerse en momentos de adversidad para que, cuando cambie la fortuna, ésta lo encuentre preparado a resistir.

XV

De his rebus quibus homines et praesertim principes laudantur aut vituperantur[1]

Nos queda ahora por ver cuáles deben ser el comportamiento y gobierno de un príncipe con súbditos y amigos[2]. Y como sé que muchos han escrito sobre esto, temo, al escribir yo también sobre ello, ser tenido por presuntuoso, máxime al alejarme, hablando de esta materia, de los métodos seguidos por los demás. Pero siendo mi intención escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente buscar la verdadera realidad[3] de las cosas que la simple imaginación de las mismas. Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente[4]; porque hay tanta diferencia de cómo se vive a cómo se debe vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su salvación: porque un hombre

---

[1] De aquellas cosas por las que los hombres y especialmente los príncipes son alabados o vituperados.

[2] Capítulo fundamental para la comprensión del «método» de Maquiavelo. Se ha discutido mucho sobre quiénes pueden ser los autores contra los que el nuestro dirige sus polémicos razonamientos. Evidentemente todos los que él pudo conocer que escribiendo sobre política lo hicieron en el modo criticado, desde Platón a los tratadistas medievales de *regimine principum.*

[3] «verità effettuale» en el original. El pesimismo de Maquiavelo procede más que de una radical desconfianza en el ser humano, de una concreta y directa observación de la frecuente actuación del hombre en la historia. De la comprobación de la verdadera realidad.

[4] Es difícil precisar a quién se refiere, probablemente piensa en Platón, pero lo que sí queda claro es su radical oposición a una larga tradición de pensamiento político teórico de la que quizás se puede exceptuar tan sólo a Marsilio de Padua.

que quiera en todo hacer profesión de bueno fracasará necesariamente entre tantos que no lo son. De donde le es necesario al príncipe que quiera seguir siéndolo aprender a poder no ser bueno y utilizar o no este conocimiento según lo necesite.

Dejando por lo tanto de lado todo lo imaginado acerca de un príncipe y razonando sobre lo que es la realidad, digo que todos los hombres, cuando se habla de ellos —y sobre todo los príncipes por su situación preeminente—, son juzgados por alguna de estas cualidades que les acarrean o censura o alabanza: y así, uno es tenido por liberal, otro por mezquino (usando un término toscano, ya que «avaro», en nuestra lengua es aquel que desea poseer por rapiña, mientras llamamos «mezquino» al que se abstiene en demasía de utilizar lo propio)[5]; uno es considerado generoso, otro rapaz; uno cruel, otro compasivo; uno desleal, otro fiel; uno afeminado y pusilánime, otro feroz y atrevido; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno recto, otro astuto; uno duro, otro flexible; uno ponderado, otro frívolo; uno religioso, otro incrédulo y así sucesivamente. Y yo sé que todos admitirán que sería muy encomiable que en un príncipe se reunieran, de todas las cualidades mencionadas, aquéllas que se consideran como buenas; pero puesto que no se pueden tener todas ni observarlas plenamente, ya que las cosas de este mundo no lo consienten[6], tiene que ser tan prudente que sepa evitar la infamia de aquellos vicios que le arrebatarían el estado y guardarse, si le es posible, de aquéllos que no se lo quiten; pero si no fuera así

---

[5] «misero-avaro» en el original. Como muy bien nota L. Russo, es una «deliziosa osservazione linguistica» de alguien que aunque fundamentalmente preocupado por la verdad política no lo está menos por su arte y por la gloria de su lengua.

[6] La regla moral, primero aceptada, es negada luego fundándose en una situación de hecho. Pero hay que precisar que Maquiavelo no habla de una total maldad humana (las buenas cualidades no se pueden observar *por entero)* ni tampoco hace provenir esta maldad de una inmodificable estructura de la naturaleza humana. Lo que hace que el bien no pueda respetarse siempre, lo que a veces empuja al mal, son las «condizione umane», las condiciones de la historia, las cosas de este mundo.

que incurra en ellos con pocos miramientos. Y aún más, que no se preocupe de caer en la infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado; porque si consideramos todo cuidadosamente, encontraremos algo que parecerá virtud, pero que si lo siguiese sería su ruina y algo que parecerá vicio pero que, siguiéndolo, le proporcionará la seguridad y el bienestar propio.

XVI

De liberalitate et parsimonia[1]

Empezando pues por las primeras cualidades mencionadas, reconozco lo bueno que sería ser considerado liberal[2]: no obstante, la liberalidad usada de modo que todos te tengan por generoso, puede perjudicarte; porque si se practica virtuosamente y como es debido, de manera que no se note, no te evitará el ser tachado de lo contrario. Y además, si se quiere mantener entre los hombres el título de liberal es necesario no olvidar ninguno de los componentes de la magnificencia; de tal manera que siempre un príncipe de tales características consumirá todo su patrimonio en esto, y al fin, si quiere mantener su fama de liberal, se verá obligado a gravar con fuertes impuestos al pueblo y a ser exigente[3] y a hacer todo lo que pueda para conseguir dinero, lo que le acarreará el odio de sus súbditos, la poca estima de todos y al final la pobreza; de manera que con esta liberalidad suya, habiendo ofendido a muchos y premiado a pocos[4] se resentirá al primer inconve-

[1] De la liberalidad y la parsimonia.

[2] Como es obvio, liberal aquí significa: generoso, dadivoso, espléndido.

[3] Para mantener su reputación de «liberal», el príncipe faltará a uno de los preceptos fundamentales del «principado civil», es decir, se granjeará la enemistad del pueblo al exigir los impuestos más allá del límite soportable.

[4] Así el príncipe invierte los términos de la regla fundamental del «principado civil» definida en el capítulo IX, que era la de perjudicar a los grandes (que son pocos) y mantener la fidelidad del pueblo, que son los más.

niente y caerá frente a la primera ocasión de peligro; por lo que sabiendo todo esto y queriéndolo evitar, se gana enseguida fama de mezquino.

Un príncipe, pues, no pudiendo practicar de manera conocida la virtud del liberal, sin salir por ello perjudicado, debe, si es prudente, no preocuparse de ser tachado de mezquino: porque con el tiempo irá siendo tenido cada vez por más liberal al ver sus súbditos que con su parsimonia le bastan sus rentas, puede defenderse de los que le hacen la guerra, y puede llevar a cabo grandes empresas sin gravar al pueblo; de manera que es liberal con todos aquellos a los que no quita nada, que son muchísimos, y mezquino con todos aquellos a los que no da, que son pocos[5]. En nuestros días, sólo vimos hacer grandes cosas a quienes fueron considerados mezquinos y fracasar a los otros. El papa Julio II[6] una vez aprovechada su fama de liberal para obtener el papado, no pensó ya en mantenerla para poder así hacer la guerra; el actual rey de Francia ha hecho tantas guerras sin imponer una sola contribución extraordinaria a sus súbditos gracias a que su gran parsimonia ha sabido compensar los gastos superfluos; el actual rey de España, si hubiera tenido fama de liberal no hubiera emprendido ni superado tantas empresas[7].

Por lo tanto, un príncipe debe preocuparse bien poco de que lo tachen de mezquino mientras no tenga que robar a sus súbditos para defenderse, ni se vea abocado a la pobreza y al desprecio, ni se vea forzado a convertirse en rapaz, porque éste es uno de aquellos vicios que lo hacen reinar.

---

[5] De nuevo la regla fundamental, antagonizar a los menos posibles. Ser considerado espléndido por muchos a los que no perjudicas con impuestos extras y odiado por los pocos que no habrán podido gozar de una corte suntuosa.

[6] Sobre la liberalidad de Julio II al hacer promesas (a César Borja) véase la carta de Maquiavelo desde Roma de 26 de noviembre de 1503 en *Legazioni*, II, págs. 411-412 y cfr. Guicciardini, *Storia d'Italia*, VI, 5.

[7] De la parsimonia del rey de Francia había hablado en carta escrita desde la corte francesa el 27 de agosto de 1500, *Legazioni*, I, pág. 160. En carta a Vettori del 26, agosto de 1513 (la época del *Príncipe)* Fernando el Católico es definido como «taccagno et avaro».

Y si alguien dijera: César con su liberalidad alcanzó el imperio, y muchos otros precisamente por haber sido liberales y considerados como tales, alcanzaron puestos importantísimos, respondo: o bien has alcanzado el poder o estás en vías de alcanzarlo: en el primer caso esta liberalidad es perjudicial; en el segundo, es muy necesario ser tenido por liberal. Y César era uno de los que quería llegar al principado de Roma; pero si una vez alcanzado, hubiera sobrevivido y no hubiera moderado sus gastos, habría destruido aquel imperio. Y si alguien replicase: muchos príncipes tenidos por liberales han hecho grandes cosas con sus ejércitos, le respondo: o el príncipe gasta lo suyo y lo de sus súbditos o lo de otros; en el primer caso debe ser parco; en el segundo no debe olvidar ninguno de los aspectos de la liberalidad. Y el príncipe que va con sus ejércitos que se nutre de botines, de saqueos y rescates, administra lo que es de otros, y le es necesaria esta liberalidad; de lo contrario sus soldados no le seguirían. Y de lo que no es tuyo o de tus súbditos se puede ser mucho más espléndido, como fueron Ciro, César y Alejandro; porque el gastar lo de los demás no te quita reputación, sino que te la aumenta: sólo el gastar lo tuyo te perjudica. Y no hay nada que se consuma tanto a sí mismo como la liberalidad: porque mientras la usas pierdes la facultad de usarla y te conviertes o en pobre y despreciable o para huir de la pobreza, en rapaz y odioso. Y de entre todas las cosas de las que un príncipe debe guardarse está la de ser digno de desprecio y de odio; y la liberalidad te conduce a lo uno y a lo otro. Por lo tanto, es más sabio ganarse el nombre de miserable que genera una infamia sin odio, que por pretender la fama de liberal, verse obligado a incurrir en la de rapaz, que produce infamia con odio[8].

---

[8] Se resume aquí muy eficazmente la «moral» del capítulo: mejor la fama de avaro, que no acarrea odio, que la de liberal que a la larga no puede por menos que acarrearlo.

XVII

De crudelitate et pietate; et an sit melius amari quam timeri, vel e contra[1]

Prosiguiendo con las otras cualidades mencionadas, digo que todo príncipe debe desear ser tenido por compasivo y no por cruel: no obstante, ha de procurar no hacer mal uso de su compasión[2]. César Borja era considerado cruel y sin embargo su crueldad restableció el orden en la Romaña, la unificó y la redujo a la paz y a la lealtad al soberano[3]. Si se estudia bien todo esto, se verá que fue mucho más compasivo que el pueblo florentino, que para evitar ser tachado de cruel, permitió la destrucción de Pistoia[4]. Por lo tanto un príncipe no debe preocuparse de la fama de cruel si con ello mantiene a sus súbditos unidos y leales[5]; porque, con poquísimos castigos ejemplares, será

---

[1] De la crueldad y la compasión; y de si es mejor ser amado que temido, o todo lo contrario.

[2] La contraposición no es entre «crueltà e pietà», crueldad y compasión, sino entre «pietà» y «pietà», es decir, entre compasión bien entendida o mal entendida. Pensemos en la crueldad bien o mal usadas del capítulo VIII.

[3] He aquí una «crueldad», para los que no entienden de política, que se convierte en «pietà» para los que consideran el hecho sin prejuicios morales. Maquiavelo alude con este ejemplo a la obra de destrucción de la fuerza feudal emprendida por César en los pocos años en que fue señor de la Romaña, aprovechada luego muy bien por Julio II, y que en toda la historiografía posterior, incluso la más negativa a la hora de juzgar a los Borja, ha sido considerada como ejemplo de buena administración. Véase, Guicciardini, *Storia d'Italia* VI, y A. Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno.*

[4] Maquiavelo presenta claramente el ejemplo de «crudeltà pietosa», ya delineado en el capítulo VIII al hablar de los actos de crueldad que deben llevarse a cabo de una sola vez para que luego puedan ser utilizados en beneficio del pueblo.

[5] También en *Discorsi,* I, 9: «Colui che è violento per guastare, non quello che è per racconciare, si debbe riprendere». La violencia, puede justificarse tan sólo si contribuye a la creación de la paz y el orden, en beneficio del pueblo, es decir de muchos contra pocos.

más compasivo que aquéllos que, por excesiva clemencia, dejan prosperar los desórdenes de los que resultan asesinatos y rapiñas; porque éstas suelen perjudicar a toda una comunidad, mientras las ejecuciones ordenadas por el príncipe perjudican tan sólo a los menos[6]. Y de entre todos los príncipes es el nuevo al que les es imposible rehuir la fama de cruel, porque el estado nuevo está lleno de peligros. Y Virgilio, en boca de Dido, dice:

Res dura, et regni novitas me talia cogunt
Moliri, et late fines custode tueri[7]

No obstante ha de ser circunspecto en el creer y en el actuar, no temerse a sí mismo y proceder moderadamente con prudencia y medida, para que el exceso de confianza no le haga incauto y la excesiva desconfianza no le vuelva intolerable.

Surge de esto una duda: si es mejor ser amado que temido o viceversa. La respuesta es que convendría ser lo uno y lo otro; pero como es difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de prescindir de una de las dos. Porque de los hombres, en general, se puede decir esto: que son ingratos, volubles, hipócritas, falsos, temerosos del peligro y ávidos de ganancias; y mientras les favoreces, son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, la vida e incluso los hijos —como ya dije antes— mientras no los necesitas; pero, cuando llega el momento, te dan la espalda[8]. Y aquel príncipe que lo ha

---

[6] De nuevo, el concepto de que es más fácil asegurarse de unos pocos, que de muchos. Russo observó que el término «particulare» aquí usado, es la contraposición de universalidad y en lugar de traducir por privado, particular, hay que traducir por «los menos», es decir, el menor, respecto al mayor número.

[7] «La dura necesidad y la novedad del reino me obligan a adoptar tales medidas y a defender con vasta guardia las fronteras». *Eneida,* I, versos 562-563.

[8] Este es uno de los fragmentos más populares del *Príncipe* uno de los raros momentos en los que Maquiavelo, según G. Sasso (en edición del *Príncipe)* razona sobre la maldad humana en términos «bassamente psicologici», ya que es más frecuente el que nuestro autor atribuya esta

fundado todo en promesas, encontrándose falto de otro apoyo, fracasa; porque las amistades que se adquieren con dinero y no con grandeza y nobleza de ánimo, se compran pero no se tienen, y en los momentos de necesidad no puedes contar con ellas. Además, los hombres tienen menos miedo de ofender al que se hace querer, que al que se hace temer; porque el amor está mantenido por un vínculo de obligación, que dada la malicia humana, se rompe por cualquier motivo de utilidad propia; pero el temor se mantiene gracias al miedo al castigo que no nos abandona jamás.

Debe, no obstante, el príncipe hacerse temer de manera que si no se gana el amor, evite el odio; porque puede muy bien ser temido y a la vez odiado; lo que conseguirá siempre que se abstenga de tocar los bienes y las mujeres de sus ciudadanos y de sus súbditos. Y si alguna vez tuviera que proceder contra la familia de alguno de ellos, ha de hacerlo con causa manifiesta y conveniente justificación[9], pero sobre todo, debe respetar la hacienda ajena, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio[10]. Y además nunca faltarán pretextos para arrebatar los bienes ajenos; y quien empieza a vivir de la rapiña, encuentra siempre motivos para apoderarse de lo de los demás; en cambio, los motivos para matar a alguien son más escasos y duran menos.

Pero cuando el príncipe está con sus ejércitos y tiene a sus órdenes a multitud de soldados, entonces es absolutamente necesario que no se preocupe de la fama de cruel; porque sin esta fama no se mantiene nunca un ejército unido ni dispuesto a acción alguna. Entre las admirables em-

---

inclinación humana al mal a la compleja e insidiosa «situación del hombre en la historia» que a su estructura psicológica.

[9] Para no caer en la infamia anteriormente comentada de «contennendo», es decir, para no hacerse odioso.

[10] Otro de los célebres comentarios de Maquiavelo sobre la maldad humana, que ha adquirido casi rango de proverbio. Sasso cita un breve escrito de 1512 en que se repite este mismo criterio: «... gli uomini si dolgono più d'uno podere che sia loro tolto, che d'uno fratello o padre che fussi loso morto, perché la morte si dimentica qualche volta, la roba mai...» (Confrontar también a este propósito el comentario de L. Russo en *Machiavelli*, Universale Laterza, Bari 1966, pág. 26, entre otras.)

presas de Aníbal se enumera ésta: que teniendo un ejército grandísimo, mezcla de diversas razas, llevado a luchar a tierras ajenas, jamás surgió en él disensión alguna, ni entre ellos ni contra el príncipe, tanto en los momentos buenos como en los malos. Lo que no podía provenir de nada más que de su inhumana crueldad; la cual, junto a sus infinitas cualidades, lo hizo siempre, a los ojos de sus soldados, temible y respetado; sin ella, no le hubieran bastado sus otras cualidades para conseguir aquel resultado[11]. Y los escritores, en este tema poco ponderados, por una parte admiran su proeza pero por otra condenan la causa principal de ésta.

Y que sea verdad eso de que sus otras virtudes no le habrían bastado, se puede comprobar con el ejemplo de Escipión, hombre excepcional no sólo en su tiempo sino en todo el que alcanza la memoria, al que se le rebelaron sus ejércitos en España[12]; y la causa no fue otra que su excesiva clemencia, puesto que había concedido a sus soldados más licencia de la que convenía a la disciplina militar. Y todo eso se lo reprochó Fabio Máximo en el Senado, llamándole corruptor de la milicia romana. Y cuando los habitantes de Locres fueron destruidos por un legado suyo, ni les vengó ni corrigió la insolencia del legado, y todo provenía de su carácter blando: de tal manera que, queriendo alguien excusarlo en el senado, dijo que había muchos hombres a los que les era más fácil no errar que corregir los errores[13]; y este carácter, con el tiempo, habría empañado la fama y la gloria de Escipión de haber perseverado en él, ejerciendo el mando; pero viviendo bajo el gobierno del senado, esta cualidad suya, negativa, no sólo quedó oculta sino que le procuró gloria.

[11] Maquiavelo habla también de Aníbal y de su «innumana crudeltà» en los «ghiribizzi» a Soderini, publicados en las *Lettere*; y en los *Discorsi*, II, 21.

[12] Maquiavelo saca seguramente el ejemplo de Livio, 28, 24. El motivo principal de la rebelión, que tuvo lugar en el año 206 a. C. fue la enfermedad de Escipión pero nuestro amigo, como en otros momentos, arregla un poco la historia para que sirva mejor a sus propósitos.

[13] Como en los ejemplos anteriores Maquiavelo hace referencia a Livio, tal como ya notó Burd en su excelente comentario al *Príncipe* y al que ya nos hemos referido en distintas ocasiones.

Concluyo, pues, volviendo a eso de ser temido y amado, que amando los hombres según su voluntad y temiendo según las del príncipe, un príncipe sabio debe apoyarse en lo que es suyo y no en lo que es de otros; debe solamente ingeniárselas, como hemos dicho, para evitar el odio.

XVIII

Quomodo fides a principibus sit servanda [1]

Todos sabemos cuán loable es en un príncipe mantener la palabra dada y vivir con integridad y no con astucia; sin embargo se ve por experiencia en nuestros días cómo aquellos que han tenido muy poco en cuenta la palabra dada y han sabido burlar con astucia el ingenio de los hombres, han hecho grandes cosas superando al final a aquéllos que se han basado en la lealtad [2].

Debéis, pues, saber que hay dos modos de combatir: uno con las leyes; el otro con la fuerza; el primero es propio de los hombres, el segundo de las bestias; pero, puesto que el primero muchas veces no basta, conviene recurrir al segundo. Por lo tanto es necesario que un príncipe sepa actuar según convenga, como bestia y como hombre. Este punto ha sido enseñado, de manera velada, a los príncipes por los antiguos escritores, que nos cuentan cómo Aquiles y otros muchos príncipes antiguos fueron llevados al cen-

---

[1] De cómo los príncipes han de mantener la palabra dada.

[2] Este capítulo del *Príncipe* es, como dice Burd, el que mayor escándalo ha producido, «greater offence»; y según Sasso en sus notas al *Príncipe*, el texto más «tormentato, studiato, vilipeso, maledetto, tra quanti ne annoveri non solo l'intera opera del Machiavelli, ma l'intero pensiero político moderno». Es éste, efectivamente, un capítulo fundamental para entender no sólo la teoría de que de la situación del hombre en el mundo, en la historia, deriva la necesidad del mal, sino también el drama de la conciencia moral de Maquiavelo que, a pesar de saber cuán deseable sería el ejercicio exclusivo del bien, ve cómo el mundo de la política hace tal cosa imposible. Hay amargura y resentimiento en la constatación de que las circunstancias y el control de las mismas imponen al hombre, ineludiblemente, la elección del mal.

tauro Quirón, para que bajo su disciplina les educara. El hecho de tener por preceptor a un ser que es medio bestia y medio hombre, no quiere decir otra cosa que el príncipe necesita saber ser una y otra cosa; y que sin ambas naturalezas no podrá mantener su poder.

Estando pues el príncipe obligado a saber comportarse a veces como una bestia, de entre ellas ha de elegir a la zorra y al león[3]; porque el león no sabe defenderse de las trampas ni la zorra de los lobos. Es pues necesario ser zorra para conocer las trampas y león para atemorizar a los lobos. Los que sólo imitan al león no saben lo que llevan entre manos. Por consiguiente un señor prudente no puede, ni debe, mantener la palabra dada cuando tal cumplimiento se vuelva en contra suya y hayan desaparecido los motivos que le obligaron a darla[4]. Y si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no lo sería, pero como son malos y no mantienen lo que te prometen, tú tampoco tienes por qué mantenérselo a ellos. Además, jamás le han faltado a un príncipe motivos legítimos con los que disimular su inobservancia. Sobre esto se podrían aducir infinidad de ejemplos modernos y mostrar cuántas paces, cuántas promesas se han revelado vanas y sin efecto, por la infidelidad de los príncipes: y el que mejor ha sabido imitar a la zorra ha salido mejor librado. Pero hay que saber disfrazar bien tal naturaleza y ser un gran simulador y disimulador: y los hombres son tan crédulos, y tan sumisos a las necesidades del momento, que el que engaña encontrará siempre quién se deje engañar.

No quiero callar uno de los ejemplos más recientes. Alejandro VI no hizo nunca nada ni pensó nada más que en

---

[3] Esta imagen tiene varios antecedentes cultos: Cicerón, *De officiis*, I, XIII, 41; en el párrafo anterior es evidente el eco ciceroniano de «generazioni» (dos modos de combatir), *De officiis* I, XI, 34; Dante, Infierno XVII, 74-75, e infinidad de populares. Pero la novedad de Maquiavelo radica en el principio que quiere expresar, y en su frecuente actitud de revestir la abstracción intelectual con imágenes sensibles.

[4] Primera formulación, según Sasso, del gran tema de la «relatividad» de la palabra dada, de la reducción «utilitarista» del principio de derecho natural: «pacta sunt servanda».

engañar a los hombres: y siempre encontró con quién poder hacerlo[5]. No hubo jamás hombre alguno que aseverara con mayor eficacia ni que afirmara cosa alguna con más juramentos y que, sin embargo, menos la observara: y a pesar de ello siempre le salieron los engaños según sus deseos[6], porque conocía bien este aspecto del mundo.

Un príncipe no ha de tener necesariamente todas las cualidades citadas, pero es muy necesario que parezca que las tiene. Es más, me atrevería[7] a decir eso: que son perjudiciales si las posees y practicas siempre, y son útiles si tan sólo haces ver que las posees: como parecer compasivo, fiel, humano, íntegro, religioso, y serio; pero estar con el ánimo dispuesto de tal manera que si es necesario no serlo puedas y sepas cambiar a todo lo contrario. Y hay que tener bien en cuenta que el príncipe, y máxime uno nuevo, no puede observar todo lo que hace que los hombres sean tenidos por buenos, ya que a menudo se ve forzado para conservar el estado a obrar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión. Por eso tiene que contar con un ánimo dispuesto a moverse según los vientos de la fortuna y la variación de las circunstancias se lo exijan, y como ya dije antes, no alejarse del bien, si es posible, pero sabiendo entrar en el mal si es necesario.

Debe, por lo tanto, el príncipe tener buen cuidado de que no se le escape jamás de la boca cosa alguna que no esté llena de las citadas cinco cualidades, y debe parecer, al verlo y oírlo, todo compasión, todo lealtad, todo integridad, todo humanidad, todo religión. Y no hay nada que sea más necesario aparentar que se practica, que esta última cualidad. Y los hombres, en general, juzgan más por los

---

[5] En el original «subietto», ocasión, materia, individuo, es decir gente dispuesta a dejarse engañar. La astucia de Alejandro VI había ya alcanzado dimensiones proverbiales entre sus contemporáneos.

[6] En el original «ad votum», según su deseo, sus esperanzas. Frecuentemente usado por Maquiavelo.

[7] El término «ardirò», me atreveré, lo utiliza Maquiavelo para subrayar la gravedad, la excepcional crudeza de lo que va a decir, no la novedad, ya que tales cosas no las dice de ninguna manera por primera vez en este párrafo; las ha dicho ya en otros lugares, incluso en el mismo capítulo.

ojos que por las manos[8]; que a todos es dado ver, pero tocar a pocos. Todos ven lo que pareces pero pocos sienten lo que eres y esos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría que tiene además el poder[9] del estado que les protege; y en las acciones de todos los hombres, especialmente de los príncipes, donde no hay tribunal al que apelar, se atiende al resultado[10]. Procure pues el príncipe ganar y conservar el estado: los medios serán siempre juzgados honorables y alabados por todos; ya que el vulgo se deja cautivar por la apariencia y el éxito[11], y en el mundo no hay más que vulgo; y los pocos no tienen sitio cuando la mayoría tiene donde apoyarse. Cierto príncipe de nuestro tiempo, al que no es oportuno nombrar[12], no predica más que paz y lealtad, cuando de la una y de la otra es acérrimo enemigo; y tanto la una como la otra, de haberlas observado, le habrían arrebatado o la reputación o el estado.

---

[8] En el original: «iudicano più alli occhi che alle mani», juzgan más por lo que se ve (por las apariencias) que por lo que se toca (por la realidad). Confrontar con *Discorsi*, I, 25.

[9] En el texto: «maestà dello stato», el poder, la fuerza, el prestigio, el peso del estado.

[10] Ya en 1512, en los *«Ghiribizzi»* a Soderini, publicados junto a sus *Lettere*, Maquiavelo había escrito: «Donde io vedo... che si habbia nelle cose a giudicare il fine come le son fatte, et non il mezzo come le si fanno». Ver también, *Discorsi*, III, 25. Para Puppo, en sus notas a la ya citada edición del *Príncipe*, este «fine» no indica finalidad a alcanzar, lo que llamamos tantas veces hablando precisamente de Maquiavelo «fin», sino éxito final de una determinada acción, conclusión. Tiene pues un significado técnico que se sustrae a toda valoración de carácter ético o religioso.

[11] En el texto: «lo evento della cosa», el éxito de la acción, como en *Istorie fiorentine*, III, 13, «coloro che vincono, in qualunque maniera vincano, mai non ne riportano vergogna».

[12] Se refiere a Fernando el Católico a propósito del que se puede ver *Príncipe*, Capítulo XXI, y confrontar también la opinión de Guicciardini, *Op. ined.*, VI, 286: «Io credo bene che e' sappi simulare sopra tutti li altri uomini».

XIX

De contemptu et odio fugiendo[1]

Puesto que ya he hablado de las cualidades más importantes de entre todas las mencionadas anteriormente, quiero ahora discurrir brevemente acerca de las demás ateniéndome a este punto de vista genérico: que el príncipe ha de procurar, tal como en parte se ha dicho más arriba, evitar todo aquello que le haga odioso o digno de menosprecio[2]; si así lo hace habrá cumplido con su papel de príncipe, y sus otros defectos no representarán peligro alguno para él. Le hace odioso, sobre todo, como ya he dicho, el ser rapaz y usurpador de los bienes y de las mujeres de sus súbditos: de eso ha de guardarse; que la mayoría de los hombres siempre que no se les quita ni los bienes ni el honor viven contentos, y sólo hay que combatir la ambición de unos pocos, que fácilmente y de distintas maneras puede ser refrenada. Lo hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime, irresoluto: de todo eso ha de guardarse un príncipe como de un escollo e ingeniárselas para que en sus acciones se reconozca[3] grandeza de ánimo, valor, gravedad, fortaleza; y en lo que toca a los asuntos privados de sus súbditos ha de procurar que su sentencia sea irrevocable; manteniendo así su prestigio de manera que nadie piense ni en engañarle ni en confundirle.

El príncipe que da de sí esta imagen adquiere gran re-

---

[1] De qué manera se ha de evitar al ser menospreciado y odiado.

[2] Maquíavelo recuerda un tema ya desarrollado en los capítulos XIV, XVI y sobre todo XVII.

[3] Para Sasso, en contra de otras opiniones, el verbo empleado aquí, «si riconosca», no es nada ambiguo. Parecer «grave, valeroso, etc.» sin serlo podría ser peligroso, porque son virtudes políticas, al igual que, según las circunstancias, puede ser «virtud política» la falta de virtud ética, es decir: la falta de piedad, lealtad o religión; recuérdese, en el capítulo anterior, los ejemplos de Aníbal y Escipión.

putación, y contra alguien que tiene tan buena reputación difícilmente se conjura; difícilmente se ataca a alguien al que se sabe tenido por excelente y reverenciado por los suyos. Porque un príncipe ha de abrigar dos temores: uno interior, de sus súbditos; otro exterior, de los poderosos príncipes extranjeros. De este último temor se defiende con buenos ejércitos y buenos amigos; y siempre que esté bien armado tendrá buenos amigos; y siempre que las cosas de fuera estén tranquilas estarán tranquilas las del interior, a menos que se vean perturbadas por una conjura; y aun cuando los asuntos externos se agitaran, si el príncipe se ha organizado y ha vivido como he dicho[4], si no pierde la cabeza, podrá aguantar cualquier ataque, tal como dije que hizo el espartano Nabis. Y en cuanto a los súbditos, mientras las cosas en el exterior no se muevan, sólo hay que temer que no se conjuren secretamente: de lo que el príncipe puede guardarse muy bien, evitando ser odiado o despreciado y manteniendo al pueblo satisfecho con él; conseguir esto es absolutamente necesario, como expuse anteriormente con gran prolijidad. Y uno de los remedios más potentes que pueda tener un príncipe contra las conjuras es el no ser odiado por la mayoría; porque siempre el que conjura cree satisfacer al pueblo con la muerte del príncipe; pero si cree que por el contrario ha de ofenderlo, no se anima a tomar semejante partido, ya que las dificultades con que han de enfrentarse los conjurados son infinitas. Por experiencia vemos que han sido muchas las conjuras pero pocas han llegado a buen fin; porque el que conjura no puede estar solo, ni puede tampoco buscar otra compañía que la de los que cree descontentos; y tan pronto como a un descontento le descubres tus intenciones le das motivo para contentarse, ya que evidentemente denunciándote puede esperar todo tipo de recompensas: de manera que, viendo la ganancia segura por esta parte, y por la otra incierta y llena de peligros, ha de ser un amigo fuera de lo común o bien un acérrimo y obstinado enemigo del prín-

[4] En el capítulo IX. Para lo que se refiere a las conjuras, cfr. *Discorsi*, III, 6.

cipe para mantenerse fiel a la palabra dada. Para hacerlo más breve, digo que por parte del conjurado no hay sino miedo, recelos, temor al castigo que lo atemoriza; en cambio de la parte del príncipe está la majestad del poder[5], las leyes, el apoyo de los amigos y del estado que lo defienden; de manera que si a todo esto añadimos la benevolencia popular, es imposible que exista nadie tan temerario que conjure. Porque si de ordinario un conjurado ha de temer antes de la ejecución del mal, en este caso (teniendo al pueblo en contra suya) debe continuar temiendo incluso luego de haber llevado a cabo el delito[6], al no poder esperar refugio ni ayuda de nadie.

Sobre esta materia podrían darse infinitos ejemplos, pero me contentaré con citar tan sólo uno que tuvo lugar en época de nuestros padres[7]. Messer Annibale Bentivoglio, príncipe de Bolonia, abuelo del actual messer Annibale, fue asesinado por los Canneschi que se habían conjurado contra él, no dejando otro descendiente que messer Giovanni (entonces un niño en pañales); inmediatamente después de este homicidio, el pueblo se levantó y mató a todos los Canneschi. La causa de esto fue el amor que el pueblo sentía entonces por los Bentivoglio: y era tan grande este amor, que, no quedando en Bolonia nadie de la familia que pudiera, muerto Annibale, gobernar el estado, los boloñeses, conocedores de que en Florencia vivía un descendiente de los Bentivoglio, que se había considerado hasta entonces hijo de un herrero, vinieron por él a Florencia y le dieron el gobierno de la ciudad: que fue gobernada por él hasta que messer Giovanni alcanzó una edad conveniente para gobernar.

Concluyo, pues, diciendo que el príncipe debe tener poco en cuenta las conjuras cuando tenga el favor del pueblo; pero si el pueblo está descontento y le odia debe temer por

---

[5] Ver nota 9, capítulo XVIII.

[6] En el original «eccesso», delito. También en Leopardi tiene este sentido: «Qual fallo mai, qual si nefando eccesso Machiomi anzi il natale» del *Ultimo canto di Saffo*, 37-38.

[7] El acontecimiento que narra Maquiavelo tuvo lugar el 24 de junio de 1445. Con más detalle se refiere también a él en *Istorie fiorentine*, VI, 9.

todo y a todos. Y los estados bien organizados, y los príncipes prudentes han tratado con toda diligencia de no desesperar a los poderosos y de satisfacer y tener contento al pueblo; porque éste es uno de los principales objetivos que pueda tener un príncipe.

Entre los reinos bien organizados y gobernados en nuestros días, se encuentra el de Francia[8]: hay en él infinitas instituciones buenas de las que depende la libertad y seguridad del rey. De ellas, la principal es el parlamento y su autoridad[9]; porque quien estructuró aquel reino, conociendo la ambición de los poderosos y su insolencia, y juzgando que necesitaban un freno que les contuviera y, por otra parte, consciente del odio (basado en el miedo que el pueblo sentía por la nobleza), queriendo asegurarles, no quiso que fuese ésta tarea particular del rey para evitarle los reproches por parte de los grandes señores si favorecía al pueblo o por parte del pueblo si favorecía a los grandes; así que creó un tercer juez, que fuera quien sin responsabilidad para el rey, escarmentara a los grandes y favoreciera a los humildes. No pudo ser esta resolución más acertada ni más prudente, ni pudo garantizar mejor la seguridad del rey y del reino.

De ella se puede extraer, además, otro principio importante: que los príncipes han de hacer que otros apliquen los castigos y reservarse ellos la concesión de gracias y beneficios. De nuevo concluyo que un príncipe ha de estimar a los nobles pero no hacerse odiar por el pueblo[10].

Teniendo en cuenta la vida y muerte de algunos emperadores romanos, a muchos les parecerá quizás que son ejemplos contrarios a esta opinión mía, al encontrar que hubo

---

[8] De la admiración de Maquiavelo por la monarquía francesa, no tanto en cambio por el carácter de los franceses, dan fe los *Discorsi*, I, 16, I, 55, 58, III, 1, el *Ritrato di cose di Francia* e incluso el *Príncipe*, capítulo IV.

[9] El Parlamento, que en su origen no era más que un tribunal, fue transformado en asamblea general del reino por Felipe IV el Hermoso en 1302.

[10] Es evidente la raíz utilitaria de tal concepción. Observaciones parecidas las ha hecho en el capítulo VII a propósito de César Borja y Ramiro de Orco.

quien vivió siempre de forma extraordinariamente ilustre, mostrando gran virtud de ánimo, y, sin embargo, perdió el Imperio o incluso fue asesinado por sus súbditos que habían conjurado contra él. Queriendo, pues, responder a esta objeción, discurriré acerca de las cualidades de algunos emperadores[11] y mostraré las causas de su ruina, que no difieren en nada de las que hasta ahora he aducido; y además pondré de relieve cuanto pueda ser notable para quien lea los hechos de aquellos tiempos[12]. Y quisiera que me bastara tomar como ejemplo a todos aquellos emperadores que se sucedieron desde Marco Aurelio, el filósofo, a Maximino, es decir: Marco Cómodo su hijo, Pertinax, Julián, Severo, Antonino Caracalla su hijo, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino[13]. Hay que tener en cuenta ante todo que mientras que en los demás principados hay que luchar tan sólo contra la ambición de los grandes y la insolencia del pueblo, los emperadores romanos se enfrentaban con una tercera dificultad: la de tener que soportar la crueldad y avidez de los soldados.

Y era eso tan difícil que ocasionó la ruina de muchos, ya que es casi imposible satisfacer a la vez a los soldados y al pueblo, pues el pueblo amaba la paz y por eso amaba a los príncipes moderados, mientras los soldados preferían un príncipe con espíritu militar, que fuese insolente, cruel y rapaz; y querían que ejercitara estas características contra

---

[11] La digresión sobre los emperadores romanos de la edad de los Severos es larga y prolija, pero le sirve a Maquiavelo como variante de su teoría. Burd ha identificado las fuentes de estas páginas en el texto de Herodiano, *Historia del Imperio a partir de Marco* (años 180 a 238 a. C.) traducido al latín por Policiano y publicado en 1493. Es evidente que Maquiavelo conocía al historiador griego del siglo III d. C. ya que explícitamente se refiere a él y a su obra en *Discorsi,* III, 6.

[12] Como más adelante indica el propio Maquiavelo estudia el periodo comprendido entre el año 161 al 238 d. C.

[13] Cómodo reinó del 180 al 192 d. C. Pertinax, del 192 al 193, Juliano el senador aclamado emperador por los pretorianos asesinos de Partinax en el 193, Severo (es decir, Septimio Severo) del 193 al 211, Caracalla del 211 al 217, Macrino (bajo cuyas órdenes fue asesinado Caracalla) del 217 al 218, Heliogábalo (que llegó a emperador a los 14 años) del 218 al 222, Alejandro Severo, del 222 al 235 y finalmente Maximino el Tracio, del año 235 al 238.

el pueblo para poder duplicar su estipendio y desahogar su concupiscencia y crueldad. Lo que hizo que aquellos emperadores que, por sus cualidades naturales o por su inexperiencia política, carecían de suficiente reputación que les permitiera frenar a unos y a otros, acabaran siempre mal. La mayoría, sobre todo aquéllos que accedían al principado como hombres nuevos, una vez conocida la dificultad de dominar tan opuestos humores, preferían satisfacer a los soldados, importándoles muy poco dañar al pueblo. Decisión necesaria, porque, al no poder los príncipes evitar que alguien les odie, han de procurar ante todo no ser odiados por la colectividad; y si no pueden conseguirlo, deben ingeniárselas para evitar el odio del grupo más poderoso. Por eso, aquellos emperadores que por ser nuevos[14] necesitaban favores extraordinarios, se ponían del lado de los soldados más que del pueblo; lo que les era más o menos útil según el emperador supiera mantener su reputación entre ellos. Estas razones que hemos enumerado[15] fueron la causa de que Marco Aurelio, Pertinax y Alejandro Severo, todos ellos de vida modesta, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y benignos, tuvieran, con excepción de Marco, un triste final. Tan sólo Marco Aurelio vivió y murió respetado por todos, ya que había accedido al imperio por derecho hereditario y no tenía nada que agradecer ni a los soldados ni al pueblo; además, al estar adornado de muchas virtudes que lo hacían respetable, mantuvo siempre, mientras vivió, a uno y otro grupo dentro de sus correspondientes límites y no fue nunca ni odiado ni

---

[14] Cuando Maquiavelo usa los términos «uomini nuovi» o «novitá», subraya no tanto el hecho de que antes no hubieran tenido cargos públicos sino su carácter de «principi nuovi». Más adelante, explícitamente, considera «notable para un príncipe nuevo» el ejemplo de Septimio Severo.

[15] Un príncipe ha de buscar el favor de la mayoría, «l'universalità», es decir, favorecer al pueblo y frenar a los nobles. Pero este axioma no vale para el imperio romano en el que se enfrentan dos mayorías, una (la de los soldados), más fuerte que la otra. De ahí que para sobrevivir, un príncipe «civil» haya de convertirse en «militar», continuando, de todas maneras, vivo el criterio de que el príncipe ha de apoyarse en la parte más fuerte de su pueblo para conservar y acrecentar el poder.

menospreciado[16]. En cambio, Pertinax, hecho emperador contra la voluntad de los soldados[17], (que acostumbrados a vivir licenciosamente bajo Cómodo, no pudieron soportar aquel tipo de vida honesta a la que Pertinax quería conducirles), habiéndose granjeado el odio de estos, al que se añadió un sentimiento de menosprecio debido a su avanzada edad, fracasó en los primeros momentos de su administración.

Y aquí se debe señalar que el odio se gana tanto con las buenas como con las malas obras; así que, como ya dije antes, un príncipe que quiera mantener su estado se ve a menudo forzado a no ser bueno; porque, cuando aquella colectividad, ya sean pueblos, soldados o grandes señores —que tú juzgues necesitar para mantenerte— esté corrompida, te conviene seguir su humor para satisfacerla; con lo que entonces las buenas obras son tus enemigas. Pero pasemos a Alejandro, que fue tan bondadoso que entre las muchas alabanzas que mereció, está la de que en los catorce años de gobierno nadie fue ejecutado sin previo juicio; no obstante, tenido por afeminado y por hombre que se dejaba dominar por su madre —lo que le acarreó el desprecio de todos— el ejército conspiró contra él y lo asesinó.

Examinando ahora, por contra, las características de Cómodo, de Severo, Antonino Caracalla y Máximo, veremos que fueron extremadamente crueles y rapaces y que para satisfacer a sus soldados no se abstuvieron de ningún tipo de injuria que pudiera infligirse al pueblo; y todos, excepto Severo, tuvieron un triste fin. Porque en Severo hubo tanta virtud, que conservando la amistad de los soldados, y a pesar de oprimir al pueblo, pudo siempre reinar felizmente; porque sus virtudes le hacían tan admirable a los ojos de sus soldados y del pueblo, que éstos quedaban en

---

[16] Marco Aurelio, hijo adoptivo de Antonino Pío, accedió al trono, «iure hereditario», en el año 161 y reinó hasta el 180 en el que murió, en Vindibona, durante una expedición contra los Marcomanos.

[17] Publio Elvio Pertinax, a pesar de que fue aclamado emperador por los pretorianos el 1.º de enero del año 193, murió asesinado por sus soldados a los que, en contra de lo esperado, no había hecho ninguna concesión especial, el 28 de marzo del mismo año 193.

cierta manera atónitos y estupefactos y aquellos reverentes y satisfechos[18].

Y puesto que las acciones de éste fueron grandes y notables para un príncipe nuevo, quiero mostrar brevemente lo bien que supo usar el carácter de la zorra y el del león; que como he dicho antes son las naturalezas que un príncipe ha de imitar. Conociendo Severo la desidia del emperador Juliano, persuadió a su ejército —del que era capitán en Eslavonia[19]— de la conveniencia de marchar a Roma para vengar la muerte de Pertinax, asesinado por los soldados pretorianos. Y bajo este pretexto, sin mostrar que aspiraba al Imperio, dirigió su ejército contra Roma y llegó a Italia antes de que se tuviera siquiera noticia de su partida. Llegado a Roma, el Senado atemorizado lo eligió emperador y Juliano fue asesinado. Después de este comienzo le quedaban a Severo dos obstáculos si es que pretendía apoderarse de todo el estado: uno en Asia, donde Pescenio Nigro, comandante de los ejércitos asiáticos se había hecho proclamar emperador; el otro en occidente, donde Albino aspiraba también al imperio. Juzgando peligroso enfrentarse a ambos a la vez, decidió atacar a Nigro y engañar a Albino. Al que escribió diciéndole que elegido emperador por el senado, quería compartir con él aquella dignidad; le mandó el título de César y por deliberación del Senado lo asumió como colega: cosas ambas que Albino aceptó como verdaderas. Pero cuando Severo hubo derrotado y muerto a Nigro y, apaciguadas las cosas en oriente, retornó a Roma, se quejó en el Senado de que Albino, poco agradecido por los beneficios que de él había recibido, había tratado de asesi-

---

[18] Septimio Severo recuerda en muchos de sus rasgos a César Borja. Incluso el mismo Maquiavelo usa frases semejantes referidas a ambos; por ejemplo, entre otras: «e fu prima in Italia che si sapessi la sua partita», referido a Septimio y la expresión, usada en una carta de la primera legación al Valentino (1 de junio de 1502): «giunge prima in un luogo, che se ne possa intendere la partita donde si lieva», en *Legaciones,* II, pág. 15.

[19] Stiavonia o Sclavonia, país de los eslavos, es decir la antigua Iliria, bautizada así por sus nuevos pobladores eslovenos, más o menos la actual Eslovenia.

narle por medio de engaños y que en consecuencia no le quedaba más remedio que ir a castigar su ingratitud. Seguidamente fue a su encuentro en Francia y le quitó el estado y la vida.

Quien examine pues detenidamente sus acciones podrá ver en él a un ferocísimo león y a una astutísima zorra; verá que fue temido y reverenciado por todos, y que los ejércitos no le odiaron; y no se maravillará si él, hombre nuevo[20], pudo conservar un imperio tan grande, porque su extraordinaria reputación le defendió en todo momento del posible odio que los pueblos, a causa de sus rapiñas, hubieran podido concebir contra él. Antonino[21], su hijo, fue también hombre de excelentes cualidades, que lo hacían admirable en opinión del pueblo y grato a los soldados; era un perfecto militar, capaz de soportar cualquier fatiga, desdeñoso de todo alimento delicado o de cualquier otra molicie; lo que le hacía muy estimado por sus ejércitos; no obstante, su ferocidad fue tanta y tan inaudita (había dado muerte, luego de infinidad de asesinatos particulares, a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría)[22], que acabó por hacerse odioso a todo el mundo. Y empezó a ser temido incluso por los que tenía alrededor; de manera que fue asesinado por un centurión, en medio de su ejército[23]. Ha de observarse que ese tipo de muertes, llevadas a cabo por la resolución de un ánimo obstinado, no pueden ser evitadas por los príncipes; porque todo aquel que no tema morir, puede asesinarles; aunque el príncipe no ha de temerlas mucho, pues son más bien raras. Debe preocuparse tan sólo de no ofender gravemente a ninguna de las personas que están a su servicio o que tiene a su alrededor al servicio del principado: como hizo Antonino, que había asesi-

---

20 Equivale a «principe nuovo».

21 Antonino Caracalla (211-217) cuya compleja acción de gobierno queda aquí muy esquematizada.

22 Ver para más detalles *Herodiano, op. cit.* III, 50, y IV, 16.

23 Antonino Caracalla fue asesinado en Carre, Siria, en el año 217, por el centurión Julio Marcial, instigado a su vez por el prefecto de Mesopotamia, Opimio Macrino, que temía que el emperador quisiera asesinarle acusándole de conspirar contra él. *Discursos,* III, 6, 84-86.

nado sin razón aparente a un hermano de aquel centurión y a él mismo le amenazaba continuamente; y no solamente eso, lo tenía en su guardia personal, determinación temeraria que podía costarle, como en efecto le costó, muy cara.

Pero pasemos a Cómodo[24], para quien era enormemente fácil conservar el imperio al tenerlo «iure hereditario»[25] por ser hijo de Marco y sólo le hubiera bastado seguir las huellas de su padre para tener satisfechos a los soldados y a los pueblos. Pero, de ánimo cruel y bestial, para poder ejercer su rapacidad en contra del pueblo, se dedicó a ganarse con favores a los ejércitos haciéndoles licenciosos; por otra parte, despreocupándose de su propia dignidad, bajando a menudo, en los teatros, a luchar con los gladiadores y haciendo otras cosas viles y poco dignas de la majestad imperial, se hizo despreciable a los ojos de los soldados. Y siendo odiado por unos y despreciado por otros, fue víctima de una conspiración y asesinado.

Nos queda por narrar las cualidades de Maximino[26]. Fue hombre belicosísimo, y estando los ejércitos hastiados de la molicie de Alejandro, del que ya he hablado más arriba, muerto éste le elevaron al imperio, que no conservó mucho tiempo; porque dos cosas le hicieron odioso y despreciable: una su ínfimo origen, porque había guardado ovejas en Tracia (lo que era bien conocido y motivo de gran desprecio para todos); la otra, porque habiendo diferido al inicio de su principado, el ir a Roma y tomar posesión de la sede imperial, sus prefectos, tanto en Roma como en cualquier otro lugar del imperio, habían tenido ocasión de ejercer toda clase de crueldades, labrándose así él fama de cruel. Movido, pues, todo el mundo por el desdén a causa de la

---

24 Aurelio Cómodo Antonio, hijo y sucesor de Marco Aurelio, reinó del año 180 al 192 d. C. Maquiavelo habla detalladamente de la conjura en la que perdió la vida en *Discursos*, III, 6.

25 «Por derecho hereditario» al igual que Marco Aurelio (ver nota 16), pero a Cómodo no le sirve la regla que valió a su padre porque a diferencia de aquél era insolente y bestial.

26 Maximino el Tracio, que reinó entre los años 235 y 238. d. C. y acerca de cuya figura y origen se ha discutido bastante. La hostilidad que hacia él sentía Herodiano se refleja en Maquiavelo, muy fiel aquí a su fuente.

vileza de sus orígenes y por el odio derivado del temor a su ferocidad, se rebeló primero África, luego el senado con todo el pueblo de Roma y por último toda Italia conspiró contra él. A ello se sumó su propio ejército, que acampado frente a Aquileya y encontrando grandes dificultades en el asedio, cansado de su crueldad y temiéndole menos al ver que tenía tantos enemigos, le mató.

No quiero hablar ni de Heliogábalo ni de Macrino ni de Juliano, que por ser del todo despreciables desaparecieron enseguida; así que llegaré a la conclusión de este tema. Y digo que los príncipes de nuestros tiempos no tienen tanta necesidad de satisfacer extraordinariamente a los soldados a la hora de gobernar; porque aunque se tenga que tener con ellos alguna consideración especial, se acaba pronto, ya que ninguno de estos príncipes tiene ejércitos que se hayan enraizado en el gobierno y en la administración de las provincias como era el caso de los ejércitos del imperio romano. Y si entonces era más necesario satisfacer a los soldados que al pueblo, era porque los soldados tenían más poder que el pueblo; ahora, en cambio, todos los príncipes —excepto el Turco y el Sultán— tienen más necesidad de satisfacer al pueblo que a los soldados, ya que el pueblo tiene más poder que aquéllos[27]. Hago excepción del Turco[28], porque siempre tiene a su alrededor doce mil soldados de infantería y quince mil de a caballo de los que depende, su seguridad y la fuerza de su reino: y es necesario que, posponiendo cualquier otra consideración, se los mantenga amigos. Igual sucede con el reino del Sultán[29], que estando por completo en manos de los soldados, le conviene también conservar su amistad sin tener para nada en cuenta al pueblo. Y habéis de saber que este estado del Sultán es

[27] Con estas palabras queda anunciada la ley fundamental del capítulo: En la época que va de Marco Aurelio a Maximino era imposible un principado puramente civil; ahora en cambio es enteramente posible..

[28] El sultán de Turquía era, en la época de la redacción del *Príncipe,* Selim I (1512-20) al que Maquiavelo recuerda en distintas ocasiones: *Discorsi,* I, 19; II, 17; III, 6 y 35. Sobre el reino del Turco ver también capítulo IV del *Príncipe.*

[29] Se trata del reino de Egipto que fue unido a Turquía en 1517.

distinto de todos los demás principados, porque es similar al pontificado cristiano[30], que no puede llamarse ni principado hereditario ni principado nuevo; ya que no son los hijos del príncipe anterior los herederos y soberanos, sino aquél que es elevado a aquel grado por quienes tienen autoridad para hacerlo. Y al ser ésta una forma de gobierno antigua, no se la puede llamar principado nuevo puesto que en él no se encuentran muchas de las dificultades que acostumbran a tener los nuevos; ya que si efectivamente el príncipe es nuevo las instituciones de aquel estado son viejas y están dispuestas a recibirle como si fuese su señor hereditario.

Pero volvamos a nuestro tema[31]. Digo que quien examine todo lo dicho hasta aquí verá cómo fueron el odio o el desprecio las causas de la ruina de los emperadores anteriormente citados; y comprenderá también la razón por la que, procediendo parte de ellos de una manera y parte de manera completamente distinta, en ambos grupos, uno tuvo un final feliz y otros infeliz. Porque a Pertinax y a Alejandro, por ser príncipes nuevos, les fue inútil y perjudicial querer imitar a Marco, que había accedido al principado por derecho de herencia; e igualmente a Caracalla, Cómodo y Maximino el haber imitado a Severo, les fue muy perjudicial, al no tener suficiente virtud que les permitiera seguir sus huellas. Por lo tanto, un príncipe nuevo, en un principado nuevo, no puede imitar las acciones de Marco ni tampoco es necesario que siga las de Severo: sino que de Severo ha de tomar aquellas cualidades que sean nece-

---

[30] Semejanza basada en el carácter «electivo» de ambos principados. Los «electores» del Sultán eran los jefes de la casta militar de los Mamelucos, casta de origen servil, que había constituido la primera guardia de corps del Sultán, convertida ahora en la oligarquía del país.

[31] Para Sasso (en el comentario al *Príncipe* tantas veces citado) esta conclusión no está a la altura del rigor a que nos tiene acostumbrados Maquiavelo, ni siquiera de la precisión de análisis de otras partes de este capítulo, demasiado largo y prolijo. Según él, «la conclusione del Machiavelli è senza dubbio chiara, quando si abbia cura di prospettarla nei termini generali del suo pensiero; ma è singolarmente infelice nella expressione letteraria e nella forza di sintesi».

sarias para fundar su estado y de Marco las que son convenientes y gloriosas para la conservación de un estado ya establecido y seguro.

XX

An arces et multa alia quae cotidie a principibus fiunt utilia an inutilia sint[1]

Algunos príncipes, para tener seguro su estado, han desarmado a sus súbditos; otros han mantenido divididas[2] las tierras sometidas; otros han alimentado una cierta oposición contra sí mismos; otros se han dedicado a ganarse la confianza de aquellos que al principio de su gobierno les parecían sospechosos; unos han construido fortalezas y otros las han arruinado y destruido. Y aunque de todas esas cosas no sea posible dar una opinión específica, a menos que se descienda a los particulares de aquellos estados en los que haya de tomarse una decisión parecida, hablaré de todo ello con la amplitud que la materia, por sí misma, permite.

Y así, no ha sucedido nunca que un príncipe nuevo desarmara a sus súbditos; mientras que, por el contrario, si les ha encontrado desarmados, les ha armado siempre; porque si les armas, aquellas armas se hacen tuyas, los sospechosos se vuelven fieles, y los que ya te eran fieles continúan siéndolo y de simples súbditos pasan a ser partidarios tuyos. Y como es imposible armar a todos los súbditos, beneficiando a los que armas puedes con el resto actuar sin tanto miramiento: ya que los armados, al verse tratados de manera distinta, se sienten obligados hacia ti; mientras los otros por su parte te disculpan, juzgando que es natural que tengan más méritos los que tienen mayor peligro y obligación. Pero si los desarmas, empiezas a ofen-

[1] Si las fortalezas y muchas otras cosas que diariamente hacen los príncipes son útiles o inútiles.

[2] Se entiende divididas en opuestas facciones.

derles; muestras que desconfías de ellos o por su cobardía o por su poca lealtad: y tanto una consideración como la otra, les hace concebir odio contra ti. Y como no puedes estar desarmado, te verás obligado a recurrir a las tropas mercenarias, cuyas cualidades ya hemos mencionado más arriba[3]; y por muy buenas que fueran, no pueden ser tan numerosas que te defiendan a la vez de los enemigos poderosos y de los súbditos sospechosos. Por eso, como ya he dicho, un príncipe nuevo, en un principado nuevo, siempre ha organizado allí el ejército; las historias están llenas de tales ejemplos.

Pero cuando un príncipe adquiere un estado nuevo que como un miembro más se añade al que ya poseía, es necesario entonces desarmar aquel estado, a excepción de aquellos que en el momento de la conquista fueron tus partidarios; e incluso a aquéllos, con el tiempo y aprovechando las ocasiones, hay que hacerles blandos y afeminados, y organizarse de tal manera que todas las armas de tu estado se hallen únicamente en manos de tus propios soldados, que estaban ya a tu lado en tu antiguo estado.

Nuestros antepasados, y aquellos que eran considerados sabios, acostumbraban a decir que era necesario conservar Pistoya con las facciones y Pisa con las fortalezas[4], y por eso fomentaban las discordias en todas las ciudades que tenían sometidas para dominarlas más fácilmente. Esto, en aquellos tiempos que Italia estaba en cierta manera equilibrada, debía estar bien; pero no creo que pueda darse hoy en día como precepto: porque no creo que las divisiones hagan jamás bien alguno; antes bien, es inevitable que las ciudades divididas se pierdan rápidamente cuando el enemigo se acerca; ya que siempre la facción más débil se adherirá a las fuerzas enemigas y la otra no podrá resistir.

---

[3] En el capítulo XII y en todos los que ha hablado del ejército.

[4] «Tenere Pistoia con le parti e Pisa con le fortezze» es efectivamente una máxima proverbial en los ambientes políticos florentinos; ver F. Gilbert en *Journal of the Courtauld and Warburg Institutes*, 1957, páginas 187 y ss. Maquiavelo critica el proverbio no sólo aquí sino más duramente aún en *Discorsi*, III, 27.

Los venecianos, movidos, según creo, por dichas razones, alimentaban las sectas güelfas y gibelinas en las ciudades que habían sometido; y aun cuando no les dejaran nunca llegar al derramamiento de sangre, alimentaban las discrepancias entre ambas partes para que, ocupados aquellos ciudadanos en sus propias diferencias, no se unieran contra ellos. Lo que como se vio, no les sirvió de nada, porque inmediatamente después de la derrota de Vailate, una parte de aquellas ciudades[5] se envalentonó y les arrebató el estado. Denotan, pues, tales procedimientos, la debilidad del príncipe; porque en un principado fuerte jamás se permitirán tales divisiones; ya que tan sólo son beneficiosas en tiempos de paz, al permitir manejar más fácilmente a los súbditos; pero en cuanto estalle la guerra, tal procedimiento se manifiesta en toda su falacia.

Sin duda los príncipes se hacen grandes cuando superan las dificultades y las oposiciones que se les enfrentan; y así, la fortuna (sobre todo cuando quiere ensalzar a un príncipe nuevo, que tiene más necesidad de adquirir reputación que un príncipe hereditario), le crea enemigos, y le empuja a realizar empresas en contra suya para que así él encuentre la ocasión de superarlas y de subir cada vez más arriba por aquella escalera que le han ofrecido sus propios enemigos. Por eso, muchos consideran que un príncipe sabio debe, cuando tenga la oportunidad, procurarse con astucia alguna enemistad para que, venciéndola, resulte mayor su grandeza.

Los príncipes, y sobre todo los nuevos, han encontrado más lealtad y mayor utilidad en aquellos hombres que al principio de su gobierno habían sido considerados sospechosos, que en aquellos en los que al principio confiaban. Pandolfo Petrucci[6], príncipe de Siena, gobernaba su estado

---

[5] Alude a Brescia, Verona, Vicenza y Padua, que después de Vailate o Agnadello se rebelaron contra los venecianos.

[6] Señor de Siena entre 1500 y 1512 se apoderó del poder después de haber hecho matar a su suegro Niccolò Borghese. Protagonista de la Dieta de Magione contra el Valentino, fue el único de entre todos los conjurados que escapó a la venganza del Borja, al que sobrevivió muchos años. Maquiavelo, que le conoció bien (tres legaciones a Siena, particu-

más con la ayuda de quienes le habían sido sospechosos que con los demás. Pero de esto no se puede hablar generalizando porque varía según cada caso particular. Sólo diré esto, que el príncipe podrá siempre ganarse con gran facilidad a aquellos hombres que al comienzo de su principado habían sido sus enemigos, pues son los que, para mantenerse, necesitan un apoyo y están especialmente forzados a servirle con lealtad porque son conscientes de que necesitan cancelar con sus obras la mala opinión que de ellos se tenía; y así el príncipe saca de ellos más provecho que de aquellos que, sirviéndole con demasiada tranquilidad, descuidan sus negocios.

Y puesto que la materia lo requiere, no quiero dejar de recomendar a los príncipes que recientemente han ocupado un estado con ayudas desde su interior, que examinen bien qué tipo de razones movieron a los que les han favorecido a favorecerles; y si no es por afecto natural hacia él, sino más bien porque estaban descontentos con la situación anterior, a duras penas, con gran esfuerzo y dificultades, podrá contar con su amistad, ya que es imposible que pueda contentarles. Y examinando atentamente, con la ayuda de ejemplos sacados de las cosas antiguas y modernas, las razones de todo esto, verá que le ha de ser mucho más fácil ganar la amistad de aquellos hombres que se contentaban con el estado anterior y que por ello eran sus enemigos, que la de aquellos otros que precisamente por su descontento se convirtieron en sus amigos y le ayudaron a ocupar el estado.

Ha sido costumbre de los príncipes, para proteger la seguridad del estado, edificar fortalezas[7] que fueran la brida y el freno de quienes planearan rebelarse, y a la vez refugio seguro contra un ataque repentino. Alabo esta costumbre, porque ha sido usada desde la antigüedad[8]; sin embar-

---

larmente interesante la de 1505) habla con respeto de él y de su «ministro» el jurista Antonio de Venafro. Ver también a propósito de este maestro del engaño, *Príncipe*, XXII y *Discursos*, III, 6.

[7] Acerca del problema de las fortalezas ver, *Discursos*, II, 24.

[8] Es como una concesión formal, una reverencia hecha a su propio mito de la antigüedad, pero como siempre la realidad se impone.

go, en nuestro tiempo se ha visto cómo micer Niccolò Vitelli[9] destruyó dos fortalezas en Città di Castello para conservar aquel estado. Guido Ubaldo[10], duque de Urbino, demolió hasta los cimientos todas las fortalezas de aquel país cuando recuperó su dominio del que había sido expulsado por César Borja, porque juzgó que sin ellas le sería mucho más difícil perder de nuevo su estado. Los Bentivoglio[11], de regreso a Bolonia, hicieron lo mismo. Por consiguiente, las fortalezas son útiles o no según los tiempos y si a veces te favorecen otras te perjudican. Podemos considerar este punto así: el príncipe que tiene más miedo al pueblo que a los forasteros, debe construir fortalezas; en cambio, el que tiene más miedo a los forasteros que al propio pueblo debe prescindir de ellas. Ha dado y dará más guerra a la casa Sforza el castillo de Milán, que levantó Francesco Sforza, que cualquier otro desorden en aquel estado. Por eso la mejor fortaleza que pueda existir es no ser odiado por el pueblo, porque por muchas fortalezas que tengas, no te salvarán si el pueblo te odia; que una vez han tomado las armas, a los pueblos no les faltan nunca extranjeros que les ayuden.

En nuestra época no se ve que hayan aprovechado a ningún príncipe, excepto a la condesa de Forli, cuando fue asesinado el conde Girolamo, su marido; porque gracias a la fortaleza pudo evitar la ira popular, esperar la ayuda de Mi-

---

[9] Niccolò Vitelli, capitán de mercenarios, que con la ayuda de los Medici se había apoderado de Città di Castello, de donde fue expulsado en 1474 por Sixto IV. Vuelto al poder en 1482, con ayuda de los florentinos, destruyó las dos fortalezas hechas construir allí por el Papa. Maquiavelo habla también sobre esto en *Discursos,* II, 24.

[10] Guidobaldo de Montefeltro, al que César desposeyó del ducado en junio de 1502, precisamente cuando Maquiavelo, junto con el obispo Francesco Soderini, se encaminaban a Urbino para entrevistarse con el duque Valentino. También se habla de este episodio en *Discursos,* II, 24.

[11] Cuando el papa Julio expulsó a los Bentivoglio de Bolonia, construyó una fortaleza en la ciudad y según cuenta Maquiavelo en *Discursos,* II, 24, fue motivo de rebelión del pueblo y causa de la pérdida de la ciudad. Cuando los herederos de Giovanni Bentivoglio regresaron a Bolonia en 1511, destruyeron la fortaleza.

lán y recuperar el estado[12]. Los tiempos no estaban entonces como para que el extranjero viniera en ayuda del pueblo. Pero luego de poco le valieron las fortalezas cuando César Borja le asaltó y el pueblo, enemigo suyo, se unió al invasor[13]. Consideradas, pues, todas esas cosas, alabaré al que construya fortalezas y al que no las construya; y censuraré a todo aquél que, fiándose de las fortalezas, menosprecie el ser odiado por el pueblo.

XXI

Quod principem deceat ut egregius habeatur[1]

Nada hace estimar tanto a un príncipe como las grandes empresas o el dar de sí ejemplos extraordinarios. En nuestro tiempo tenemos a Fernando de Aragón, actual rey de España. Podemos casi llamarle príncipe nuevo[2], ya que de rey débil que era se ha convertido por su fama y por su gloria en el primer rey de los cristianos; y si examináis sus acciones, las encontraréis todas grandiosas y alguna extraordinaria. Al principio de su reinado asaltó Granada[3]; y aquella empresa fue el fundamento de su estado. En primer lugar, la realizó en un momento en que no tenía otras ocupaciones ni peligro de ser obstaculiza-

---

[12] Girolamo Riario, marido de Catalina Sforza fue asesinado el 14 de abril de 1488 por los conjurados capitaneados por Francesco d'Orso. Ver también *Discursos*, III, 6.

[13] La debilidad fundamental de Catalina Sforza radicaba en la falta de amor de su pueblo, como se vio cuando atacada por César Borja, el pueblo se rebeló (15 de diciembre de 1500) rindiéndose, un mes después, la fortaleza.

[1] De lo que debe hacer el príncipe para ser estimado.

[2] Sobre Fernando el Católico había hablado en la carta de 29 de abril de 1513, dirigida a Francesco Vettori (que para Sasso es fundamental a la hora de hablar de la génesis del *Príncipe)*, publicado en *Lettere*, página 257; o con amargas palabras en el capítulo XVIII, del *Príncipe*.

[3] La conquista de Granada duró diez largos años; con ella se rerminaba la reconquista y se cumplía la tarea de unificación peninsular.

do[4]: mantuvo ocupados en ella los ánimos de los nobles de Castilla, que absortos en aquella guerra no tenían ya tiempo para conspirar. Y él adquiría, entre tanto, reputación y poder sobre los nobles sin que ellos lo advirtieran. Con dinero de la Iglesia y del pueblo pudo mantener sus tropas y poner sólidas bases con aquella larga guerra a sus ejércitos, que tanto honor le han proporcionado después. Además de todo esto, para poder llevar a cabo empresas mayores, sirviéndose de la religión[5], se dedicó con piadosa crueldad[6] a expulsar y vaciar su reino de marranos[7]; ejemplo por demás despreciable y extraño. Bajo este mismo manto, atacó África[8]; llevó a cabo la empresa de Italia[9], y últimamente ha asaltado Francia[10]; y así ha hecho y urdido cosas grandes, que han mantenido siempre suspensos y admirados los ánimos de sus súbditos y pendientes del resultado final. Y todas estas acciones se han ido sucediendo de tal manera, una a la otra, que no han dado lugar a que nadie pudiese actuar, entre ellas, tranquilamente contra él.

Ayuda también mucho a un príncipe el dar de sí ejemplos extraordinarios en su política interna, como los que se cuentan de micer Bernabò[11] de Milán, de modo que cuan-

---

[4] Para un agudo análisis de la situación del rey, de su situación económica y de sus complejas relaciones con la nobleza, ver las cartas que constituyen la legación de Guicciardini en España, *Carteggi* edición de Palmarocchi, Bolonia, 1938, I, págs. 143-145; o las opiniones que sobre el rey vertió el mismo Guicciardini en sus *Ricordi*, B51 y C77, o la *Relazione di Spagna*, en *Opere inedite*, VI, 271 y siguientes.

[5] Referencia aquí al uso político de la religión al que ha dedicado al menos cinco capítulos de los *Discursos*.

[6] Recordar el capítulo XVII.

[7] Al parecer, del árabe «mahran», vedado, como lo era el cerdo para los musulmanes. Se aplicaba a falsos conversos, que continuaban las prácticas de su antigua religión.

[8] Conquistó la costa africana de Orán a Trípoli en 1509.

[9] Se refiere a la guerra contra los franceses para la conquista de Nápoles. En el capítulo III se hablaba de lo mismo pero desde el punto de vista de Luis XII.

[10] Ataque a Francia para obtener Navarra, 1512-1515.

[11] Bernabò Visconti, sucedió, junto a sus hermanos, a Giovanni Visconti en 1354 en la señoría milanesa. Por la temprana muerte de sus hermanos gobernó solo hasta el 6 de mayo de 1385 en que fue hecho prisionero y probablemente envenenado (19 diciembre) por su sobrino Gian-

do haya alguien que lleve a cabo, en la vida civil, alguna cosa extraordinaria, ya sea en bien o en mal, se debe aprovechar la ocasión para premiarle o castigarle de tal manera que dé mucho que hablar. Y, sobre todo, un príncipe se las ha de ingeniar para que cada una de sus acciones le proporcione fama de hombre grande y de ingenio excelente.

También es estimado un príncipe cuando es un verdadero amigo y un verdadero enemigo; es decir, cuando sin miramientos se declara a favor de uno o en contra de otro. Lo que es siempre más útil que permanecer neutral[12]; porque si dos poderosos, vecinos tuyos, llegan a las manos, o son de tal condición que venciendo uno hayas de temer al vencedor, o no. En cualquiera de ambos casos te será siempre más fácil tomar partido e intervenir abiertamente en la guerra; porque, en el primer caso, si no te has decidido, serás siempre víctima del vencedor, con placer y satisfacción del vencido, y no tendrás razón ni cosa alguna que te defienda o proteja; porque el que vence no quiere amigos dudosos que no lo ayuden en la adversidad; el que pierde, no te protege, por no haber querido tú, con las armas en la mano, correr su suerte.

Antíoco fue a Grecia llamado por los etolios para expulsar a los romanos. Mandó embajadores a los aqueos, aliados de los romanos, exhortándoles a permanecer neutrales; mientras, por otra parte, los romanos trataban de persuadirles para que lucharan a su favor. Se discutió el asunto en la asamblea de los aqueos, en la que el legado de Antíoco les persuadía a que permanecieran neutrales, a lo que el legado romano replicó: «Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est; sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis»[13].

---

galeazzo. Los historiadores al hablar de él señalan no sólo su crueldad y extravagancia, sino también la clara visión unitaria y centralizadora de su política.

[12] Una vez más, Maquiavelo aprovecha la ocasión para criticar la «Via del mezzo», tantas veces preconizada por Florencia. Ver *Discursos,* II, 15 y 25; III, 44, y muchas de sus cartas privadas y de legación.

[13] Lo que éstos os dicen, de no intervenir en la guerra, no puede ser

Y siempre ocurrirá lo mismo: que el que no es tu amigo buscará tu neutralidad y el que es tu amigo te pedirá que luches a su lado. Y los príncipes indecisos, para cortar los peligros presentes, escogen la mayoría de las veces el camino de la neutralidad, y la mayoría de las veces precipitan su ruina. Pero, cuando el príncipe se manifiesta valientemente a favor de una de las partes, si aquel con el que te has aliado vence, aunque sea muy poderoso y que tú permanezcas a su merced, te estará obligado porque ha establecido contigo vínculos de afecto; y los hombres no son nunca tan deshonestos[14] como para oprimirte con tan gran muestra de ingratitud; además, las victorias no son nunca tan completas como para que el vencedor no tenga que tener cierto temor, especialmente a la justicia: pero si aquel a quien te has unido pierde, siempre te proporcionará un refugio; mientras pueda te ayudará, sin olvidar que te conviertes en el compañero de una fortuna que puede resurgir. En el segundo caso, cuando los que luchan entre sí son de tal calidad que tú no tienes por qué temer al vencedor, es aún mucho más prudente unirse a uno de ellos, porque colaboras en la ruina de uno al que el otro debería salvar, si fuese sabio; y venciendo, queda a tu discreción, y es imposible que no venza con tu ayuda.

Aquí hay que señalar que un príncipe ha de procurar no aliarse nunca, para atacar a otros, con alguien más poderoso que él, a no ser que la necesidad le obligue a ello como

---

más contrario a vuestros intereses: sin clemencia, sin dignidad, seréis el trofeo del vencedor. El ejemplo, citado aquí de memoria, está sacado de Tito Livio, XXXV, 48 y repetido en carta a F. Vettori del 20 de diciembre de 1514.

[14] Russo ha observado cómo Maquiavelo con este reconocimiento de «non disonestà» de los hombres no mitiga en absoluto su acostumbrado pesimismo. A esta observación, digamos atenuada, sigue otra realista. Las victorias no son nunca «si stiette» tan completamente limpias, como para que el vencedor pueda sentirse libre de miramientos; así que la razón política, aun en la victoria, aconseja ser prudente y no cometer injusticias. Sin olvidar, por otra parte que Maquiavelo no considera al hombre malo por naturaleza, sino por necesidad, y aquí la necesidad le aconseja no olvidar ninguna precaución, en este caso el no ser «disonesto», con quien le ha ayudado.

ya dijimos antes; porque si vence te conviertes en su prisionero, y los príncipes han de evitar, en lo posible, estar a la merced de otros. Los venecianos se aliaron con Francia contra el duque de Milán[15], y podían muy bien haber evitado tal alianza; el resultado fue su ruina. Pero cuando no se puede evitar (como les ocurrió a los florentinos cuando el Papa y España fueron con sus ejércitos a atacar Lombardía) entonces el príncipe debe, por las razones ya dichas, tomar partido. Y que ningún estado crea poder siempre tomar partido seguro sino más bien que piense que habrá de tomarlos todos dudosos, porque así sucede en el orden natural de los acontecimientos que siempre que se pretende huir de un inconveniente se cae en otro; pero la prudencia consiste en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y tomar por bueno el menos malo[16].

Un príncipe debe también mostrarse admirador del talento, acogiendo a los hombres virtuosos[17] y honrando a los que sobresalen en algún arte. Además, debe animar a sus conciudadanos para que puedan ejercer pacíficamente sus actividades, ya sea en el comercio, en la agricultura o en cualquier otra actividad humana; y que nadie tema mejorar sus posesiones por miedo a que se las arrebaten ni abrir un nuevo negocio por miedo a los impuestos; por el contrario debe instituir premios para quien quiera hacer estas cosas o para quien piense en mejorar de una manera u otra su ciudad o su estado. Debe, además de todo esto, entretener al pueblo, en las épocas convenientes, con fiestas y espectáculos. Y ya que cada ciudad está dividida en corporaciones o en barrios, debe tener en cuenta estas colectividades; reunirse con ellas de vez en cuando, dar ejemplo de humanidad y munificencia, teniendo siempre asegurada, no obstante, la magnificencia de su dignidad, porque esto no puede faltar nunca en cosa alguna.

---

[15] Es un juicio expresado en *Príncipe,* III:

[16] «Ma quello (il Senato romano)... sempre prese il meno reo partito per migliore» en *Discursos,* I, 38 y análoga idea en I, 6.

[17] Aquí «virtù» y «virtuosi» significan talento, capacidad; y virtuoso será (como lo es cuando nos referimos a un instrumento, virtuoso del violín), el que es excelente en su habilidad o arte.

XXII

De hiis quos a secretis principes habent[1]

No es de poca importancia para un príncipe la elección de sus ministros; que son buenos o no según la prudencia del príncipe. Y el primer juicio que nos formamos sobre la inteligencia de un señor se basa en los hombres que le rodean; y cuando son competentes y fieles se le puede reputar sabio porque ha sabido reconoçer su capacidad y conservar su lealtad. Pero cuando son de otra manera hay siempre motivos para formar un mal concepto de él, ya que su primer error ha sido precisamente esta elección.

No había nadie que conociese a micer Antonio de Venafro[2], como ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, que no creyera que Pandolfo era un hombre excelente ya que le tenía por ministro. Y esto porque existen tres clases de inteligencia[3]: una comprende las cosas por sí misma, otra discierne lo que otros comprenden y la tercera no comprende nada por sí misma ni por medio de otros; la primera es extraordinaria, la segunda excelente y la tercera inútil; si Pandolfo no estaba en el primer grupo, tenía necesariamente que estar en el segundo: porque siempre que uno tiene talento para discernir el bien o el mal que otro hace o dice, aunque de por sí carezca de iniciativa, reconoce las cosas buenas o malas del ministro exaltando unas y corrigiendo las otras; con lo que el ministro no puede esperar engañarle y ha de continuar siéndole fiel.

Para que un príncipe pueda conocer a su ministro hay

---

[1] De los secretarios de los príncipes.

[2] Antonio Giordani de Venafro (1459-1530) era el principal consejero de Pandolfo Petrucci. De él nos hablan, muy a menudo, distintos escritores políticos, entre otros, F. Vettori *(Viaggio d'Alemagna)*, F. Guicciardini, y el mismo Maquiavelo: ver las cartas de la legación a Siena, Legazioni, Edición, F. Chiapelli, Laterza, Scrittori d'Italia, y *Discursos*, III, 6.

[3] Burd indica, como fuente de esta observación, Tito Livio, XXII, 29.8.

un procedimiento que no falla nunca: cuando veas que el ministro piensa más en sí mismo que en ti, y que en todas las acciones persigue su propio provecho, puedes estar seguro que no será nunca buen ministro ni podrás fiarte jamás de él; porque quien tiene en sus manos el gobierno de otro[4] no debe pensar jamás en sí mismo sino en el príncipe, ni recordarle jamás cosa alguna que no sea de su interés. Y por otro lado, el príncipe, para mantenerle fiel, debe pensar en el ministro honrándole, enriqueciéndole, obligándole, confiriéndole honores y cargos para que vea que no puede vivir sin él[5]; y al mismo tiempo los muchos honores no le hagan desear más honores, ni las muchas riquezas ambicionar más, y los muchos cargos le hagan temer los cambios. Cuando, pues, los ministros y los príncipes actúan así, pueden confiar unos en otros; si no, las cosas acabarán mal o para uno o para otro.

XXIII

Quomodo adulaltores sint fugendi[1]

No quiero descuidar un tema[2] importante y un error del que difícilmente se defienden los príncipes a menos que sean prudentísimos o capaces de buena elección. Se trata de los aduladores, de los que las cortes están llenas, porque los hombres se complacen tanto en las cosas propias, y se engañan hasta tal punto en ello, que muy difícilmente saben defenderse de esta peste; y queriéndose defender de ella corren el peligro de convertirse en alguien des-

---

[4] En el original: «Quello che ha lo stato di uno in mano»: es decir que administra el poder por cuenta del príncipe.

[5] Este él, se refiere, claro, al príncipe sin el que el ministro no sería nadie.

[1] De cómo hay que huir de los aduladores.

[2] Según Burd, este es el único texto, en toda la obra de Maquiavelo, en el que habla larga y detalladamente de los aduladores. Tanto él como más tarde Gilbert citan gran número de precedentes de esta problemática de la adulación, tan enraizada en la tradición del pensamiento político y de la preceptística del príncipe.

preciable. Porque no hay otro medio de defenderse de las adulaciones que haciendo comprender a los hombres que no te ofenden diciéndote la verdad; pero cuando todo el mundo puede decirte la verdad, te falta entonces el respeto. Así que un príncipe prudente debe encontrar una tercera vía, eligiendo en su estado hombres sabios que serán los únicos a los que permitirá que le digan la verdad, pero exclusivamente sobre lo que él pregunta, y no sobre nada más[3]. Pero debe preguntarles sobre toda clase de cosas, y escuchar sus opiniones; luego deliberar por sí solo y a su manera; y con estos consejos, y con cada uno de sus consejeros, comportarse de manera que todos comprendan que cuando más libremente se hable mejor recibidos serán: fuera de ellos, no ha de querer escuchar a nadie, ha de procurar el cumplimiento de lo decidido y mantener obstinadamente sus opiniones. El que actúa de otra manera o bien fracasa por culpa de los aduladores o cambia continuamente sus decisiones por la variedad de pareceres, con el consiguiente menosprecio de todos.

A este propósito quiero aducir un ejemplo moderno. El reverendo Luca[4], hombre de Maximiliano, el actual emperador, hablando de su majestad dijo que nunca pedía consejo a nadie pero tampoco hacía nunca nada a su manera: lo que provenía de seguir un comportamiento contrario al que hemos aconsejado. Porque el emperador es hombre reservado que no comunica a nadie sus intenciones ni pide parecer alguno; pero como que al ponerlos en práctica, sus planes empiezan a descubrirse y a conocerse y los que le rodean a discutírselos; él, que es influenciable, cambia de parecer. Así lo que hace un día lo deshace al siguiente; y

[3] Estas páginas, viniendo de alguien tan entendido en «cortes» y «negocios» son sobre todo un excelente documento para entender, desde dentro, el funcionamiento de las cortes italianas del siglo XVI.

[4] En el original Pre' Luca.; Pre' es apócope de prete, que aquí podríamos traducir por el Mosén de algunas regiones españolas, o por reverendo. Se trata de Luca Rainaldi, obispo, embajador y consejero del emperador Maximiliano de Austria, al que Maquiavelo conoció durante su legación cerca del emperador en 1508.

no hay manera de saber lo que quiere o piensa hacer, y nadie puede fiarse de sus decisiones[5].

Un príncipe, por tanto, debe pedir siempre consejo, pero cuando él quiera y no cuando quieran los demás; debe incluso desanimar a quienes quieran aconsejarle sobre algo, sin que se les haya pedido consejo. Pero al mismo tiempo ha de ser solícito y muy preguntón, y luego paciente auditor de toda la verdad e incluso enojarse al saber que alguien por un cierto respeto no se la ha contado. Muchos creen que el príncipe que da de sí opinión de prudente, es tenido por tal no por su propia naturaleza sino por los buenos consejos de los que le rodean; y sin duda se engañan. Porque ésta es una regla que no falla nunca: que un príncipe que no sea inteligente por sí mismo no puede nunca ser bien aconsejado, a menos que por casualidad caiga en manos de un único hombre prudentísimo que lo gobierne en todo.

En este caso podría estar bien aconsejado pero duraría poco; porque al poco tiempo este gobernador le arrebataría el estado. Y si se deja aconsejar por más de uno, un príncipe que no sea sabio no recibirá nunca consejos coherentes ni sabrá unificarlos por sí mismo; cada consejero pensará en su propio interés y él no sabrá ni penarles ni reconocer su naturaleza. Y no puedes encontrar otra clase de consejeros, porque los hombres siempre te saldrán malos, a menos que la necesidad les haga buenos. Por eso hay que concluir que los buenos consejos, vengan de quien vengan, han de nacer de la prudencia del príncipe y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

---

[5] Sobre el emperador y su modo de actuar, ver el *Rapporto delle cose della Magna fatto questo di 17 giugno 1508, Legazioni*, IV.

XXIV

Cur Italiae principes regnum amiserunt[1]

Observadas con prudencia, las cosas que hemos dichc hasta ahora hacen que un príncipe nuevo parezca antiguo y le dan inmediatamente más seguridad y firmeza en su estado de la que tendría si se hubiera establecido en él desde siempre[2]. Porque un príncipe nuevo es mucho más observado en sus acciones que uno hereditario; y cuando estas acciones son consideradas virtuosas, conquistan más fácilmente a los hombres y les obligan más que la antigüedad de la sangre. Porque a los hombres les interesan más las cosas presentes que las pasadas, y cuando en el presente encuentran el bien lo disfrutan sin preocuparse de nada más; más aún, defenderán al príncipe en todo y por todo, siempre que no falte en lo demás a su palabra. Y así habrá duplicado su gloria: por haber creado un principado nuevo y haberlo ornado y consolidado con buenas leyes, con buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos[3]; como habrá duplicado su vergüenza aquél que, nacido príncipe, por su poca prudencia pierda el estado.

Y si observamos atentamente a aquellos señores que en nuestro tiempo[4] han perdido sus estados en Italia, como el rey de Nápoles[5], el duque de Milán[6] y otros, a todos les

---

[1] De por qué los príncipes de Italia han perdido sus estados.

[2] Para Sasso, este capítulo, junto con el siguiente, contiene la razón misma de la obra.

[3] Otra vez el nexo entre «buenas leyes» y «buenas armas», fundamental para comprender la problemática política del «príncipe nuevo». Más adelante Maquiavelo señalará como causas del fracaso de los príncipes italianos no sólo la ineficacia militar, sino también la falta de «buenas leyes».

[4] El *terminus a quo* del análisis de Maquiavelo es naturalmente 1494, año del «paso» a Italia de Carlos VIII de Francia.

[5] Se refiere a Federico de Aragón, que en 1496 había sucedido a Fernando II, destronado por Fernando el Católico el 2 de agosto de 1501.

[6] Ludovico el Moro, del que Maquiavelo nos ha hablado ya en el capítulo III.

encontraremos en primer lugar un defecto común en lo que se refiere a las armas, por las razones que más arriba hemos argumentado[7]; pero, además, veremos que alguno de ellos, o bien no ha tenido al pueblo de su parte o bien si lo tenía no ha sabido protegerse de los poderosos; porque sin estos errores no se pierden estados con tanto nervio, capaces de mantener un ejército en pie de guerra. Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro sino el que fue vencido por Tito Quinto[8], tenía un estado menor en relación a la grandeza de los romanos y de Grecia que le atacaron; no obstante, al ser un buen militar y saber atraerse al pueblo y defenderse de los nobles, pudo sostener durante años la guerra contra aquéllos[9]; y si bien es verdad que al final perdió el dominio de alguna ciudad, no lo es menos que conservó el reino.

Así que estos príncipes nuestros, que durante años conservaron sus principados, no acusen, ahora que los han perdido, a la fortuna, sino a su indolencia[10]: porque no habiendo pensado nunca en tiempos de paz que podían sobrevenir cambios (defecto común entre los hombres, no tener en cuenta la tempestad cuando el mar está en calma) cuando luego vinieron tiempos adversos, tan sólo pensaron en huir y no en defenderse; y esperaron que los pueblos, hastiados de la insolencia de los vencedores, les volvieran a llamar. Esta alternativa, cuando no hay otra, es

---

[7] El primer defecto de los príncipes es haber utilizado tropas mercenarias, auxiliares, etc. de las que Maquiavelo nos ha hablado en los capítulos XII, XIII y XIV, pero a este primer defecto siguieron otros no menos importantes que rápidamente nos señala: mal enfoque en las relaciones del príncipe o con el pueblo o con los «grandes».

[8] Alude a Filipo V, vencido por el cónsul romano Tito Quinzio Flaminio en Cinocefale en 197 a. C. Esta batalla se recuerda también en *Discursos*, III, 10-38.

[9] Maquiavelo cita las tres cualidades esenciales de su príncipe nuevo: ciencia militar, amor al pueblo, dominio sobre los grandes.

[10] La decadencia italiana no depende ni de la crueldad de la suerte ni de la ciega fortuna sino de la indolencia e irresponsabilidad de los príncipes. Reducción implacable de la derrota militar y política a causas rigurosamente humanas, y como tal adecuadamente controlables y reconstruibles.

buena; pero es muy malo haber dejado otras soluciones para tomar ésta; porque no hay que dejarse caer pensando que ya habrá quien te recoja, que esto no suele suceder; y si sucede, está en peligro tu seguridad, porque fue una forma de defensa vil que, además, no dependió de ti. Sólo son buenas, seguras y duraderas las defensas que dependen de ti mismo y de tu propia virtud.

XXV

Quantum fortuna in rebus humanis possit et quomodo illi sit occurrendum[1]

Ya sé que muchos han creído y creen que las cosas del mundo están hasta tal punto gobernadas por la fortuna y por Dios, que los hombres con su inteligencia no pueden modificarlas ni siquiera remediarlas[2]; y por eso se podía creer que no vale la pena esforzarse[3] mucho en las cosas sino más bien dejarse llevar por el destino. Esta opinión se ha extendido mucho en nuestra época, dada la gran variación de cosas que se han visto y se ven cada día, más allá de cualquier humana conjetura. Yo mismo, pensando en ello, algunas veces me he inclinado, en parte, hacia esta opinión general[4]. No obstante, puesto que nuestro libre al-

[1] Cuál es el poder de la fortuna en las cosas humanas y cómo hay que enfrentarse a ella.

[2] Para Sasso el problema de la fortuna y de la relación del gobernante con la fortuna es el problema mismo de la génesis y del significado del *Príncipe*. Para el concepto de Fortuna en la obra de Maquiavelo ver además: *Discursos*, II, 1 y 29, III, 9, 21, 44; Carta a Pier Soderini *(Lettere*, 119) generalmente conocida como *«Ghiribizzi» a Pier Soderini*; capítulo *Di fortuna, Istorie fiorentine*, V, 1.

[3] En el original, «insudare». Esforzarse, empeñarse demasiado en empresas militares o políticas. Pero el verbo «insudare» tiene un valor muy expresivo y difícil de traducir con una paráfrasis.

[4] Efectivamente aquellos últimos años de la historia italiana estaban llenos de casos «fuora d'ogni umana coniettura», y no era sólo la clase dirigente la que estaba asombrada y aterrada por su propia ruina. También Maquiavelo a veces se siente pesimista y cansado; recuérdese el tono de sus cartas, en los primeros días del exilio, en especial las que dirige a Vettori.

bedrío no se ha extinguido, creo que quizás es verdad que la fortuna es árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero que también es verdad que nos deja gobernar la otra mitad, o casi[5] a nosotros. Y la comparo a uno de esos ríos impetuosos que cuando se enfurecen inundan las llanuras, destrozan árboles y edificios, se llevan tierra de aquí para dejarla allá; todos les huyen, todos ceden a su furia sin poder oponerles resistencia alguna. Y aunque sean así, nada impide que los hombres, en tiempos de bonanza, puedan tomar precauciones, o con diques o con márgenes, de manera que en crecidas posteriores o bien siguieran por un canal o bien su ímpetu no fuera ya ni tan desenfrenado ni tan peligroso[6]. Lo mismo ocurre con la fortuna que demuestra su fuerza allí donde no hay una virtud preparada capaz de resistírsele; y así dirige sus ímpetus hacia donde sabe que no se han hecho ni márgenes ni diques que puedan contenerla[7]. Y si observáis atentamente Italia, que es la sede de todos estos cambios y la que los ha suscitado, veréis que es un campo sin diques y sin protección alguna; porque si estuviera protegida por una adecuada virtud, como Alemania, España o Francia, esta riada no habría provocado tan grandes trastornos, o ni siquiera se hubiera producido.

Y baste lo dicho para oponerse, en general, a la fortuna. Pero ciñéndome más a los casos particulares, digo que se ve a los príncipes prosperar hoy y caer mañana, sin haber visto cambio alguno en su naturaleza o en sus cualidades. Lo que creo que proviene, ante todo, de las razones ampliamente expuestas más arriba, es decir que el príncipe

---

[5] A pesar de querer reaccionar contra el fatalismo y de reivindicar el valor de la «virtud», Maquiavelo se deja aún vencer por un cierto pesimismo y así se le escapa éste «o casi», con lo que también el control del hombre sobre la mitad de sus acciones parece peligrar.

[6] Una de las comparaciones más famosas de Maquiavelo, que se repite en distintos textos, como por ejemplo en el ya citado capítulo, *De fortuna.* Como precedentes, se citan: Horacio, *Odas,* III, 29, y sobre todo un fragmento de las *Intercoenales,* de L. B. Alberti.

[7] Otra famosa expresión que aparece en varios textos. Ver por ejemplo *Parole da dire sopra la provisione del danaio...* escritas en marzo de 1503, en *Opere,* edición Mazzoni, Casella, Florencia 1929, pág. 791.

que sólo se apoya en la fortuna se arruina tan pronto como ésta cambia. Creo, también, que triunfa el que acomoda su manera de proceder a las circunstancias del momento, e igualmente fracasa quien en su proceder entra en desacuerdo con ellas. Porque vemos cómo en las cosas que les llevan a alcanzar el resultado deseado, eso es gloria y riquezas, los hombres proceden de muy distinta manera: uno con precaución, otro con ímpetu; uno con violencia, otro con astucia; uno con paciencia, el otro con todo lo contrario; y todos con tan distintos métodos pueden lograrlo. Se ve también que de dos circunspectos, uno alcanza lo que se proponía y el otro no; o bien que otros dos tienen el mismo éxito con dos maneras distintas de actuar, al ser uno circunspecto y el otro impetuoso: y todo eso no proviene sino de la cualidad de los tiempos, que se conforman o no a su manera de proceder. De ahí que, como he dicho, dos hombres, actuando de una manera distinta consigan el mismo resultado, y que en cambio otros dos que actúan del mismo modo, uno consiga su propósito y el otro no. De eso depende también la variedad de los resultados; porque, si uno se comporta con cautela y paciencia y los tiempos y las cosas van de manera que su forma de gobernar sea buena, tiene éxito; pero si los tiempos y las cosas cambian, se arruina porque no cambia su manera de proceder; no existe hombre tan prudente que sepa adaptarse a esta norma[8], ya sea porque no pueda desviarse de aquello a lo que le inclina su propia naturaleza, ya sea porque habiendo triunfado avanzando siempre por un mismo camino, no puede ahora persuadirse a sí mismo de la conveniencia de alejarse de él. Y así el hombre cauto cuando es hora de proceder con ím-

[8] Ver los fragmentos de *Discorsi* y de la carta a Soderini citados en la nota 2 de este capítulo. En el duelo entre «virtú» y «fortuna», que según Puppo constituye el tema dramático del *Príncipe*, la victoria, en última instancia se la lleva la fortuna, ya que no hay virtud humana tan dúctil como para acomodarse a todas las variaciones. Quien dicta pues las reglas del juego es la fortuna. Esta fortuna que para F. Adorno, en «La crisi dell'umanesimo civile fiorentino da Alamanno Rinuccini al Machiavelli» en *Rivista critica di storia della filosofia,* VII, 1952, I, consiste en: «aver la fortuna di concordare con la fortuna, con li tempi».

petu no sabe hacerlo y fracasa; mientras que si modificase su naturaleza de acuerdo con los tiempos y con las cosas no alteraría su fortuna. El papa Julio II procedió impetuosamente en todas sus empresas; y encontró los tiempos y las cosas tan conformes a su modo de proceder, que todo le salió bien[9]. Considera su primera empresa de Bolonia, cuando aún vivía micer Giovanni Bentivoglio[10]. Los venecianos no estaban de acuerdo; el rey de España tampoco; con Francia discutía sobre el asunto, y a pesar de todo esto, con su peculiar violencia e impetuosidad decidió llevar a cabo personalmente la expedición. Tal decisión dejó en suspenso e inmóviles a España, y a los venecianos; éstos por miedo, aquél[11] por el deseo que tenía de recuperar todo el reino de Nápoles; y, por otra parte, arrastró tras de sí al rey de Francia, porque habiendo visto el rey que el Papa se movía y deseando ganárselo como aliado para someter a los venecianos, estimó que no podía negarle su apoyo militar sin ofenderle abiertamente[12]. Consiguió, pues, Julio, con su jugada impetuosa, aquello que nunca ningún otro pontífice, con toda la humana prudencia, habría conseguido: porque si hubiera esperado a partir de Roma con los acuerdos firmes y todas las cosas en regla, como habría hecho cualquier otro pontífice, no lo habría logrado; porque el rey de Francia habría encontrado mil excusas y los demás mil amenazas. No quiero hablar de sus otras empresas, que todas fueron similares y todas le salieron bien. Y la brevedad de su vida[13] no le ha permitido experimentar

---

[9] El ejemplo de Julio II lo encontramos ya en la tantas veces citada carta a Soderini y en *Discursos*, III, 9.

[10] En 1506; Maquiavelo habla de ello en capítulo XI, y en la carta a Soderini.

[11] España es Fernando el Católico, de ahí este *aquél* y no aquélla como sería normal habiendo citado antes España. Fernando el Católico quería recuperar algunas plazas en las costas adriática y jónica que Fernando II había cedido a los venecianos a cambio de ayuda contra Carlos VIII.

[12] Para este episodio ver también *Discursos*, III, 44. Pero Maquiavelo no cita aquí el más clásico ejemplo de la impetuosidad y temeridad del Papa; ver *Discursos*, I, 27.

[13] No la vida, sino el pontificado fue breve, duró la media de diez años (1503-1513) que en el capítulo XI ha estimado viven como máximo los Papas.

lo contrario; porque si hubieran venido tiempos en los que hubiera sido necesario proceder con precaución, su ruina hubiera sido segura; pues nunca se habría desviado de aquellos procedimientos a los que su naturaleza le inclinaba. Concluyo, pues, que al cambiar la fortuna y aferrándose obstinadamente los hombres a su modo de actuar, tienen éxito mientras ambos coinciden y cuando no, fracasan. Yo creo firmemente esto: que es mejor ser impetuoso que circunspecto, porque la fortuna es mujer, y es necesario, queriéndola doblegar arremeter contra ella y golpearla. Y se ve que se deja vencer más fácilmente por éstos que por los que actúan con frialdad; ya que siempre, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos circunspectos, más feroces y la dominan con más audacia[14].

XXVI

Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatem que a barbaris vindicandam[1]

Habiendo considerado[2], pues, todas las cosas que hasta ahora se han dicho, y pensando entre mí si en Italia, actualmente, corrían tiempos que permitieran a un nuevo príncipe adquirir honor, y si había aquí materia que diera a un hombre prudente y virtuoso la oportunidad de introducir en ella una forma[3] que le honrara a él y proporcionara bienestar a todos los hombres que en ella viven, me parece que concurren tantas cosas en favor de un prín-

---

[14] Rompiendo la racionalidad de toda la obra, termina el capítulo con una opinión personal, con un reto apasionado, desesperado.

[1] Exhortación a liderar Italia y librarla de los bárbaros.

[2] Hay una vieja discusión acerca de si este capítulo es un añadido retórico o bien la explosión auténtica de un sentimiento contenido durante mucho tiempo. La teoría general aboga en favor de su necesidad en la economía general de la obra, aun cuando recientemente se vuelva a hablar bastante de una redacción tardía del capítulo.

[3] En relación con la anterior «materia». Idéntica expresión: «introdurre forma» usada en el capítulo VI, hablando precisamente de Ciro, de Israel, etc.

cipe nuevo, que no creo que haya habido nunca un momento más apto que éste[4]. Y si, como dije, era necesario para ver la virtud de Moisés que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto; y para conocer la grandeza de ánimo de Ciro, que los persas estuvieran oprimidos por los medas, y la excelencia de Teseo, que los atenienses estuvieran dispersos[5]; igualmente ahora, para poder conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia se viera reducida a su actual situación, más esclava que los hebreos, más sometida que los persas, más dispersa que los atenienses; sin cabeza, sin orden; vencida, expoliada, desgarrada, ocupada y que hubiese soportado toda clase de calamidades. Y si bien hasta ahora habríamos visto alguna señal en alguno, que permitía esperar que Dios le había escogido para su redención, no obstante se ha visto luego cómo en el momento culminante de sus acciones ha sido reprobado por la fortuna [6]. De manera que, desfallecida, espera a ver quién la sane de sus heridas, ponga fin a los saqueos de Lombardía, a las extorsiones del reino de Nápoles y de Toscana y la cure de tantas llagas ulceradas por el tiempo. Véase cómo ruega a Dios que le mande a alguien que la redima de estas crueldades e insolencias bárbaras. Se la ve también pronta y dispuesta a seguir una bandera, con sólo que haya uno

---

[4] Maquiavelo dice aquí que no ha habido tiempo más propicio que el actual para llevar a cabo la empresa de un príncipe nuevo, cuando en el resto de la obra afirma precisamente que el príncipe ha de tener una «extraordinaria» virtud porque los tiempos son difíciles. Así que ahora parecía que la fortuna quiere favorecer a los Medici haciendo casi de providencia y poniendo de esta manera más en evidencia la bondad del nuevo príncipe. Ya en el capítulo XX, señalaba que al vencer dificultades resultaba mayor la grandeza del príncipe.

[5] Son los mismos ejemplos del capítulo VI, pero mientras allí señalaba que aunque la ocasión ofrecida por la fortuna a estos héroes era importante, «sin virtud» esta ocasión se presentaría en vano; en el capítulo XXVI el papel de la fortuna es decisivo, no por razones «providenziali» sino porque, como dice Sasso, ésta es la situación sentimental de su ánimo. Maquiavelo se ha dado cuenta de que no hay virtud que pueda superar sus propios límites y por lo tanto trata de reducirlo todo a lo que *es necesario* que se produzca.

[6] Se refiere obviamente a César Borja. Esta reprobación de la fortuna, si es que pudiéramos dudarlo, nos lo confirma.

que la enarbole. Y no se ve, en el presente, nadie en quien pueda depositar mejor sus esperanzas que en vuestra ilustre casa[7], la cual con su fortuna y virtud, favorita de Dios y de la Iglesia, de la que ahora es príncipe, pueda ponerse a la cabeza de esta redención. Lo que no será muy difícil, si tenéis presentes las acciones y la vida de los personajes que antes he mencionado. Y aunque estos hombres sean singulares y extraordinarios, al fin y al cabo fueron hombres, y ninguno de ellos tuvo oportunidades tan favorables como la presente; porque su empresa no fue más justa que ésta, ni más fácil, ni les fue Dios más propicio que a vos. Esto es muy justo «iustum enim est bellum quibus necessarium et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est»[8]. Y hay ahora una gran disposición; y donde hay tan gran disposición no pueden existir demasiadas dificultades siempre que vuestra casa siga el ejemplo de aquellos que os he propuesto por modelo. Además de todo esto se ven señales extraordinarias, sin precedentes, dispuestas por Dios: el mar se ha abierto; una nube os ha señalado el camino; de la roca ha manado agua; ha llovido maná[9]; todo concurre a vuestra grandeza. El resto debéis hacerlo vos. Dios no quiere hacerlo todo para no arrebataros el libre arbitrio y parte de aquella gloria que os corresponde.

Y no hay que maravillarse si ninguno de los italianos[10] citados ha podido hacer lo que podemos esperar que haga vuestra ilustre casa; y si en tantos cambios como ha sufri-

---

[7] La casa de los Medici que, con la llegada al papado de Giovanni (León X), parecía haber conquistado definitivamente el poder en Florencia.

[8] La cita es de Tito Livio, IX, 1, «Justa es la guerra para quien la necesita, y piadosas las armas cuando son la única esperanza», que, como casi siempre, Maquiavelo transcribe de memoria. Aparece también en *Discursos*, III, 12 y en *Istorie fiorentine*, V, 8, en boca de Rinaldo degli Albizzi.

[9] Estos prodigios son los que acompañaron a los judíos guiados por Moisés, en su camino hacia la tierra prometida: la división de las aguas del Mar Rojo para que pudieran pasar, la nube que les guiaba, la lluvia de maná, el agua que Moisés hizo manar de la roca de Horeb. Ver Éxodo, 13-17.

[10] Alude en particualr a César Borja y a Federico Sforza, citados y propuestos varias veces como ejemplos en *El Príncipe*.

do Italia y en tantas operaciones de guerra, siempre parece que la virtud militar se haya extinguido en ella. Y la razón de todo eso es que su antigua organización militar no era buena y no ha habido nadie capaz de encontrar otra nueva, y nada honra tanto a un hombre que acaba de surgir como las nuevas leyes y las nuevas ordenanzas por él promulgadas. Éstas, si poseen grandeza y están bien fundadas, le hacen digno de respeto y admirable. Y en Italia no falta materia a la que dar forma: hay aquí mucha virtud en los miembros si no faltara en las cabezas. Ved en los duelos y torneos[11], cuán superiores son los italianos en fuerza, en destreza, en ingenio; pero en cuanto se trata de ejércitos, no quedan bien. Y todo es debido a la debilidad de los jefes; porque los que saben, no son obedecidos, y todos creen saber, sin que hasta ahora haya habido uno que sobresalga por encima de los demás en virtud o en fortuna obligando a los demás a ceder. De ahí que, en tanto tiempo, en tantas guerras declaradas en los últimos veinte años, cada vez que ha habido un ejército completamente italiano siempre ha hecho mal papel. Tenemos testimonios de eso primero en el Taro[12], luego en Alessandria [13], Capua[14], Génova[15], Vailate[16], Bolonia[17] y Mestre[18].

---

[11] En el original: «duelli e congressi de' pochi», duelos y combates entre campeones. Debe recordar seguramente el desafío de Barletta, 1403, en el que se enfrentaron franceses e italianos y aunque estos últimos dirigidos por Ettore Fieramosca, perdieron, dieron muestra de un gran valor.

[12] Fornovo al Taro (1495), donde Carlos VIII logró, no sin muchas dificultades, derrotar al ejército de la liga italiana que debía impedirle el paso de los Alpes de regreso a Francia después de su paseo por Italia.

[13] Caída de Alessandría, ciudad del Piamonte, durante el paso de Luis XII, de Francia, en 1499.

[14] Capua fue conquistada y saqueada por los franceses el 24 de julio de 1501.

[15] Génova, que en 1506 había constituido un gobierno popular antifrancés, tuvo que someterse de nuevo, al año siguiente, al dominio directo de los franceses.

[16] La batalla de Vailate o Agnadello, varias veces citada en *El Príncipe* en la que en 1509 pareció que los franceses daban el golpe de gracia al poder de Venecia.

[17] Bolonia se rindió a los franceses en mayo de 1501.

[18] Mestre fue incendiada en 1513 por los ejércitos de la Liga.

Por lo tanto, si vuestra ilustre casa quiere emular a aquellos hombres excelentes que redimieron sus países es necesario, ante todo, como verdadero fundamento de cualquier empresa, proveerse de ejércitos propios; porque no existen soldados más fieles, ni más auténticos, ni mejores. Y si cada uno de ellos es bueno, todos juntos resultarán aún mejores cuando se vean mandados por su príncipe, y honrados y sostenidos por él. Es necesario, pues, preparar este ejército para poder, con la virtud itálica, defenderse de los extranjeros. Y aunque la infantería suiza y española sean consideradas temibles, sin embargo, en ambas hay un defecto por el cual una tercera forma de organización militar podría no sólo enfrentárseles sino también confiar en superarlas. Porque los españoles no pueden resistir a la caballería y los suizos han de temer a los soldados de infantería cuando se enfrenten a otros tan obstinados como ellos. Así hemos visto y veremos, por experiencia, que los españoles no pueden resistir una caballería francesa y los suizos son derrotados por la infantería española. Y aunque de esto último no se tenga una experiencia completa, se ha visto no obstante un ensayo en la batalla de Ravenna[19], cuando los infantes españoles se enfrentaron a los batallones alemanes, que guardan el mismo orden de combate que los suizos; los españoles, por la agilidad de su cuerpo y la ayuda de sus escudos, se habían introducido entre las picas de aquellos y estaban seguros de poderles atacar sin que los alemanes pudieran hacer nada; y si no hubiese sido por la caballería que les embistió, les habrían aniquilado a todos. Conocido, pues, el defecto de estas dos infanterías se puede organizar otra nueva, que resista la caballería y no tenga miedo a la infantería: cosa que se consigue con la calidad de los soldados y el cambio en la disposición de las fuerzas. Y esas innovaciones forman parte de aquellas cosas que dan reputación y grandeza a un príncipe nuevo.

No debemos, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, encuentre un redentor. No puedo expresar con qué amor sería recibido en todas aque-

[19] En la batalla de Provenza, 11 de abril de 1512.

llas provincias que han sufrido a causa de estos aluviones extranjeros; con qué sed de venganza, con qué obstinada lealtad, con qué devoción, con cuántas lágrimas. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos le negarían obediencia? ¿Qué envidia se le opondría? ¿Qué italiano le negaría su homenaje? A todos asquea este bárbaro dominio. Tome, pues, la ilustre casa vuestra este asunto con aquel ánimo y con aquella esperanza con que se hacen propias las causas justas; para que, bajo su enseña, esta patria se ennoblezca y bajo sus auspicios se hagan realidad las palabras de Petrarca:

Virtù contro a furore
Prenderà l'arme; e fia el combatter corto;
Chè l'antico valore
Nell'italici cor non è ancor morto[20].

---

[20] Virtud contra furor
Tomará las armas; el combate será breve,
Porque el antiguo valor
No ha muerto aún en los corazones itálicos.

Es el final de la sexta estrofa de la canción de Petrarca: «Ai signori d'Italia». Maquiavelo conoce bien a sus poetas, por ejemplo recuerda a Dante, Inf., XXVII con su comparación entre el león y la zorra del capítulo XVIII, y ha citado a Petrarca en otros momentos y le volverá a citar atribuyéndole espíritu profético en *Istorie fiorentine,* VI, 29.

Títulos publicados

1. **S. Freud** *Los textos fundamentales del psicoanálisis*
2. **J.J. Rousseau** *El contrato social*
3. **J.P. Sartre** *El ser y la nada*
4. **A. Einstein** *La teoría de la relatividad*
5. **B. Russell** *Ensayos filosóficos*
6. **Erasmo** *Elogio de la locura*
7. **Voltaire** *Cartas filosóficas*
8. **Ortega y Gasset** *La rebelión de las masas*